

CAPÍTULO II.

EL LUJO EN EGIPTO DURANTE LA ÉPOCA DE LAS PIRÁMIDES.

PERIODO MENFÍTICO.

Si nos fuese ahora necesario demostrar en el terreno de los hechos ó experimental cuanto hemos dicho hipotéticamente sobre los orígenes del lujo en general y su carácter religioso desde un principio, no podríamos echar mano de mejor medio que el de relatar lo que resulta del examen de los monumentos de Egipto durante la época de las pirámides.

Dejando á un lado lo poco que sabemos sobre el período prehistórico egipcio que no debe extrañarnos que tan oscuro se presente, cuando tan antigua es la civilización en el valle del Nilo, y viniendo al período histórico de sus seis primeras dinastías ó periódico menfítico durante el cual se elevaron las famosísimas pirámides que todo el mundo conoce, cuando menos de nombre, digamos desde luego que cuanto se ha dicho acerca del origen y funciones de las pirámides, fuera de su origen y función sepulcrales, son teorías desprovistas de todo fundamento racional y serio. La pirámide es pura y simplemente una tumba, la tumba de los primeros reyes de Egipto, y cuando se sabe el empeño extraordinario que los egipcios ponían en conservar íntegro el cadáver, que si una sola parte venía á faltar á su esqueleto, ya no era posible la resurrección, se comprenderá que los poderosos se construyeran para su eterna morada esas moles piramidales de cuya grandeza dé tal vez idea la consideración de que la mayor de ellas, la de Gizeh, equivale á dos veces la mole de San Pedro de Roma.

Indica ya el nombre cuál es la figura exterior de una pirámide egipcia. El cuerpo geométrico da una idea exacta de la misma. Sin embargo, no todas las pirámides tienen esa misma forma. Cuando es cuadrangular la base, el sólido geométrico la representa perfectamente. Pero cuando es rectangular, es decir, cuando los lados son desiguales de dos en dos y paralelos, la pirámide en vez de terminar en punta, termina en arista. También se dan

ejemplos de que sobre una pirámide truncada se levante otra; y que ésta, truncada también termine en un casquete piramidal, pero todas estas variedades que no acusan progreso alguno arquitectónico, son invenciones más ó menos artísticas de los arquitectos egipcios, destinadas á dar variedad á sus concepciones. El tipo fundamental es la pirámide propiamente dicha. Uno de los problemas más curiosos que implica la construcción de las pirámides es su propia construcción, pero esto á nosotros no nos interesa, pues es pura arqueología; construjérase su núcleo de esta ó de aquella manera, su forma es siempre la misma. Y aun tampoco nos interesa la consideración de estar contruídos sus paramentos exteriores por escalones ó lisos, pues no hay modulación de la forma ni en uno ni otro caso. Su disposición interior tampoco tiene nada que interese al arte arquitectónico como arte. Un estrecho corredor cuyo ingreso está disimulado en uno de los sillares del paramento iguales á los demás, cerrándole herméticamente, conduce por medio de una fuerte rampa á una cámara interior, en donde se halla el sarcófago del rey. Algunas veces, como en la pirámide de Dachur, la piedra de cierre es movable acusándose su forma exteriormente, pero esto es una singularidad inexplicable, dado que lo que se pretendía al ocultar su entrada, era preservarla también de toda profanación. El hueco del corredor, como el de la cámara sepulcral, cúbrese las más de las veces con una bóveda falsa tallada en los sillares, que adelantándose unos sobre los otros avanzan para cerrar el espacio abierto, disposición primitiva que encontramos aplicada en los Nurhages de Cerdeña y en los Talayots y Navetas de las Baleares. No recordamos si hay ejemplo de bóveda propiamente dicha en las pirámides, pero no nos extrañaría que existiera, pues la bóveda contruída por medio de dovelas es común en las construcciones sepulcrales de la época siguiente. El ejemplar más antiguo, según Mariette, data, sin embargo, de la sexta dinastía, que reinó doscientos tres años, de 3,703 á 3,500 antes de Jesucristo, y es notable la disposición de las dovelas del arco (semicircular), pues cortadas todas por una misma plantilla, sólo coinciden en el paramento inferior, llenándose las juntas con otros materiales. ¿Creyeron con esto los egipcios vencer los empujes de las dovelas y dar mayor resistencia al arco?

Arqueólogos y artistas se han propuesto resolver el problema que implica el conocimiento del arco y de la bóveda desde una remota antigüedad, y del hecho singular de que de uno y otra hicieran tan limitado uso los pueblos antiguos. Por lo que toca al Egipto, se ha creído dar una respuesta diciendo, que el predominio de la línea horizontal, predominio absoluto y avasallador, dispuso el sentimiento artístico en favor de la línea horizontal, y que de aquí ésta predomina en todas partes, así en su paisaje, como en sus obras artísticas. Esta teoría ha hecho fortuna, y los últimos historiadores de la arquitectura egipcia señores Perrot y Chipiez la reproducen y nuevamente autorizan.

Dado este modo de ver, no hay porqué extrañar que el ilustre Mariette, hablando del empleo de las bóvedas en los hipogeos, diga que en ellos tienen carácter simbólico, y que representan la bóveda del cielo nocturno, del cielo Ament. Si esto fuera exacto, el empleo de este símbolo sería constante como lo es toda la simbólica egipcia, y por lo contrario, el empleo de este pretendido símbolo es raro, y jamás se encuentra en santuario alguno. Mas aún, es raro en los mismos hipogeos de Beni-Hasán.

Pero resulta, que mientras escasean mucho las bóvedas y arcos de cantería, siendo las más de esta clase bóvedas falsas, así las de cañón seguido como las ojivales, que también conocieron esta clase de arcos los egipcios, los arcos de una y otra clase, y por consiguiente

las bóvedas construidas de ladrillo, relativamente abundan. Que influyera en esto el material es posible, pero bueno es tener presente que las bóvedas de ladrillo no se presentan más que en construcciones de ingeniería y en cimentaciones, de suerte que en lo más mínimo acentúan el estilo arquitectónico egipcio en el que domina despóticamente la línea horizontal.

Entendemos nosotros que la invención del arco, del arco semicircular, lo mismo que del arco ojival, no necesita gran esfuerzo de ingenio, y que la manera de vencer los inconvenientes de las resistencias—empujes de los arcos de aquellas dos formas,—hubo desde luego de adivinarse; por esto creemos que el arco construido por medio de dovelas pudo ser conocido por los hombres de la edad prehistórica, y así por ejemplo resulta que en Roma la gran cloaca construida en los primeros tiempos de su historia, cuando el arco no aparece en ninguno de sus monumentos principales,—templos, etc.,—construidos de cantería, aparece en aquella obra construida de ladrillo. En este ejemplo vemos nosotros tomada en cuenta, la consideración del material y lo ordinario—poco noble—de la obra, para emplear la sillería. Luego una bóveda ó arco de ladrillo de tres ó cuatro gruesos—roscas—tienen una resistencia tal, que desafía á toda obra de cantería en duración, y esto lo supieron los egipcios, y de aquí la bóveda empleada en los hipogeos y en las fundaciones. Luego la bóveda en las grandes construcciones no tiene más oficio que el de cubrir grandes espacios dejándolos despejados, ó el de abrir grandes luces, ó el de aligerar una construcción que de otra suerte resultaría maciza, y bajo estos conceptos veremos empleada la bóveda por los romanos.

Ahora bien, los egipcios no sintieron jamás tales necesidades, y por esto su estilo arquitectónico es el mismo durante los cincuenta siglos de su historia, dentro de variedades notables poco sujetas á una misma ley y principio.

El egipcio no tuvo nunca que pensar en construir cubiertas dispuestas de tal modo que las aguas pluviales ó las nieves fuesen con facilidad escurridas, porque en Egipto nunca ha nevado, y la lluvia sólo se conoce, aun cuando es muy rara, en las zonas litorales, así es que serían, aún más ridículas de lo que lo son en nuestros climas templados, esas cubiertas puntiagudas que aquí de cuando en cuando asoman para probar que el sentido común es lo menos común en el hombre, imponiéndose para siempre los terrados.

Cerrados los santuarios á la multitud, pues en ellos, lo mismo en Egipto que en Asia y que en Grecia y Roma, sólo penetraban en el interior los sacerdotes, iniciados y grandes magistrados, para nada necesitaban de esas grandes naves, sin las cuales no comprendemos los templos cristianos, y como la vida civil y política era pública en el riguroso sentido de la palabra, de aquí que no necesitasen de grandes salas. Las asambleas judiciales y populares de Grecia tenían por bóveda el cielo, por murallas los asistentes y por tornavoz en Atenas las marmóreas colinas del Areopago ó del Acrópolis, del Museo ó del Pnyx. Y en último caso, siempre había una plaza para salón y un pórtico para tribuna. Este es nuestro modo de ver, que ya es tiempo se borre de todos los ámbitos de la historia lo trascendental como informando todas las acciones humanas, las grandes y las pequeñas. Digamos, pues, que si los egipcios no construyeron bóvedas, fué porque no tenían necesidad de ellas.

Y esto es tanto más evidente, cuanto que desde luego se nota en la arquitectura egipcia un plan razonado en todas sus partes.

Acabamos de ver á la pirámide como su más antiguo monumento. ¿La forma piramidal es primitiva ó derivada?

Recuérdese para resolver este punto, que casi todos los monumentos egipcios, los templos, lo mismo que los palacios, ó tienen sus muros de cierre ataluzados, ó si éstos son rectos, sus fachadas, su fachada principal ó pílón, afecta la forma trapezoidal, de suerte que en el primer caso tenemos que de prolongarse las paredes, éstas rematarían en punta, constituyendo una verdadera pirámide si su base es cuadrangular, ó en una pirámide por arista si fuera rectangular. Cuando sólo se tratara de las fachadas, la pirámide la formarían sus líneas. Si una necesidad de construcción obligara á construir estos muros ataluzados ó muros reforzados, no habría para qué detenernos en esta singularidad arquitectónica, pero desde el momento que es un contrasentido su construcción, pues en parte alguna está motivado como en Egipto el muro recto y sencillo, ya que invariablemente rematan todos sus edificios en terrado, no teniendo que arrojar agua alguna ¿á qué construirlos en declive? Por esto entienden que hay una idea simbólica en esta forma exterior piramidal. Pero entendemos también que sería un insigne error creer que esta idea la encierran las pirámides funerarias; nosotros creemos pura y simplemente, que la idea está en los palacios, templos, y que la pirámide de la muerte, no es más que una imitación de la casa de la vida.

Recuérdese, en efecto, que la doctrina egipcia partía del supuesto que el difunto en su tumba vivía como en su casa, y de aquí que se llevase á ella cama, utensilios, armas, provisiones de boca, amuletos, etc., y que lejos de ser indefinido aquel estado, había de llegar el momento en que lo utilizara todo cuando volviera á la vida real y corporal de la tierra.

Esta concepción de la vida de ultratumba explica para nosotros claramente esa reproducción de la forma de la morada de la vida, mientras que no vemos que pueda derivarse de lo contrario, sin remontarnos á concepciones metafísicas que es inútil empeño buscar en los primeros pasos de los hombres por el mundo de las ideas.

Así, nos parece pueril cuanto se dice acerca de ser la pirámide el cuerpo más simple de la geometría, el más sólido, el irreductible á otra figura, y por consiguiente, el mejor símbolo de lo eterno. Una razón hay para explicar esa forma ataluzada, natural y lógica y derivada de la construcción, pero de la construcción primitiva que ya recordamos haber dicho no há poco, que dicha forma piramidal no se deriva de exigencias de la construcción. En efecto, antes de que los pueblos del valle del Nilo pensaran en cortar la piedra para construir sus moradas, hubieron de recurrir al material que abundante y rico les ofrecía el Nilo en sus crecidas, pues les daba la arcilla dispuesta para la formación de los adobes ó tapiales, y sabido es que para construir una pared con esta clase de materiales de cierta robustez, hay que recurrir á la forma ataluzada para darle el debido asiento. Esto es lo que nosotros tenemos por cierto, y no debe sorprendernos que se continuase construyendo con materiales más duros en la misma forma que cuando se empleaban los simples adobes que el sol secaba por toda cochura, pues es lo propio de la arquitectura perpetuar los tipos primitivos de la construcción, sin tener en cuenta los materiales.

Hemos entrado en estos detalles porque conviene desarraigar la antigua creencia de que en Egipto todo es simbólico y trascendental, pues aun cuando todo parezca serlo en las épocas bajas, gracias á interpretaciones libérrimas de costumbres tan desconocidas como sus propias fuentes, la verdad es que su simbolismo no ha existido nunca sino en la imaginación de los hombres—incluso los mismos egipcios—que por la distancia en que vivían de los antiguos tiempos, no veían la realidad en parte alguna, porque sus ojos estaban cubiertos con

los cristales de colores que el sacerdocio fabricaba para que los hombres lo vieran todo según el cristal con que miraban. Si el Egipto nos conserva más que otro pueblo alguno de la tierra, vivo en las paredes de sus tumbas, ese fondo de creencias primitivas que también encontramos en las otras religiones y civilizaciones antiguas, es porque aislado por miles de años el Egipto, ó mejor, porque rodeado el Egipto por miles de años de pueblos salvajes, llega á crear un arte y una industria cuando todavía conserva el fondo de creencias primitivas que naturalmente ese arte y esa industria perpetúan vaciándolas en sus moldes. Y por esta razón nada más natural y lógico que lo que dicen los Sres. Perrot y Chipiez, esto es, que el Egipto se revela á nosotros más por completo en su arquitectura y costumbres funerarias, tal como resulta de las necrópolis del antiguo imperio, que no en su propia historia litera-



Fig. 164.—Arquitectura egipcia.

ria, por cuanto hallamos en las tumbas viva la sociedad de los antiguos tiempos que son los que principian á tejer la dorada tela de la civilización tebánica.

Antes, pues, de que el egipcio construyera para sus muertos las lujosas moradas de que luego hablaremos, no puede cabernos duda de que sus muertos entrarían en las tumbas primitivas, dólmenes, túmulos, etc., con acompañamiento análogo al que llevan en las mastabas y pirámides. Esto no podemos dudarlo, primero, por lo que sabemos de los pueblos salvajes, segundo, por lo que resulta de la época histórica.

¿Habíase, pues, llegado ya á embalsamar los cadáveres en la época del antiguo imperio?

La energía que reviste el dogma de la resurrección de la carne en los más antiguos monumentos egipcios, nos enseña que desde muy antes debía haber arraigado en las almas de los egipcios la necesidad imperiosa de que sus cuerpos no fueran en la tumba *mordidos por la tierra ni comidos por el suelo*, como dice una inscripción de Abydos, recogida en sus excursiones de Abydos por Mariette, pero hasta hoy las poquísimas tumbas que intactas han llegado hasta nosotros de tan remota época, sólo nos han presentado el muerto en estado de esqueleto, y en el fondo del sarcófago un poco de polvo cuya procedencia no se puede jus-

tificar. Sin embargo, Mariette se inclina por la afirmativa, pues nota que los huesos de esos sarcófagos presentan todos un color moreno uniforme, exhalando un débil olor de betún, que es lo que lleva á creer que por dicho tiempo el embalsamiento ó momificación no era tan completa como lo fué luego en la época tebánica. Imposible, pues, sostener en firme para el período ó época menfítica el lujo de la momificación que, como veremos luego, era extremado en el período siguiente, y aunque por lo dicho no pueda cabernos duda de que ese lujo existía, debemos limitarnos á su afirmación, sin siquiera pretender levantar el velo que cubre sus misterios.

Del acompañamiento que llevaba el muerto en la tumba hablaremos luego. Del lujo de las tumbas podemos hablar desde luego con toda seguridad, ya que por fortuna tenemos aún en pie la necrópolis de Menfis, de modo que podemos seguir la sociedad egipcia en su tumba desde el humilde é ignorado ciudadano al Faraón constructor de la grande pirámide de Gizeh.

Las tumbas del antiguo Egipto llevan el nombre de *Mastaba*, y la *Mastaba* es una construcción maciza cuyo plan es un rectángulo, y cuyas cuatro paredes laterales y desnudas se inclinan hacia un centro común. La inclinación de esas paredes ha sido causa de que alguien dijera que son pirámides sin concluir. Esta axerción es inexacta. Las caras de la mastaba están tan poco inclinadas en el interior sobre su vertical, que si las aristas se prolongaran hasta tanto que ellas se encontraran para formar la punta de la supuesta pirámide, algunas de ellas no lo alcanzarían sino á una altura de 700 ú 800 metros. Mejor sería comparar una mastaba á una sección dada horizontalmente á un obelisco, si los obeliscos tuvieran, como las mastabas, un rectángulo por base.

«El gran eje del rectángulo que regula tales construcciones,» dice Mariette, á quien copiamos al pie de la letra como lo hicieron los señores Perrot y Chipiez, está siempre dirigido sin excepción del norte al sud. Así resulta, en las pirámides de Gizeh, que la necrópolis del oeste, en la que las mastabas están alineadas según un plan simétrico, se parece éste á un tablero de damas cuyas casillas están prolongadas en dirección al norte. Las mastabas más atendidas se presentan orientadas astronómicamente según el norte verdadero; las otras tienden todas á esa dirección, y si una diferencia de algunos grados se nota, claramente se ve que es necesario atribuirle, no á la libertad que tuvieron los constructores para darles la dirección que quisieran, sino á la negligencia cuyas huellas se encuentran en todas partes de esas tumbas.

»Aun cuando las mastabas de Saqqarah están todas orientadas, que son las que en el estudio de Mariette que seguimos y que con mayores detalles puede verse en la *Revista arqueológica de París*, tomo XIX, año 1869, estudió el gran arqueólogo,—no están, sin embargo, alineadas con la simetría de aquéllas que están situadas al oeste y al sud de la pirámide de Gizeh. En Saqqarah todo está revuelto. En ciertas partes de la necrópolis, las mastabas están diseminadas; mas lejos, están unas encima de las otras. Resultaría, pues, trabajo perdido el que se hiciera para encontrar en Saqqarah ese plan en forma de tablero de que antes hemos hablado, y que á la primera ojeada se descubre en las necrópolis de las pirámides. En Saqqarah, ciertamente, tenía la necrópolis sus calles, con las sepulturas á cada lado; pero esas calles eran tan irregulares y tan á menudo terminaban en callejones sin salida, gracias á las construcciones posteriores que se iban añadiendo, y además eran tan estrechas y de tan corta visualidad, que el que se metiera en ellas sin conocerlas le parecería estar dentro de un laberinto.

»Las mastabas de la meseta de Saqqarah son de piedra y de ladrillo.

»Las mastabas de piedra son de dos clases: las que están construídas con sillares de calcárea silicea, piedra muy dura y de un tono azulado, y las que lo están con sillares de calcárea arcillosa, piedra amarilla más blanda que la primera y como ésta procedente del mismo sitio en donde se levanta la necrópolis. La piedra empleada para estas últimas, es la misma que se empleó para la pirámide de escalones. Las tumbas en que se empleó esa piedra parecen dominar la necrópolis por su alta antigüedad; son las menos ricas y las menos importantes.

»Gracias á la idea que la generalidad se forma de la arquitectura egipcia, se creará tal vez que las mastabas están construídas por enormes sillares. Y en efecto, con grandes materiales se construyeron ciertos monumentos ó ciertas partes de monumentos de una importancia excepcional, como el *Mastabat-el-Faraoun*, el templo de la Esfinge y los corredores y las cámaras de las grandes pirámides. En Saqqarah, los arquitectos de las mastabas fueron más modestos, dejando á un lado los casos en que no se podía hacer otra cosa, como por ejemplo, en los techos y para ciertos arquitrabes, por lo general sólo se encuentran sillares comunes de una altura media de cincuenta centímetros, con un ancho y profundidad correspondientes.»—Que es lo que resulta en los Nurhages, Talayots, etc., de modo que la construcción gigantesca que la antigua arqueología veía en todas partes en los principios de la civilización de los pueblos es tan fantástico como sus edades de oro y de plata. Estas ideas y preocupaciones han de ser severamente corregidas si se quiere tener una vista clara del curso que sigue la civilización y todas sus manifestaciones.

»Al igual que las tumbas de piedra, las de ladrillo son también de dos clases. Las más descuidadas están construídas con ladrillos amarillos, las más cuidadas lo son con ladrillos negros. Unos y otros son cocidos al sol. Los ladrillos amarillos parecen más antiguos, y su uso propio del antiguo imperio, pues con él principian y con él acaban. Por lo contrario los ladrillos negros no aparecerían con la segunda mitad de la cuarta dinastía. Entonces sólo se emplean por excepción; pero más tarde, bajo la dinastía XVIII y las siguientes, bajo los scitas y bajo los griegos son los únicos que se emplean.

»Ahora bien, las mastabas no presentan una forma regular más que en el exterior. En cuanto al núcleo se compone de arena, de casquijo, graba ó cascotes de piedra amontonados sin cemento alguno. Hay mastabas de todas dimensiones. La de Sabón tiene 53 metros por 26, la de Ha-ar, 46 por 23, la de Ra-en-ma, 52 por 25. Pero las hay también como la de Hapi, que sólo ocupan en la necrópolis una superficie de 8.40 por 5.90 metros. En cuanto á la altura no hay tanta variación. En general las más grandes tienen sólo ocho ó nueve metros de altura, las más pequeñas no pasan de cuatro.

El techo de la mastaba forma un terrado sin incidente alguno, pero está sembrado de vasos enterrados á poca profundidad. Estos vasos de forma ordinaria, sin asas y puntiagudos, no contienen en su interior más que una capa de limón amarillo, que es el resultado de la desecación del agua, pues estos vasos estaban llenos de dicho líquido, y se comprende fácilmente que la intención de los que allí los depositaban era la de que no careciese de agua el *ka* para apagar su sed.

Mariette dice que por regla general «tiene la mastaba su fachada principal por Oriente. De cinco veces las cuatro, la entrada de las cámaras cuando éstas existen, se encuentra igualmente de este lado. Hé aquí lo que se nota casi siempre. I. A pocos metros del ángulo nordeste se abre un nicho cuadrangular muy alto y muy estrecho... este nicho está algunas ve-

ces reemplazado por una estela sin importancia, con ó sin inscripción. II. A pocos metros del ángulo sudeste se encuentra un nicho más profundo, más cuidado, más ancho, en cuyo fondo aparece una hermosa estela monolita de calcárea blanca cubierta de jeroglíficos, ó bien una verdadera aunque pequeña fachada arquitectural, en cuyo centro hay una puerta. Cuando la fachada oriental se presenta al ángulo sudeste, el nicho que acabamos de indicar, la tumba termina aquí; es decir que no hay cámara interior, ó mejor que el nicho la reemplaza. Cuando en lugar de este nicho se encuentra una puerta, entonces estamos enfrente de lo que podemos llamar una tumba completa. El nombre del propietario de la tumba está á menudo inscrito en el dintel de la puerta.

»Después de la fachada del Este viene en orden de importancia la del Norte. Cuando la entrada está de este lado, es de regla que la puerta se recule al fondo de una especie de vestibulo, y que delante del vestibulo se levanten pilares monolitos, sin abaco y sin base, sosteniendo el arquite trabe que á su vez sostiene directamente el techo.

»La fachada del Sud, aun más que la del Norte, contiene por excepción la entrada de la mastaba, y aun esto sucede por circunstancias locales de las que casi siempre se puede uno dar fácil cuenta. Cuando la entrada está en la fachada del Sud, la disposición es ora la que hemos descrito para la fachada oriental, ora la que hemos señalado como propio de la fachada del Norte.»

Respecto de la fachada occidental nada hay que observar, sino que siempre ha desempeñado un papel secundario, y por esto no hay ejemplo de que recibiera ornamentación ni decoración de ninguna clase.

Toda mastaba con cámaras interiores, por regla general consta de tres partes, á saber, de una ó más cámaras, del *serdab* y del pozo. De estas tres partes sólo una es necesaria, el pozo, las demás son «artículo de lujo,» y en efecto el lujo de las cámaras de las mastabas es todo lo que nos queda del lujo de los primitivos egipcios, de los egipcios de la época de las pirámides.

De todas las mastabas hasta hoy exploradas la más célebre es la llamada de *Ti*, célebre para la historia del arte, y para nosotros la más importante por cuanto nos permite juzgar del lujo funerario de los egipcios. En la mastaba de *Ti* las cámaras sepulcrales son tres, cuando por lo general sólo hay una en las demás mastabas, en cuyo centro hay la puerta principal de la fachada. Estas cámaras también por regla general no reciben más luz que la que entra por la puerta, pero hay casos, como sucede en la de *Ti*, que las cámaras más apartadas reciben luz por ajugeros ó tragaluces abiertos en el techo, pues de otra suerte reinaría en aquéllas una oscuridad completa á causa de la distancia á que están de la puerta.

Respecto de la decoración de estas cámaras, hay que observar que cuando las paredes están decoradas con inscripciones y representaciones pictóricas y escultóricas, cuyo sentido y significación han ya ocupado, la estela que en las mismas se encuentra hacia oriente lleva también su decoración, pero que en las más humildes y pobres, lo general es que los muros de estas cámaras estén en blanco.

Para los egipcios faraónicos la estela en cuestión tenía una importancia capital, pues en la misma se escribía la fórmula mágica que había de asegurar al difunto en la otra vida la posesión de los bienes que había gozado en la vida terrestre, fórmula que, como sabemos, repetían los visitantes en alta voz para asegurar al difunto la consecución de sus beneficios. Por esto al pie de esta estela consagrada á Osiris, estaba la mesa de los sacrificios ó de las

ofrendas, en donde venían á hacerlas la familia y los amigos en obsequio del muerto, es decir, para que éste no careciera de los alimentos necesarios, y para hacerle simpático á la divinidad. Junto á esta mesa había otras dos, á veces, una á cada lado, pequeños veladores destinados á recibir las ofrendas, y aquí es de notar que á esta cámara, á la que se llegaba por la puerta exterior, podía entrar todo el mundo sin dificultad, pues el ingreso era libre, ya que según Mariette afirma, no había encontrado más que dos ejemplos de puerta, reja ó valla que cerrara la entrada, entre centenares de mastabas por él estudiadas.

De esta cámara se pasa á otras más interiores, á la tumba propiamente dicha, por un corredor más ó menos largo y oscuro que es lo que significa la palabra *serdab* de origen persa, y estos corredores, según resulta del de Ti, estaban cerrados por puertas. En el largo corredor de Ti, y junto á estas puertas y en las murallas del *serdab*, hay representados personajes con incensarios como si estuvieran perfumando la cámara de entrada y la tumba, es decir, ofrenda del muerto y ofrenda al muerto.

«El uso del *Serdab*, dice Mariette, lo revelan precisamente los objetos que en él se hallan: en el mismo se encerraban una ó varias estatuas del difunto. Esas estatuas, según creían los egipcios, puestas cerca de la momia, eran el primero y más seguro sostén de la vida póstuma del muerto. Disimuladas á la vista en las paredes de tan oscuro recinto, esta misma oscuridad las ponía á cubierto de todo ultraje, y al mismo tiempo sólo algunas piedras las separaban de la sala donde se reunían los parientes y amigos, de suerte, que de este modo estaban sobrado cerca de los vivos para estar en íntimas relaciones con ellos, y el conducto, que de ellas iba



Fig. 165.—Orfebrería egipcia.—Barca de la reina Aah-hotep.

á la sala, por regla general servía para que llegaran con toda facilidad á sus narices los perfumes de los frutos y el olor del incienso ó de la grasa al tostarse.» Esta singularidad llama la atención de los Sres. Perrot y Chipiez, quienes no pudieron menos de hacer notar que también podría ser «que el tal conducto estuviera destinado á ofrecer al duplicado un pasaje que le permitiera circular, es decir, para ir desde la estatua ó de su soporte á la sala donde se le honraba. Pues se encuentra en varios pueblos esa idea de que la sombra puede pasar por orificios muy estrechos, siendo empero necesario, para que puedan entrar y salir, la existencia de una abertura por pequeña que fuera. Por esto los iroqueses abren un agujero de pequeño diámetro en las paredes de la tumba «para que, según dicen, pueda el alma entrar y salir.» Todo lo cual puede verse en Spencer: *Principles of Sociology*. Tomo I, página 192.

Los corredores conducen á las cámaras sepulcrales, no porque en ellas se encuentre el muerto, sino la abertura ó por mejor decir, el pozo que conduce á la cámara sepulcral propiamente dicha, es decir, á la cámara donde se encuentra el sarcófago.

Cuando las mastabas no tienen cámaras, el pozo se abre en la plataforma, pero su abertura cuidadosamente tapada, escapa muchas veces á la investigación más paciente; el pozo atraviesa el macizo de la construcción, penetra en el suelo, y á una profundidad variable, que llega hasta 15 ó 20 metros, en ángulo recto se encuentra otra cámara en uno de cuyos extremos está el sarcófago, y cuya puerta la forma una grande losa que la cierra casi herméticamente. A estas cámaras sepulcrales se bajaba seguramente con auxilio de cuerdas como se hace hoy, ó por escalas de cuerda como las de los buzos, que es lo que creemos

nosotros, y ésta era una dificultad más, añadida á las muchas que se tomaban para asegurar al muerto la tranquilidad del reposo eterno hasta el día de su resurrección corporal.

La decoración de la cámara sepulcral es siempre nula; Mariette dice que cuando más ha visto allí pintadas algunas frases del *libro de los muertos*, la decoración se reserva para las salas superiores por donde erraba el duplicado. El mueblaje de las mismas es igualmente nulo. Mariette sólo había recogido en ellas, y esparcidos por el suelo, algunos huesos de buey, cuyas carnes seguramente el tiempo había consumido, y algunos vasos grandes puntiagudos y rojos en los que el agua al secarse había dejado aquella capa de limón amarillo de que ya hemos hablado para los que cuelgan del techo de una mastaba sin pozo.

El sarcófago es un cubo de piedra calcárea ó de granito rosa de considerable peso en cuyo centro se abre la caja, y cuya tapa igualmente del mismo material y extremadamente pesada se ajustaba herméticamente y por otros medios mecánicos se hacía aún más difícil su apertura. Allí dentro el cadáver podía considerarse en seguro, esto es, que al despertar á la nueva vida se encontraría sin que le faltara un solo hueso, pero aun el temor de las profanaciones les llevaba más lejos, esto es, á rellenar el pozo de masonería tan pronto se cerraba la cámara sepulcral, de modo que el pozo desaparece dentro de la masa de la construcción del mastaba, en buena parte cuando no tiene la mastaba cámara, lo que aumenta todavía las dificultades de su hallazgo y las de su exploración.

Si en algo no hemos logrado hacernos entender, las figuras de Perrot y Chipiez presentarán una imagen real de lo que son las mastabas egipcias del antiguo Egipto. Su significación en las costumbres está ya apuntada, y lo que ellas valen para la historia del lujo es grande, pues habida consideración de la época se comprende que las familias habían de consumirse en la obra de su tumba, única garantía de su inmortalidad; y la importancia arquitectónica que á veces su construcción tiene, nos enseña que el lujo invadía el campo santo de los egipcios faraónicos en la misma proporción que hoy invade el campo santo de los cristianos. Sin embargo, las creencias egipcias más que las cristianas favorecían ese lujo sepulcral de que hablamos. Porque como todo lo que decoraba la tumba tenía un valor real, el lujo de decoración había de llevar insensiblemente á verdaderos despilfarros y á locuras incomprensibles en las épocas realmente lujosas de la historia egipcia.

Para el antiguo Egipto, resulta que dentro del sarcófago sólo se encuentran al lado de la momia, mal embalsamada, por otra parte, algunos frascos ó pequeños vasos en alabastro. Fuera del sarcófago y apoyados en la pared en general, sólo aparecen dos ó tres vasos puntiagudos, rojos, que no contienen sino una pequeña capa de limo. Además se encuentran los huesos que contenían los pedazos de carne de buey allí depositados para alimento del muerto.

Cuando del período histórico, llamado del antiguo Egipto, deducimos el período anti-quísimo, que es al que hasta aquí nos hemos referido, las mastabas, al acercarse al período de las pirámides, con el que principia la historia particular y detallada, fija y conocida íntimamente del Egipto, adquieren un desarrollo y un lujo en consonancia con la época que levanta las grandes pirámides para sepultura de sus reyes.

¡Las pirámides! ¡He aquí el verdadero símbolo del mal lujo, de la depravación del lujo! ¡Y sin embargo qué idea tan elevada, tan grande, no ha presidido su construcción!—Un centenar de pirámides quedan aún hoy día en pie. De éstas las hay de todas dimensiones. Las tres grandes pirámides de Gizeh tienen una elevación vertical de 137, 135 y 66 metros.

Al lado de éstas figuran otras de 15 y 20 metros de altura. ¿Cómo se explican estas diferencias? La pirámide, ya lo hemos dicho, no es más que una tumba. Todas las antiguas hipótesis para explicar su construcción, se han reconocido falsas. Por lo demás, la simple presencia de las cámaras sepulcrales en el interior, llenas como las de Mycerino ó vacías como las de Gizeh, de las que se sabe que el Califa Al-Mamoun, en el siglo ix, llegó, por casualidad, á descubrirlas, pues hizo abrir una trinchera que dió por suerte con el corredor, exponiéndose á dar con el macizo de la construcción, la presencia, pues, del sarcófago y tal cual vez la de las momias, dejan fuera de duda la cuestión. Así pues, los hombres que se han consagrado al estudio de la arqueología egipcia entienden que las pirámides de pequeñas dimensiones, son pirámides á medio construir. Esto es, que habiendo sorprendido la muerte al que estaba preparando su tumba, la familia la dejó en el mismo ser y estado que tenía en el día de su fallecimiento, pues, ¿cómo había de gastar un egipcio sus fuerzas para construir la tumba ajena, así fuera la de su padre, si apenas le bastaban para construir la suya propia?

Esto que decimos, no era sólo verdad para los simples particulares, sino que, como lo han revelado los monumentos mismos, lo propio sucedía con las familias reales. La pirámide de Meidoun nos enseña que el Faraón que la construyó principió por labrar su cámara sepulcral, revistiéndola exteriormente del envoltorio piramidal. Este envoltorio presenta en su progresivo desarrollo señales evidéntísimas de las épocas y generaciones empleadas en su construcción, y su paro el día de la muerte del Faraón. Su sucesor no terminó la pirámide de Meidoun, sino que se construyó la suya propia. Las pirámides de Saqqarah y de Abousir, corroboran lo que nos ha enseñado la de Meidoun.

Ahora bien, la gran pirámide de Gizeh se ha calculado que cuando se dejó por lista representaba un cubo de masonería igual á 2.521,000 metros cúbicos. Hoy, después de haber servido de cantera durante toda la Edad Media y tiempos modernos, hoy todavía representa un cubo de 2.352,000 metros cúbicos. Calcúlese por esto lo que hubiera costado á su sucesor añadirle simplemente una capa más representada por un solo sillar.

Si hoy un potentado, un Czar de todas las Rusias, que aún puede permitirse realizar todos sus caprichos á expensas de su pueblo, ó un Czar de la banca, que puede hacer para sus caprichos lo que no pueden los gobiernos constitucionales, se construyese para sí sólo, ó para su familia, una tumba que cogiera una área doble de la que ocupa la iglesia de San Pedro en Roma, de la más grande iglesia de la cristiandad, ¿qué no dirían el sentido común y los moralistas acerca de una tal locura?

En plena Edad Media ese Czar hubiera dicho lo que Cheops, el constructor de la pirámide de Gizeh, «pues que he de resucitar en carne y hueso, lo que no me será posible si mis huesos llegan á faltar por cualquier motivo, ¿cómo no he de adoptar todos aquellos medios que mis recursos pueden proporcionarme para asegurar á mis huesos la inviolabilidad necesaria á asegurarme mi resurrección?» Hoy podemos reirnos de este razonamiento; pero este razonamiento no tenía replica lo mismo en tiempo de Cheops que en el siglo pasado.

¿Qué diremos, pues, del lujo del antiguo egipcio? ¿Qué concepto ha de merecernos? ¿Si lo juzgamos con nuestras ideas de hoy, estaremos en lo justo?—Nosotros ignoramos lo que haya de cierto en lo que se asegura en todos los círculos de Barcelona sobre el ofrecimiento que ha hecho un banquero barcelonés de gastar 200,000 duros para construir la fachada de la Catedral á condición,—sobreentendida,—de que á su muerte se le dará sepultura dentro

del recinto de la Catedral. Pero supongamos que esto sea exacto. Este banquero, este Cheops, este Chephren, este Mycerino de nuestros días, es el único hombre capaz de juzgar con acierto del lujo del antiguo Egipto. Nosotros llamaremos superfluo, malo, el lujo de dicho período. El banquero barcelonés se limitará á deplorar que no pueda hacer para su tumba lo que les fué permitido á los faraones del Antiguo Egipto. En efecto, sus 200,000 duros arrojados sobre la tumba de Cheops, en forma de sillar, aumentarían su volumen tan sólo de algunos centímetros.

Conste, pues, que si la pirámide es el simbolo del mal lujo, lo es hoy, porque no creemos en la resurrección de la carne. Para los que aun confían y esperan en que han de despertar en el valle de Josaphat en carne y hueso, la pirámide es un simbolo tan santo y tan sagrado, como el triángulo equilátero simbolo de la trinidad, de la eternidad y de Dios Padre.

Esto presente, digan los censores del lujo, en donde empieza y en donde acaba el mal lujo.

Si la miseria de la Edad Media al renacer la antiquísima creencia de la resurrección de la carne fué indudablemente la única causa de que no aparecieran las grandes sepulturas que un Carlomagno no hubiera dejado de construirse, el Egipto, sobrado rico durante todos los períodos de su antigua historia, y en todos ellos siempre tan creyente y tan fiel á su antiquísima religión, que todo el progreso de los siglos apenas si pudo alterar las pequeñas líneas de su dogma, continuó construyendo tumbas que siempre pueden presentarse como simbolo del lujo, bueno ó malo, según el punto de vista en que nos coloquemos.

PERÍODO TEBANO.

Las grandes pirámides dejan de construirse, pero esta forma pasa á ser en virtud de la tradición el tipo de la sepultura. Ya no se construyen pirámides altas de 144 metros 60 centímetros como la de Cheops, cuya altura sólo sobrepujan la flecha de la Catedral de Ruán que tiene 150 metros, y las torres de la Catedral de Colonia, que llegan á 160 metros. Las pirámides del antiguo y nuevo imperio no tienen más que cinco ó seis metros de alto. Son, pues, en todo, una miniatura de las grandes pirámides, y casi todas las descubiertas, las del cementerio de Abydos, por ejemplo, son construidas con adobes.

Pero ya en el período del antiguo imperio aparece otro tipo, el tipo de la tumba excavada en la roca, el *speos*, como más tarde dirán los griegos. La pirámide de pequeñas dimensiones de ladrillo ó de piedra, aislada, á la vista de todo el mundo, no era una garantía contra los violadores de tumbas, que pulularon siempre en la antigüedad, esos aurívoros que

para satisfacer su pasión por el oro, no respetaban lo más sagrado, entrando intrépidamente por el laberinto de los corredores de los *speos*.

La tumba excavada en el flanco de una montaña, en un despeñadero, de tal suerte que para entrar en ella se necesitara de toda una maquinaria, no hay duda que daba mayores garantías de seguridad que esas pequeñas pirámides tan fáciles de violar y aun de demoler.

Los *speos* más interesantes egipcios, son los de las necrópolis de Beni Hassan y de Syouh, situados uno y otro entre Memphis y Abydos, aun cuando su interés no se funda en su posición excepcional. Interesan extremadamente por el lujo decorativo de sus paredes, pues por lo demás, como todas ellas han sido violadas, ni sarcófagos, ni objetos de ninguna clase movibles se encuentran en su interior.

Mas en esta decoración interna que nos permite conocer el desarrollo de la civilización egipcia, vemos al egipcio gozar ya de todos los placeres que caracterizan la vida del oriental, y su gran profusión de imágenes nos hace deplorar que no hayan llegado hasta nosotros la multitud de objetos que dentro y fuera del sarcófago debían acompañar al difunto y cuya significación ya conocemos.

Pero esta arquitectura fúnebre y subterránea no alcanza todo su desenvolvimiento hasta el período siguiente, hasta el nuevo imperio, como si dijéramos, hasta los tiempos de Moisés y sus contemporáneos. La experiencia hubo de demostrar que los *speos* excavados á plan terreno, aun cuando tuvieran puertas de acacia, como dice una inscripción de un *speo* de Ben Hassan, no detenían á los violadores. Era necesario hacer algo tan impenetrable como la gran pirámide, y á esto se llegó indudablemente en las sepulturas reales. Los Ramsés estaban tan convencidos, como los Cheops, de que se resucitaba en cuerpo y alma.

Belzoni fué el primero de los contemporáneos que se atrevió á registrar las *syringe* del Nuevo imperio. El valle de los muertos, el Saint-Denis de los faraones de las dinastías tebánicas XIX y XX, es, según Champollion, el sitio mas apropiado. Seco y árido hasta el extremo de no vivir en él animal alguno, rodeado de altas rocas cortadas á pico, y de montañas en plena descomposición, efecto del gran calor ó de hundimientos interiores que producen multitud de cuevas y antros llenos de peligros por esta continua descomposición de la Cadena lybica, las tumbas que en su interior se abrieran, ofrecen ya á la imaginación la inseguridad de todo lo que rodea al que penetra en el valle de los muertos.

Tomemos un ejemplo de estas construcciones y sea ésta la tumba Seti I, uno de los ramésidas, pues luego hablaremos de otra que la antigüedad conoció por Diodoro de Sicilia, con el nombre de *Tumba de Osymandias* y que hoy día llamamos el *Ramesseum*.

La tumba de Seti I, la descubrió Belzoni en 1818 por casualidad. Decimos por casuali-

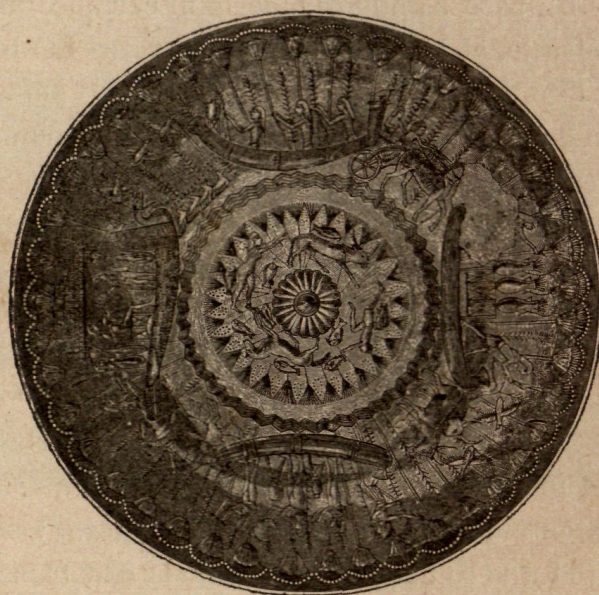


Fig. 166.—Pátera de estilo egipcio, hallada en la isla de Cipro.

dad, porque las tumbas reales afectan en el exterior la mayor modestia posible. Su ingreso no tiene nada de monumental. Una puerta cuyo dintel corona el símbolo de la eternidad egipcia, y cuyas jambas contienen algunos versículos pidiendo las oraciones á los pasantes. Además, todo induce á creer que estas puertas eran tapiadas por rocas y casquijo, de modo que quedase oculta para siempre la entrada, pero como esto no podía asegurarse, el arquitecto estudiaba un plan que fuera capaz de desalentar al más implacable buscador del oro que se ocultaba en las tumbas. El mismo Belzoni no nos dejará mentir. En su *Viaje por Egipto y Nubia*, tomo I, páginas 373 á 375, dice hablando de dicha tumba de Seti I, que después de haber bajado por dos escaleras y seguido dos corredores riquísimamente decorados, dió con una cámara oblonga de 3^m70 por 4^m32. Que allí un pozo profundo y largo cerraba el paso, como indicando el límite extremo de la tumba. Sin embargo, el pozo no detuvo á Belzoni, pues se hizo bajar por él, notando que se había tallado en la roca viva, pero no encontró paso alguno ni abierto ni cerrado que diera ingreso á cámara ni galería alguna. Sin embargo, al bajar había notado cerca del borde del pozo, en frente suyo, y al otro lado de su foso, una pequeña abertura, que no tenía más que dos pies de ancho, por dos pies y medio de alto. Era una brecha que no puede decirse ni cuando, ni quien la había practicado, brecha abierta en una pared estucada y llena de pinturas. Por encima del pozo estaba aún la viga que había servido para atravesarlo á los profanadores de la tumba. Así no tuvo Belzoni más que tomar por el camino que de tan singular manera se le señalaba, ensanchando á picotazos la abertura para pasar con mayor comodidad. Por este medio fué como dió con la serie de salas y galerías que le llevaron á la cámara del sarcófago, ó mejor, á la cámara en donde había un sarcófago.

Durante el tránsito, notó que las puertas de las salas que atravesaba, habían sido tapiadas en otro tiempo con grandes piedras y escombros, capaces de convencer al que había sido bastante atrevido para atravesar el pozo, y sobrado perspicaz para abrirse paso á través de la pared que se había abandonado la construcción. Pero Belzoni, como quiera que otro le hubiera abierto el camino, notó esa superchería, y halló franco el paso.

Ya en la cámara del sarcófago, que era de alabastro blanco, y estaba ya vacío, por haber sido saqueado, sarcófago que hoy puede verse en el Museo Británico, notó el explorador en la base misma de esta cuba, que el suelo resonaba, señalando, por consiguiente, un espacio hueco debajo. Púsose á buscar y no tardó en dar con un agujero que no era ni más ni menos que la entrada de una escalera que conducía á un plan inclinado, por el cual se descendía muy adentro del interior de la montaña. Belzoni sólo pudo recorrer este plan durante un trecho de 46 metros, pues un hundimiento real de la montaña cerraba el paso. El punto en que se detuvo el explorador, estaba á 145 metros de la entrada exterior, y á 56 metros de profundidad sobre el nivel del suelo del valle. Dicho se está pues, que á una tal profundidad y con tan angostas aberturas, no hay ni aire respirable, ni oxígeno para que las antorchas alumbren; pero todas esas dificultades se hubiesen sorteado si la montaña al hundirse no hubiese dicho: por aquí no se pasa.

Ahora bien: ¿aquel plan inclinado conducía á la verdadera cámara sepulcral? Todo induce á creerlo á pesar del primer sarcófago, que nos parece que nunca hubo de contener cadáver ó momia alguna, y puesto allí para engañar á los violadores de tumbas. Cosa parecida se ha visto en las mastabas y en las pirámides.

Reflexiónese ahora un momento sobre las grandes dificultades que tenían que vencer-

se para abrir subterráneos como el de Seti I, cuya total longitud no conocemos, pues como hemos dicho, sólo se han registrado de él 146 metros, ó subterráneos como los de Ramsés III, de 125 metros, ó el de Siphtah de 112 metros, y luego reflexiónese sobre el tiempo y condiciones de su brillante decoración, y se podrá llegar á formar una idea del arte de tales construcciones subterráneas y del tiempo gastado en abrirlas y decorarlas.

Aquí se repite naturalmente lo que dejamos dicho, apropósito de las pirámides, respecto del lujo egipcio. Vemos nuevamente que era su fuente, su religión, y en lo que tiene de más elevado en su idea de la inmortalidad del alma. Preservar el precioso envoltorio humano

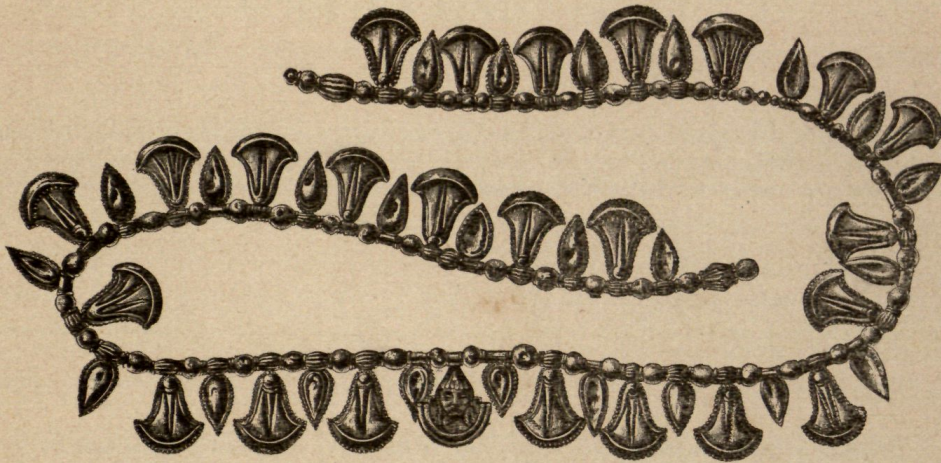


Fig. 167.—Collar formado con la flor del lotus de igual estilo y procedencia.

de ésta, sin el que no podía gozar de una segunda vida, de la vida paradisiaca indefinida, y luego darle todos los medios para que durante su largo período de reposo pudiera nutrirse y esperar, y después, llegado el momento de la resurrección, pudiera obrar y moverse como en su primer tiempo, todo esto era obra no del lujo, sino de la religión misma, que naturalmente no había de repudiar, ni censurar que los ricos y poderosos alhajasen sus *speos* ó *syringas* con muebles costosos, en bronce, oro y plata, y con toda clase de utensilios, ropas, armas, vasos de alabastro ó de metal, etc., ya que de todo esto tenía imprescindible necesidad el difunto y su *Ka*, el duplicado.



CAPÍTULO III.

EL LUJO DURANTE LA ÉPOCA DEL NUEVO IMPERIO.

EONTINÚA siendo la misma la fuente del lujo durante el nuevo imperio? Ya el progreso realizado, impone á los hombres el respeto de la mansión de los muertos. Ya parece que no es necesario ocultar á los hombres en donde descansan los que están esperando el día del supremo juicio. Sin embargo, esto no quiere decir que hayan cesado todas las precauciones, y que los más poderosos no hayan creído conveniente tomar para su seguridad las mas prudentes. El primitivo egipcio construye sobre su sarcófago una montaña, la pirámide. El egipcio de tiempos posteriores encuentra más racional abrir las entrañas de las montañas, que ya existen, para colarse dentro, que no construir una montaña para vivir en sus entrañas. El egipcio del Nuevo imperio, el Faraón de los grandes días de Egipto, los ramesidas construyen su tumba en el templo, dejando á los siglos venideros la porfiada disputa sobre si el *Ramesseum* es templo, palacio ó tumba. Esta confusión es natural, como todo lo que ya sabemos de la civilización del Egipto nos lo indica. Dios, el Faraón egipcio, su palacio se confunde con el templo, vivo en la tierra, vivo en el duplicado, eternamente vivo, el templo, el palacio, y la tumba han de representar la imagen de esa vida, de la que tal vez el egipcio lo único que echa de menos es no saber como empieza.

La antigüedad, sin embargo, sabía que esas grandes construcciones monumentales de dudoso carácter sacerdotal, eran tumbas y Diodoro describió de oídas la del rey Osymandias, que como hemos dicho no es más que el moderno *Ramesseum*, según la identificación de la escuela egiptóloga moderna, pues la antigua no sólo no supo encontrarlo, sino que llegó á creer que Diodoro fué víctima de un engaño y que tal tumba no había jamás existido, y esto se repite en la traducción de Hoffer anotada.—Veamos, pues, lo que se le contó á Diodoro y repite éste en sus libros historiales I, párrafos 47 á 49.

XLVII.—«Á diez estadios de las primeras tumbas, en donde según la tradición están enterradas las concubinas de Júpiter, había, según se cuenta, el monumento del rey llamado

Osymandias. A su entrada existía un pylón de mármol, su ancho era de dos plethras y su alto de 45 codos. Luego de atravesarse, se entraba en un peristilo cuadrado de piedra, cuyos lados eran de cuatro codos, sostenido el techo por animales monolithos en vez de columnas, de 16 codos de alto y esculpidos á la antigua usanza: todo el plafón tenía dos orgyas de ancho, y era de una sola piedra, sembrado de estrellas, sobre fondo azul. Á continuación de ese peristilo venía una segunda entrada y un pylón parecido al primero, pero adornado con variadas esculturas y de un trabajo más perfecto. Al lado de la segunda entrada se veían tres estatuas monolithas, obras de Memnon y el Sienita. Una de ellas representada en posición sentada, era la estatua más grande de Egipto: sólo un pie media siete codos, las otras dos, colocadas cerca de sus rodillas, á derecha é izquierda, eran las de la madre y de la hija, pero no se le parecían en dimensiones. Esta obra no sólo era memorable por su tamaño, sino que era digna de admiración bajo el aspecto artístico y naturaleza de la piedra, que á pesar de su volumen no presentaba el menor resquebrajamiento, ni la más pequeña mancha. En ella se leía la inscripción siguiente: *Yo soy Osymandias, rey de los reyes, si alguien quiere saber en donde descanso, que me sobrepuje en sus obras*. Había también otra estatua, que representaba por separado la madre del rey, alta de veinte codos, de una sola piedra, que llevaba tres diademas, para indicar que había sido hija, esposa y madre de reyes. Después del segundo pylón, se encontraba otro peristilo más notable aún que el primero; estaba adornado con diversas esculturas, figurando la guerra que el rey había hecho contra los bactrianos insurreccionados...

XLVIII.—»En el primer muro de este peristilo estaba representado Osymandias sitiando una fortaleza rodeado de un río, exponiéndose á los golpes de los enemigos y acompañado de un león que le auxiliaba terriblemente en el combate. Entre los que explican estas esculturas, unos dicen que era un león verdadero, enseñado y alimentado por las propias manos del rey que le auxiliaba en los combates; otros sostienen que ese rey, como era excesivamente valiente y robusto, quiso hacer su propio elogio, indicando sus cualidades por medio de la imagen del león. En el segundo muro estaban representados los prisioneros hechos por el rey, privados de manos y de partes sexuales, para expresar que no se habían portado como hombres valerosos, y que habían permanecido inactivos en medio de los peligros. El tercer muro estaba revestido de esculturas variadas, y adornado de pinturas en las que se veía al rey ofreciendo el sacrificio de los bueyes, y su triunfo, al regresar de su expedición. En medio del peristilo se había construido un altar *hypethro*,—es decir, que tiene por bóveda el cielo,—de un bello trabajo y de dimensiones prodigiosas. Contra el último muro estaban apoyadas dos estatuas monolithas, altas de 27 codos. Al lado de esas estatuas se habían practicado dos entradas, por las cuales se llegaba, al salir del peristilo, en un hipostilo—sala sostenida la cubierta por columnas,—construidas á manera de Odeón—teatro lírico—teniendo cada lado dos plethras. Aquí se encuentran gran número de estatuas de madera representando á pleiteantes, fijas sus miradas en sus jueces. Éstos, en número de treinta, están esculpidos en una de las murallas; en medio de ellos se encuentra el archi-juez, llevando al cuello una figura de la verdad con los ojos cerrados, teniendo delante de sí un gran número de libros. Esas imágenes indican alegóricamente que los jueces no han de aceptar nada, y que su jefe no debe mirar más que la verdad.

XLIX.—»A esta sala iba unida una especie de galería llena de gabinetes de toda clase, en donde se preparaban toda clase de alimentos, los más sabrosos para el paladar. Encontrá-

banse también aquí esculturas, y entre otras, la figura del rey, pintada de colores: el rey estaba representado ofreciendo á la Divinidad el oro y plata que retiraba anualmente de las minas de plata y oro de Egipto. Una inscripción colocada debajo, indicaba la cantidad que, reducida á plata, equivalía á treinta millones de minas. Después seguía la biblioteca sagrada, llevando la inscripción siguiente: *Oficina*. En una pieza vecina se encontraban las imágenes de todos los dioses de Egipto, y la del rey presentando á cada uno sus ofrendas, tomando en cierto modo por testigos á Osiris y sus asesores en el infierno, sobre que había pasado su vida de una manera piadosa, haciendo justicia á los hombres y á los dioses. Luego había otra sala contigua á la biblioteca, ricamente construida, conteniendo veintiocho camas que llevaban las imágenes de Júpiter, Juno y de Osymandías: se cree que es en este aposento en donde está enterrado el cuerpo del rey. A su alrededor estaban construidas un gran número de capillas, adornadas con pinturas representando á todos los animales sagrados de Egipto. Por medio de una gradinata se subía á lo alto de la tumba, donde había un círculo de oro de 365 codos de circunferencia y de un codo de espesor. Ese círculo estaba dividido en tantas partes como codos tenía, y cada una indicaba un día del año, habiéndose escrito á cada lado la salida y puesta natural de los astros, con los pronósticos que sobre ello formaban los astrólogos egipcios. Ese círculo, según se cuenta, lo robó Cambises cuando los persas conquistaron el Egipto. Tal es la descripción que se da de la tumba de Osymandías, que parece que se distingue de los otros monumentos no sólo por los gastos que ha ocasionado, sino también como obra de arte.»

En efecto, la tumba de los Ramsés está á la altura de la de Cheops y de la de Seti I, y unas y otras son tipos perfectos y acabados de los monumentos sepulcrales de sus respectivas épocas.

Pero Diodoro habló de oídas, y el que le contó lo que era la tumba de Osymandías hablaba también por referencias, así el carácter de la tumba resulta mal descrito y parece un templo construido un tanto al acaso, mejor que no una construcción razonada y de las que más honran el genio arquitectónico egipcio.

Inaugura el Ramesseum un pylón ó portal que Diodoro cree haberlo dicho todo diciendo que tenía de ancho dos plethras, pues con esto quiere decir que tenía 68 metros. El peristilo que sigue no es tan grande como le dijeron á Diodoro, pues en vez de tener cuatro plethras de lado es de 56 metros por 52. Y aquel su techo de una sola piedra, sembrado de estrellas sobre fondo azul, hubo de ser, sin duda, un *velabrum* ó vela, pues es evidente que no existió nunca tal techo, ya que no existen soportes de ninguna clase. La grande, la colosal estatua de Ramses, cuyo pie tenía siete codos, es decir, que sentada tenía 17 metros, yace aún hoy día al pie de su pedestal hecha pedazos que llenan el vasto patio de entrada.

Pasado el segundo portal se entra, en efecto, en un nuevo peristilo, más hermoso que el primero, como que tiene en todo su alrededor una doble hilera de columnas, y en sus paredes esculpidas las campañas de Ramsés II contra los Khetas, que han arrojado tanta luz sobre la primitiva civilización de los pueblos mediterráneos, las cuales todavía pueden estudiarse en su sitio.

Como la doble columnata no sigue sino por los dos lados laterales, formando los otros dos líneas de caríatidas, que aun están en su puesto en parte, aquí hay que ver los animales monolithos del primer peristilo de Diodoro. Del gran altar que había en su centro no se encuentra resto alguno, que es lo que da motivo á creer que nunca existió.

Tres gradinatas conducen, en efecto, á la gran sala hipostila, rival de la de Karnak, que menciona igualmente Diodoro. Las galerías, corredores ó pasos «que tocaban con esta sala,» según el escritor griego llenas de aposentos de todas clases, aun pueden reconocerse, y en la planta del monumento que da Lepsius en sus monumentos *Denkmaler*, y que tenemos á la vista, se ven con toda claridad y precisión.

Diodoro deja de ser preciso tan pronto penetra en la cuarta parte del monumento, y en efecto, difícil había de ser no pudiendo dar nombres especiales y precisos á todas las piezas del mismo, describirlo con alguna exactitud.

En enfilada y sobre el eje central del monumento siguen cuatro salas pequeñas, las tres primeras sostienen su techo ocho columnas, para la cuarta bastan cuatro. Dos salas con dos



Fig. 168.—Orfebrería egipcia.—Pectoral adornado con vidrios de colores.

y cuatro columnas respectivamente, aparecen en la izquierda, y otra sala con ocho columnas al extremo de la construcción á la derecha. Pero en uno y otro lado continúa una algarabía de aposentos que no es fácil describir con la pluma, bastando apenas el compás y el lápiz. De todas estas salas, imposible indicar cuál era la que contenía los 20 lechos y el sarcófago real, imposible señalar la de la Biblioteca, pero si esto no es posible, la vista del monumento indica claramente que había sitio y disposición para todo.

¡Qué mucho, pues, cuando se levantaban tan grandes monumentos, que los encargados de su dirección inmortalizaran sus obras, como se hace aún hoy día en lápidas, de las cuales algunas han llegado hasta nosotros! He aquí lo que dice una de ellas acerca de la tumba de Cusortesen I, el scribe Merri:—«Yo soy un servidor del príncipe, ingeniero, jefe de obras

públicas, una palma de amor. Mi señor me envió en gran comisión de ingeniero para prepararle una gran mansión eterna. Los corredores de la cámara interior eran de masonería y renovaban las maravillas de construcción de los dioses. Hubo en ella columnas esculpidas, bellas como el cielo, abrí un estanque que comunicaba con el Nilo, levanté puertas, obeliscos y una fachada (pylón, portal) en piedra blanca de Rouwón; también Osiris, señor del Ament, se ha regocijado con los monumentos de mi señor, y yo mismo estaba transportado de alegría viendo el resultado de mi trabajo.»

Tiene la lápida de Merri que acabamos de trasladar, suma importancia para nuestro fin. Conocidos los monumentos egipcios, la tumba de Cheops, la de Seti I y la de Ramsés II, no deben parecernos exagerados los elogios y ditirambos con que Merri lega á la posteridad el recuerdo de la de su señor Ousortesen I, pero ¿cómo pasar por alto la particularidad de haber introducido dentro de la tumba del Faraón al mismo Nilo, sin duda para que representase el rio infernal que atraviesa el Caronte egipcio con su barca llena de almas para ser juzgadas en el Ament por el terrible tribunal de Osiris, barca que se ha encontrado en diferentes

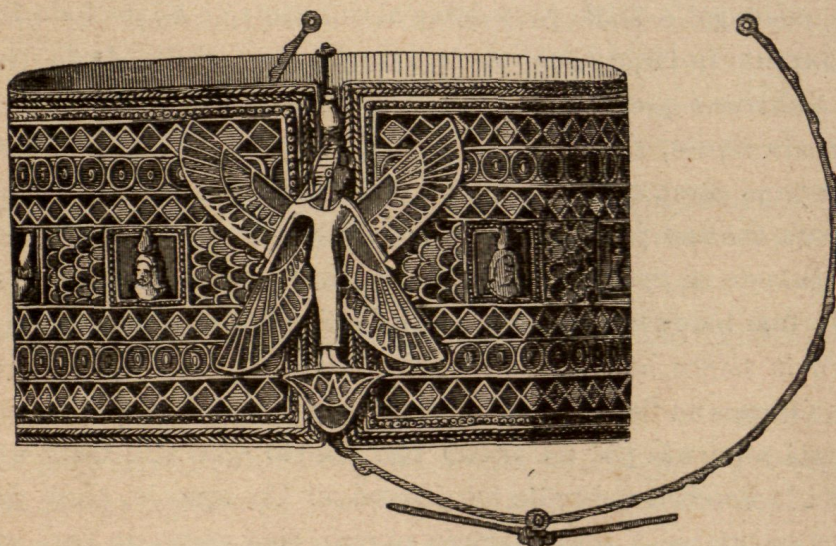


Fig. 169.—Brazaletes egipcio de oro y esmaltes.

tumbas, y de la que damos un curioso ejemplar en la barca llamada de la reina Aah-hotep. —Hasta ahora no habíamos visto nada parecido, y aun admitiendo que el Nilo no tuviera significación alguna simbólica dentro de la tumba de Ousortesen I, que sólo hubiese entrado á manera de obstáculo para garantizar la seguridad de la cámara sepulcral, como el pozo de Seti I, de todos modos la empresa muestra hasta donde se llegaba en punto al lujo de precauciones que se tomaban para dicha seguridad.

Dícenos también la lápida de Merri que el Egipto de su tiempo sentía ya el lujo de esas grandes construcciones. Sus ditirambos, sus comparaciones, nos revelan una relación de superioridad que nos lleva de nuevo á la cuestión del lujo superfluo. Nosotros, antes nos hemos pronunciado por la negativa, y aquí hemos también de sostener nuestra opinión. Cualesquiera que fueran los excesos, éstos tenían por fuente el dogma, y mientras éste impere, sus exigencias no deben cargarse al lujo, sino al dogma. Hoy mismo, cuando es posible construir un relicario de millones, ó un vestido de miles de miles de duros para una imagen, se ha de sufrir, que el cuello de una de nuestras damas ostente tantos brillantes y diamantes

como adornan la túnica de un Nazareno, ó la cabeza y el cuello de la que dió á luz á su hijo en el pesebre de Bethlem.

Digase, pues, que fué la religión egipcia la fuente siempre abierta del lujo egipcio, y como no se quiera reconocer que dicha religión fué obra de los ribereños del Nilo, déjese de acusar el temperamento de éstos, y el genio oriental como causa de todas sus superfluidades.

Recuérdese ahora lo que hemos dicho en las páginas 219 á 223 de este mismo tomo acerca del mobiliario de las tumbas y de su significación. Impóngase el lector bien de la trascendencia del hecho, y confesará que la religión era la que enterraba verdaderos tesoros, que es lo que debe merecer las censuras de todos los moralistas y de todos los adversarios del lujo. Pues ¿puede darse lujo más superfluo que el que se oculta dentro de un sarcófago, dentro de una tumba, con la pretensión de ocultarlo para toda una eternidad?

Pongámonos empero en el terreno estricto para ser justos.

Muere un egipcio de distinción, y su familia, caso que él hubiese dasatendido el mueblaje de su mansión eterna, se ve encargada de este cuidado. ¿De qué no será capaz el cariño paternal, maternal, conyugal ó filial, para dotar al difunto y al *Ka* de todo lo necesario para *vivir y resucitar*, durante la larga noche de la muerte, y en el día de la resurrección? No podemos, pues, extrañarnos que se llegue hasta lo superfluo. Que en vez de una cama para el duplicado haya hasta veinte, como en la tumba de Ramsés II, ¿acaso no gusta el hombre en vida cambiar de cama como cambia también de otras cosas? ¿Y no es necesario que el *Ka*, que el *duplicado* tenga medios para satisfacer sus caprichos, no es necesario que viva contento, pues vive al lado de su cuerpo la alma del difunto? ¿Cómo censurar la precaución de depositar un carro y una barca en la tumba, cuando bien pudiera ser que al resucitar todos los hombres que en la tierra han sido no hubiera bastante para todos y él quedara rezagado y fuera de los últimos en llegar al cielo, al cielo que principia allá en los confines de la tierra y de la que está separada por un ancho río? Ciertamente éste tiene un puente; ¿pero cuán grande no será la muchedumbre de los pequeños? Un egipcio, pues, de distinción, no carecerá de nada en su tumba. Y si ese egipcio es rico, rico como un rey, como un rey del Egipto, dicho se está que todo el mueblaje y menaje de la tumba será digno de un Faraón.

Gracias á las grandes precauciones que los egipcios tomaron contra los violadores de sepulturas, algunas de ellas han guardado su secreto hasta nuestros días, y los gobiernos más ilustrados y más religiosos de Europa, sin distinción de cultos, desde el papa católico, al papa protestante, y al papa cismático, poniéndose en el lugar de los violadores de la época de Ramsés, que se consumen en las llamas del fuego eterno, según el *Ritual funerario*, enriquecen sus museos con los despojos que las impías manos de nuestros sabios arrancan de la cabeza, cuello, vestido ó costados de un Faraón, de un sacerdote ó de un banquero egipcio, y de lo que hallan por fuera de su sarcófago.

Este saqueo nos ha dado á conocer las artes bellas industriales del Egipto, las artes del lujo.

Los más pobres y los medianos entierran las mismas armas é instrumentos, vestidos, etc., que en la vida terrestre usó el difunto. Los superiores é ilustrados, amén de tal cual objeto real, entierran muchos objetos figurados, pues saben que de la misma manera que basta que en las paredes de las sepulturas se pinte ó se esculpa la legión de servidores que en vida asistieron al difunto, lo mismo en las obras de la paz que en las de la guerra, para que esto

tenga valor real en la vida espiritual de la tumba, de la misma manera saben por sus sacerdotes que basta una representación de los objetos reales de la vida terrestre, en forma corpórea ó de bulto, para que éstos tengan igual valor en la vida espiritual, pudiendo prestar análogos ó idénticos servicios. Estos objetos serán de madera, más ó menos ricamente decorados, serán de metal, es decir, de bronce, y dicho se está que si se trata de un Faraón ó de un potentado, serán de plata y de oro.

Plata, oro y piedras preciosas, empleó el enamorado esposo de la reina Aah-hotep, que reinó diez y siete siglos antes de nuestra era, es decir, ochocientos ó novecientos años antes del nacimiento de Moisés y de que se escribiera el *Génisis*, para su acicalamiento, y mueblaje y menaje de su mansión eterna.

Fué en 1867 cuando todo el mundo pudo ver en los escaparates de la Exposición Universal de París todo lo que la piedad de un rey y de un esposo había colocado en la tumba de una reina y de una mujer amada, cuya momia está expuesta á las miradas de los curiosos en el museo egipcio del Cairo.

«Un verdadero museo de arte, dice el miembro del Instituto de Francia, Fernando de Laytesrie, forman los objetos hallados en la tumba de la reina Aah-hotep. Además de las numerosas alhajas, diadema, pectoral, cadenas, collares, brazaletes, anillos, ó anillas de que estaba materialmente cargada la momia de la reina, todavía aparecieron á su lado hachitas de oro y plata, una grande hacha admirablemente montada en rico trabajo de orfebrería, puñales con hoja de oro, y en fin, una pequeña barca de oro macizo del más fino trabajo, montada sobre un carro de cuatro ruedas — Fig. 165. — Una descripción detallada, acompañada de la figura misma de este objeto, puede sólo dar idea exacta de su delicadeza y de su ingeniosa composición.

»La barca lleva toda su dotación. Como ya hemos dicho, todo es de oro macizo. Los remeros, en número de doce, empero, son de plata maciza. En el centro de la barca hay sentado un pequeño personaje llevando en sus manos la hachita y el bastón de mando. Otro personaje está de pie en la parte de proa sobre un pequeño camarote. En fin, el timonel está á popa, maniobrando, usando por timón un largo y ancho remo de plata. Estas tres figuras que acabamos de detallar, son de oro. Proa y popa presentan una línea encorvada rematando en ramos de papiros. La barca va sobre un carrito, de madera el armazón y de bronce las ruedas.

»Sabido es que los egipcios creían en otra vida. Esta barca, hallada en una sepultura real, estaba allí, evidentemente, como símbolo del paso de las almas.»

A la religión, pues, y al lujo, debemos esta admirable obra de la orfebrería de 1700 años antes de Cristo.

Una observación para terminar, que de seguro habrán hecho los lectores que nos lean con alguna atención.

Dos pueblos separados por dos continentes y por el Océano Atlántico, dos pueblos que no llegaron nunca á conocerse, ni de oídas, el pueblo del mar Rojo y el del Océano Pacífico, el antiguo egipcio y el antiguo peruano, cualesquiera que sea el fondo particular de su doctrina, se nos presentan dominados por la misma preocupación de la vida de ultratumba, llegando á unas mismas conclusiones.

Egipcios y peruanos procuran ocultar sus tumbas en las entrañas de la tierra, temerosos de que sean profanadas. Cuando esto no es posible, constrúyense *huacas y mastabas*, á cuya

solidez y distribución confían el sagrado depósito de sus cuerpos. Los poderosos, lo mismo en Egipto que en el Perú, se construyen grandes pirámides para enterrarse en su seno.

Más aun, egipcios y peruanos entierran con el cadáver sus vestidos, sus armas, sus instrumentos de trabajo, y con ello los alimentos usuales y acostumbrados. De modo que no parece sino que son un solo pueblo los que levantaron la pirámide de Gizeh y las huacas de Ancón.

En fin, uno y otro pueblo desarrollan tan grande lujo en las sepulturas, que no parece sino locura, dado que sólo de locos pudiera creerse que enterrasen sus tesoros y que gastasen tanto y tanto para dar sepultura á un pedazo de carne descompuesto.

Resulta, pues, claro, que de iguales causas nacen iguales efectos. Que la religión peruana, como la egipcia, fomentaron el lujo por igual y que entrambas le llevaron á las últi-

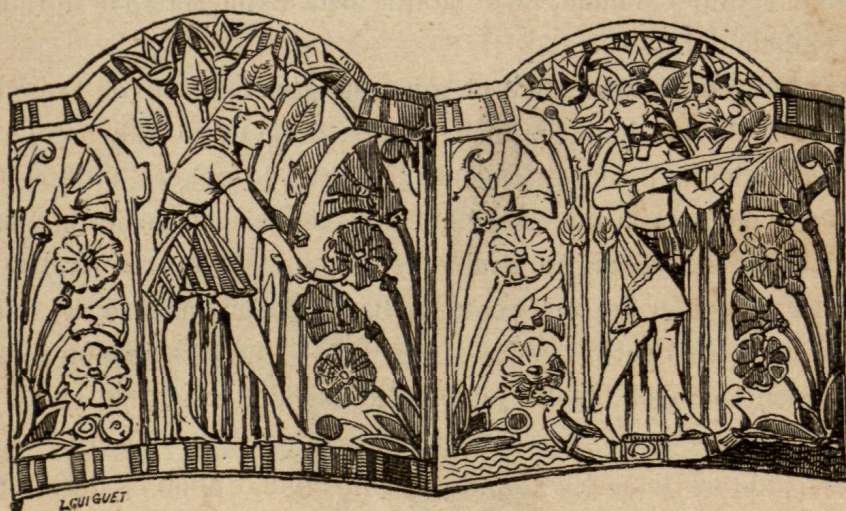


Fig. 170.—Brazaletes de plata cincelado.

mas consecuencias, y que la religión no puede ser una valla puesta al lujo sino cuando ella misma se condena á la miseria y á la pobreza. Si ahora consideramos á la religión como fuente de la moral, que es lo que hasta hoy ha venido sosteniéndose, ¿cómo la moral informada por tal espíritu religioso podía desenvolver las ideas precisas y justas que debían servir en aquellos tiempos para distinguir el mal lujo del buen lujo? ¿Cómo la reina Aah-hotep podía en vida ser más moderada en su lujo de lo que consienta que lo sea la muerte al apoderarse de ella? Por esto, para corregir los excesos del lujo, sólo se saben discurrir medidas económicas, leyes suntuarias, que en su inmensa mayoría sólo han servido para arruinar á inocentes industriales y para contener el progresivo desenvolvimiento del arte industrial.

Esta conclusión brotará espontáneamente cada vez que cerremos un período de la historia del lujo.

CAPÍTULO IV.

LAS ARTES DEL LUJO EN EGIPTO.

Todos los productos del lujo egipcio, todos, sin excepción, ofrecen ese carácter artístico propio de los grandes períodos del arte, y que el siglo XIX se esforzó primero en conseguir, mediante una restauración arqueológica, es decir, de un estilo determinado de la historia del arte, y que sólo ha alcanzado cuando volviendo la espalda á esos estilos anticuados, muertos, se ha atendido escrupulosamente á los principios y leyes del estilo. De estos principios y de estas leyes del estilo fueron los egipcios los inventores, los que primero las descubrieron y practicaron.

Sin embargo, ¡quién lo creyera! esas leyes han necesitado su Champollión. Semper, el gran arquitecto alemán, las expuso en su obra sobre *El Estilo*, por los años 1840 y sólo hasta nuestros días se han popularizado lo mismo en Alemania que en los países extranjeros. Los Sres. Perrot y Chipiez, al estudiar el carácter de la ornamentación egipcia, le han hecho justicia. En la página 807 dicen así:

«Semper fué el primero en demostrar que el espartero, el tejedor y el alfarero, trabajando las materias primeras sobre las cuales se ejerce su industria, produjeron por el solo funcionamiento de los procedimientos técnicos, combinaciones de líneas y colores, y dibujos de que se apoderó el ornamentista tan pronto como tuvo que decorar los muros, las cornisas y los plafones de los edificios. Como estas artes elementales son ciertamente más antiguas que la arquitectura, dicho se está que estos ornamentos no pasaron de las murallas á las esteras, á las telas ó á los vasos, sino que fué todo lo contrario lo que sucedió.»

He aquí la teoría y sus principios:

Ábrase la más humilde de las mastabas del campo santo de Gizeh, si tiene algún motivo de decoración ésta será una clara confirmación de la teoría de Semper.

Los egipcios aplican á la decoración interior de sus tumbas la decoración misma de sus casas. De sus casas construidas con leños, juncos, cañas y esteras. Acúdase á la obra de Semper, acúdase á la obra de los Sres. Perrot y Chipiez, y se verá como ejemplo la decora-

ción interior de varias mastabas, llegándose en la de Ti hasta representar los anillos, cordones y cuerdas que sirven para sujetar las esteras de los entrepaños y para levantarlas y bajarlas.

Podía el artista egipcio defender ese sistema diciendo que la mastaba tenía que ser, para corresponder con el fondo de la doctrina religiosa del Egipto, una imagen de la casa en que habitó el difunto, y esta explicación podía satisfacer en general, pero los estéticos de la época, si los hubo, no hubieron de contentarse tan fácilmente. ¿Cómo había de satisfacer á un espíritu crítico ver á Mycerino enterrado dentro de un sarcófago de piedra, representando de una manera admirable y acabada una casa de la época, es decir, una casa de madera?

En efecto, entre cuatro agujas—fachadas laterales—se abren tres puertas coronadas por grandes ventanales propios de los países meridionales, rematada la fachada por una gran gola cuyo origen investigó el celeberrimo Violet-le-Duc, y aunque los señores Chipiez y Perrot no están conformes con su explicación, tampoco pueden adelantar otra mejor, así es que se limitan á manifestar su disconformidad. Tienen, empero, razón dichos señores, cuando dicen que tal miembro arquitectónico no se deriva de la construcción en madera: pero Violet-le-Duc tampoco dijo esto, sino que le parecía que había de resultar de la curvatura que el peso de la cubierta dió á los muros de cañas de la primitiva cabaña, hipótesis que no es de todo punto inadmisibile. Por nuestra parte diremos que nos parece dicha gola uno de los pocos miembros propios de la arquitectura en piedra, pues no puede darse forma más propia de este material, y en la que mejor se retrate la economía del trabajo y la dureza de los materiales que más del gusto eran de los egipcios, los basaltos, pórfidos y granitos.

Fuera este miembro de la decoración propia de la arquitectura lapidaria ó de la lignaria, siempre resultará que su adopción por una y otra no se explica sino por su antigüedad, esto es, por caracterizar la arquitectura al estilo del país cuando la piedra reemplazó á la madera. Esta contradicción es general, y por esto advierte Semper, lo que no han notado los señores Perrot y Chipiez en el párrafo 169 de su obra, que si el monumento egipcio como obra de la lapidaria es en su fondo irreprochable «el ornamento, la exornación se despega de la esquema de la obra, no anima con su lenguaje metafórico la impresión total del mismo, por lo menos no es este su destino esencial é inmediato, sino que sirve á otros fines. Los principios de un desenvolvimiento más orgánico de la estereotomía se dejan pronto á un lado para obedecer á las ideas reinantes (1).»

Es decir, que los egipcios no supieron llevar á la litotécnica el mismo espíritu de observación que les hizo componer verdaderos modelos en obras de madera, lignaria, tignaria, etc. Así cuando se abandona para el sarcófago la casa, se cae en el error de hacer servir al pórfido para que remede la caja de cartón que dentro del mismo guarda la momia.

Sin embargo, el egipcio que en un principio se había sujetado estrictamente á la exornación, al progresar ya fué desentrañando los contornos y caracteres propios de los materiales que empleaba, flores, hojas, arbustos, fibras vegetales, hasta producir una decoración típica, como lo es toda decoración que se atiene á la quinta esencia de las cosas, que es lo que constituye el embeleso del arte primitivo, del arte japonés en nuestros días, etc. Pero

(1) SEMPER.—*Der Stil in den technis chen und tektonischen Kunster oder praktische Esthetik*. Munich, 1860-63.—Tomo II, pár. 169.

ya cuando el arte se hubo constituido y la geometría aspiró á poner orden y á regular las formas, el loto y el papiro al pasar por el lápiz del artista egipcio, con sus hojas, tallos, vástagos, etc., tomó un aspecto y corte particular, pero que no sólo era idea del tipo, sino que á la vez se había sustraído de la mecánica ó manipulación de los materiales, es decir, que ya no era el tipo la estera ó el tejido, sino un enlace geométrico que otros pueblos orientales, el árabe, habían de llevar á su más alta perfección.

Fácil, es, pues, después de lo dicho, formarse una idea justa del carácter suntuario del lujo egipcio. En el vestido, en el tocado, en el mobiliario, en los mil objetos sin nombre del menaje, en la vajilla, en la metalistería, los principios del arte campean tan á sus anchas informando con su espíritu el objeto, que no es posible señalar otros más propios ni más bellos, dejando á un lado la perfección de la mano de obra, pues, si bien es verdad que el arte griego llegó á una perfección artística superior é inimitable, en cambio en todos los productos de la ornamentación egipcia, se trasluce lo que hoy llamaríamos el elemento naturalista, que es lo que da á sus obras el carácter de «sentidas,» que es lo que más apetece nuestro tiempo.

El egipcio tuvo que inventar todas sus artes. Cuando recibió de otros pueblos el beneficio de sus invenciones, descubrimientos y perfeccionamientos, el Egipto se moría ya de puro viejo, por consiguiente el Egipto ocupa en la historia del lujo el puesto especial que corresponde á los inventores de las artes del lujo.

Hijo, pues, de sus propias obras, el egipcio había de conservar entrada la civilización, por vicio de costumbre, por tradición, ciertos procedimientos técnicos y ciertas formas artísticas en disonancia con el progreso de los tiempos y de la industria. Por ejemplo, el egipcio continúa usando la cerámica en obras, en vasos, que mejor fuera fabricarlos en vidrio ó en metal. ¿Pero cuántos y cuántos siglos no estuvo ignorando el egipcio el arte de fundir los metales y la fabricación del vidrio? Cuando poseyó estas artes, que fué muy tarde, el hábito, este autócrata del alma, había hecho irreemplazables lo mismo las grandes tinajas, que nunca construyó de madera, que los pequeños frascos que no sabemos si llegó á fabricar de vidrio.

Todas, ó para ser más precisos, casi todas las formas de la cerámica griega fueron invenciones de la cerámica egipcia, sobre todo todas aquéllas en que el arte de las líneas cónicas no ha sido reemplazado por el de las líneas circulares, que conocieron los griegos y que casi exclusivamente practicaron los romanos. Sin embargo, en la decoración no llegaron tan adelante como los griegos, tal vez por no haber llegado hasta nosotros sus productos más acabados. Así dejando á un lado los vasos de la época ptolemaica, es decir, de la época de la primacía de Alejandría, la cerámica egipcia es sólo notable por la pureza de la forma, de su contorno, al que tendrán poco que corregir los griegos para producir su cerámica sin rival. En la época ptolemaica, durante el siglo III antes de Cristo, la decoración puramente ficticia tiene un cierto carácter de novedad, pero no es de por sí una decoración artística superior, y en punto á la forma se ha perdido en vez de adelantar. Todo esto para la cerámica mate, roja, negra ó gris, ó pulimentada por frotamiento ó simplemente barnizada con una capa de barniz muy delgado.

La cerámica egipcia progresó técnicamente hasta llegar á la invención de lo que se ha llamado la porcelana egipcia. Sin embargo, aun cuando esta porcelana sea blanca, es siempre opaca, de fractura terrosa, distando mucho de tener la solidez de la porcelana dura y de

estructura vítrea de nuestros días. En realidad la invención se reduce a la capa de barniz que cubre una parte, que en puridad, no es más que un gres cerámico con base de arcilla. El barniz de la porcelana egipcia es un verdadero vidrio, pues su análisis ha demostrado que es un compuesto de sílice y de sosa colorado por un óxido metálico.

Por su naturaleza, la porcelana egipcia fué consagrada á la religión, y por consiguiente sus productos son bastante numerosos en las tumbas del medio y nuevo imperio.

El Egipto debe también considerarse como el padre de la industria vitraria que fenicios, romanos y venecianos habían de convertir en el arte más refinado del lujo.

Cierto que este honor ha querido disputarle la Fenicia, pero la simple consideración de lo tarde que alcanza la Fenicia los beneficios de la civilización y el evidentísimo influjo de las artes egipcias, bastan á dejar al Egipto el honor de ser la primera nación del mundo que llegó á emplear el vidrio en obras artísticas.

Esto no quiere decir que no se pueda probar de otra suerte la prioridad de Egipto. Sus

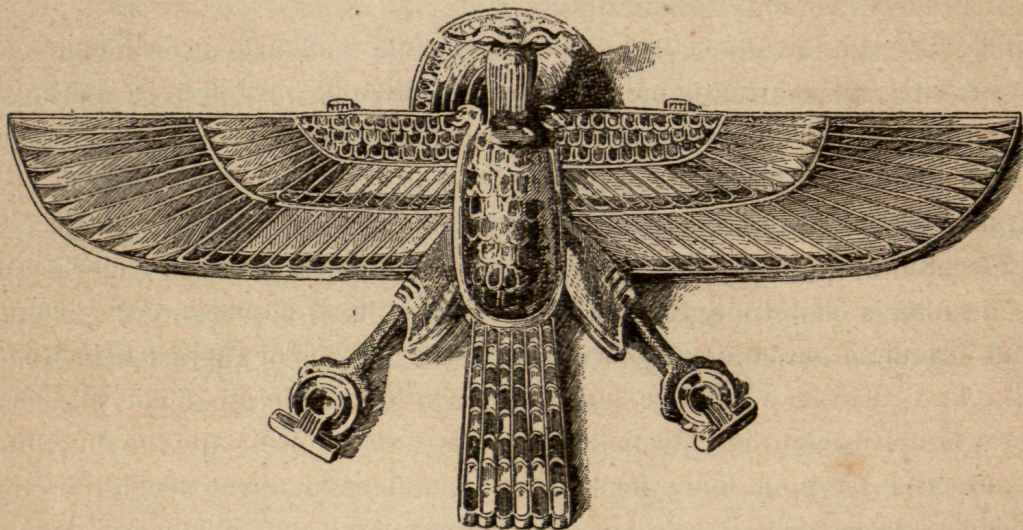


Fig. 171.—Pectoral adornado con vidrios de colores.

monumentos hablan claro, aunque por desgracia sean muy escasos é inferiores á los de la Fenicia.

Débase notar esta invención del vidrio que, aun remontando á la edad de las sepulturas de Beni Hassan, pues se encuentra representada la fabricación del vidrio en las paredes de una de ellas, no logra producir las obras de arte que debía fomentar más tarde el lujo, y esto, sin duda alguna, es debido á las ideas reinantes, es decir, al uso dominante de la cerámica. Por lo demás, la metalistería reemplazaba con ventaja al vidrio en muchos objetos en que hoy le reputamos indispensable, por ejemplo, en copería.

Tampoco tuvo la metalistería en Egipto el desarrollo que había de alcanzar en Asia. Si exceptuamos el oro y la plata, el bronce, y en particular el hierro, excepción hecha de los artículos de armería, no son trabajados con fines artísticos. Trabajos en hierro se han descubierto tan pocos, que hasta se ha discutido si el Egipto antiguo y medio conoció este metal. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que lo utilizó muy poco.

No fué así para el bronce. Soldi ha probado que los grandes colosos escultóricos del antiguo Egipto se labraron con instrumentos de piedra y bronce. Con aquellos principalmente.

De modo que no es posible negar el conocimiento del bronce al Egipto en los primeros tiempos de su edad histórica. Pero aquí las ideas reinantes, como dice Semper, continuaron impidiendo su desarrollo. La arquitectura tarda aún mucho en apoderarse de los metales, y la arquitectura egipcia no tuvo nunca de ellos necesidad. Así conviene tener siempre presente la idea de que la madera y la arcilla son los dos grandes materiales de construcción del Egipto, y que los egipcios nunca concibieron que debiera hacerse con otros materiales lo que podía hacerse con ellos. Por esto al adoptar la piedra para sus grandes construcciones monumentales, el recuerdo de las construcciones de madera y arcilla—tapiales, adobes—se impone hasta el punto de que sus formas lapidarias sean tan impropias, como sin duda lo son, la imitación de una casa por el pórfido, ó la de un tronco de árbol por la piedra. Sin embargo, el gran conocimiento que tuvieron del material les hizo producir obras realmente bellas, contribuyendo á ello y no poco el conocimiento de la ciencia de las proporciones de las que los mismos griegos se supusieron siempre inventores.

Respecto del oro y la plata, lo que hemos dicho de la barca de la reina Aah-hotep bastará á demostrar que supieron trabajarlos y manejar dichos preciosos metales con rara perfección. En nuestros días ha estado en boga copiar la joyería egipcia, con tan gran desacierto, que no ha podido sostenerse por mucho tiempo. Y si por un momento se impuso esto, se debió á las cualidades propias de la joyería egipcia. En efecto, el artista egipcio en posesión de un arte del esmaltador rudimentario, ciertamente, pero suficiente á su fin artístico, combina casi siempre los metales con los colores vitrificables ó pastas de colores que el arte de esmaltar le proporciona produciendo objetos tan ricos como brillantes.

Hase discutido si los caracteres artísticos de la joyería funeraria fueron los mismos que los de los vivos, es decir, si los brazaletes, diademas, pectorales, égidias que hoy, por fortuna, se recogen de cuando en cuando en alguna tumba, son los que tuvieron dichos objetos en la misma corte de los difuntos faraones. Esta discusión se ha promovido en razón del grande empleo que tiene en ellos la forma animal, y se ha empeñado por perder siempre de vista que esas formas animales, que al reproducirlas la joyería egipcia moderna hasta resultaban repugnantes á veces, no eran sino imágenes, símbolos de los dioses, y como no se debe tampoco olvidar que el Egipto fué siempre un pueblo extremadamente devoto, este empleo de las formas animales tiene una explicación tan lógica como ilógica en la joyería egipcia moderna.

Un alfiler de pecho, de oro ricamente esmaltado, representando un escarabajo, en el pecho de una egipcia es símbolo de la divinidad y de la eternidad. En el pecho de una española ó de una francesa, es una porquería. Y sin embargo ¿cuántas y cuántas damas que á la vista de un escarabajo chillan y brincan como poseídas, no han adornado su voluptuoso seno con la imagen de ese puerco animal sólo porque era de moda?

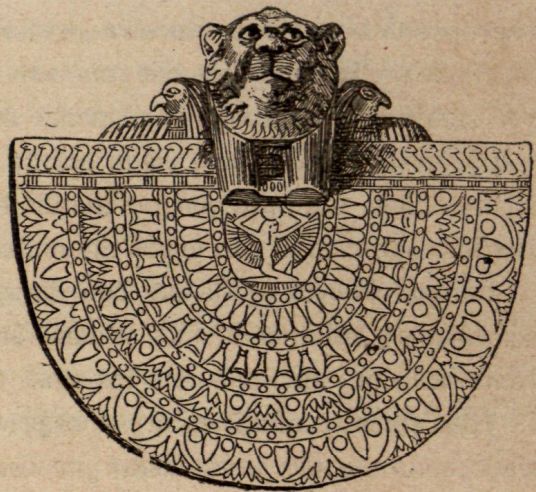


Fig. 172.—Égida de bronce repujado y grabado.

Aquí aparece la verdadera cuestión, el verdadero problema que entraña el lujo.—Era lujo, pero lujo malo, detestable, superfluo, esa joyería sin sentido artístico, sin significación, y que debía hacerse repugnante forzosamente el día en que pasase la moda, era un despilfarro de tiempo, de materiales preciosos, de trabajo y de dinero lo que se había hecho restaurando un estilo tan particularista como el estilo egipcio. Si esta restauración se hubiese limitado á integrar en la fauna artística el loto y el papiro nada más justo y natural. Por sus excelentes cualidades artísticas, por los bellísimos ejemplos que de su empleo nos han dejado los mismos egipcios, esta integración no hacía más que aumentar los elementos del arte del siglo XIX que al fin ha sabido reunir en un solo ramo los que se creían disparatados, sólo porque caracterizaban épocas precisas de la historia del arte. Nada hay que oponer á esto, sino todo lo contrario, hay que celebrarlo como nosotros lo hacemos.

Pero ¿qué diferencia no va entre la parte ornamental de la égida de la reina Tati-bart de la dinastía XXII (fig. 172), y su parte puramente egipcia? Toda su parte puramente simbólica ¿qué despropósito no sería en nuestra joyería moderna? Aquella cabeza de leona que en realidad sorprende por la franqueza con que la ha tratado el artista, aquella imagen de la diosa Sekhet, ¿qué significación tendría en el pecho de nuestras damas? Y sin embargo, los restauradores de la joyería artística han dado mayor preferencia á estos elementos que á sus elementos ornamentales, sin duda porque siendo éstos tan pocos y tan faltos ellos de fantasía para combinarlos, han creído que estos elementos ornamentales eran lo menos importante.

Compárese esta égida tan fácil de reducir á una joya irreprochable moderna, con estos escarabajos y milanos de alas rectas ó levantadas en forma de media luna (fig. 171) y se comprenderá lo que decimos con los ojos.

Toda nuestra admiración por el precioso pectoral de Kha-em-nas que su tumba nos ha legado, todo nuestro entusiasmo por ese pectoral del lujo de Ramsés II (fig. 168), en el que el arte del joyero reina á gran altura, y en el que el esmaltador con su brillante paleta no hizo más que hacer resaltar la feliz y acertada combinación de los símbolos egipcios de la transformación, del de venir, de la vida eterna, el cuervo, el ureus, la tau, etc., no nos ofuscará jamás hasta el punto de presentarlo como un tipo inmortal del arte en los talleres de nuestros plateros. Nosotros comprendemos un duque de Luynes, lo que no comprendemos es que milanos, cuervos, ureus, leonas, escarabajos, y en fin, toda la galería animal del panteón egipcio, incluso el inmundito Bes, vengan á reemplazar los símbolos cristianos, ó los elementos fijos, constantes y perpetuos de la ornamentación.

Si la moda y el lujo ponen en circulación tales remedos, la moda es detestable, y el lujo es malo.

Podemos, pues, ahora apropiarnos lo que los Sres. Perrot y Chipiez dicen en las páginas 840 y 841 de su citada obra:—«Otros pueblos, como los griegos, usaron alhajas más ligeras, más elegantes y más graciosas y delicadas; pero no por esto dejarán de apreciarse en la joyería egipcia las grandes cualidades de majestad y de sabia nobleza que la caracterizan.—Lo que sobre todo nos parece constituir la originalidad en tales obras, es que en sus líneas principales y su coloración recuerdan el estilo y la decoración de los edificios nacionales; diríase que fueron arquitectos los que dieron los dibujos de esas alhajas y los que escogieron sus tonos.

»Ese mismo carácter se reconocerá en los vasos que se ven figurados en Thebas, en las paredes de las tumbas reales, pintados de amarillo y azul. Su color y su forma no permiten

representarlos de otra manera más que en metal, en bronce dorado, en oro ó en plata; incrustaciones en piedra dura ó en esmalte hacen resaltar todavía el brillo de los metales preciosos. Algunas de esas obras de joyería parecen haber tenido grandes dimensiones. La composición es rica y complicada; el artista hace entrar en ella flores abiertas, ó semicerradas, cabezas de león, máscaras de Bes ó de negro, aves, esfinges, etc. Motivo hay para pensar que eran sobre todo objetos para ser ofrecidos á los dioses y conservados en sus tesoros, según los caracteres de su fabricación y forma, ya que muchos de ellos no parece que hubieran podido prestarse á un uso cómodo. Los grandes personajes del Estado, á ejemplo de los reyes, tenían á honor enriquecer los templos. He aquí como en tiempo de Thoutmes III habla en su estilo funerario Neb-ona, primer profeta de Osiris:—«Yo he consagrado numerosos donativos en el templo de mi padre Osiris, en plata, oro, y lapislázuli, en cobre y en toda clase de piedras preciosas, que estaban enteramente bajo mi dependencia.»

Nótese que esta identificación entre el estilo y arte de la joyería egipcia, y el estilo y arte arquitectónico egipcio, es la censura más cabal que puede hacerse del lujo artístico. Siempre y cuando haya disparidad, pero siempre y cuando esa disparidad no sea debida por el progreso ó estancamiento de la arquitectura ó de las artes bellas industriales, se podrá asegurar que las artes del lujo toman por un falso camino, y que por consiguiente es falso y detestable el lujo que informan.

Séguros podemos estar, después de lo dicho, que no le faltó á la joyería artística egipcia ninguno de los auxiliares de la joyería moderna. La estela de Neb-ona por desgracia, mejor aun que los monumentos, nos lo prueba. Otra estela, la de Iritesen, que tradujo Maspero, nos revela el nombre y familia de esos grandes artistas egipcios cuyas obras podemos admirar sin conocer sus autores. «¡Ah! dice, no hay quien en mi arte me aventaje, ni á mí ni al mayor de mis hijos legítimos. Dios ha decidido que él sobresalga, y yo he visto las perfecciones de sus manos en su trabajo de artista, jefe en toda clase de piedras preciosas, de el oro y de la plata, hasta el marfil y el ébano.»

De la ebanistería egipcia, los monumentos pictóricos nos han conservado riquísimos modelos. Los muebles de nuestros museos, por milagro conservados en algún rincón de modestísima tumba, son más curiosos que artísticos, por lo mismo que nos revelan los procedimientos técnicos de la carpintería y ebanistería egipcia.

Lo mismo las cómodas, sillas, taburetes, consolas, mesas, que los instrumentos de música, nos revelan incrustaciones en los muebles de metales, esmaltes y otras maderas. La escultura no falta tampoco, de modo que podemos asegurar que sus muebles debían ser tan ricos y tan costosos como los grandes muebles de nuestro tiempo. Luego importa no caer en el error de creer que la vivienda del antiguo egipcio se presentase tan destartada como la de los egipcios modernos. El uso de los divanes, almohadones, otomanas, etc., es decir, la costumbre de estar y de hacerlo todo echado, no es oriental antigua, sino moderna, es la vida del árabe nómada, la vida del beduino en su tienda siempre echado porque no puede estar dentro de ella de otro modo, y que impuso á los países orientales al imponerles el Corán de su profeta.

Los salones egipcios, como los nuestros, no carecían de ninguno de los muebles que nosotros reputamos indispensables. Salvo los espejos, que eran de mano y de metal, es necesario que nos representemos siempre la vida interior de la familia egipcia, y la vida social en condiciones análogas á la nuestra. La costumbre de comer echados que griegos y roma-

nos adoptaron, fué una moda asiática, y en Asia menor el nómada, el beduino antes y cuando y después del Corán siempre ha sido el mismo, y por consiguiente sus costumbres siempre, en más ó menos, caracterizan su vida.

Acabamos de señalar la influencia de la tienda en la civilización y cultura de los pueblos, y es necesario que algo digamos sobre su decisiva influencia en el lujo.

Ronchaud ha dicho, y los ejemplos sobran y hasta aquí no los hemos escaseado de todas clases, «que la tela es el lujo natural de las civilizaciones primitivas. El hombre principia por ornar su vestido á fin de abrigarse á su satisfacción; y se sirve de la tela para dar realce á su dignidad y por dar mayor majestad á su actitud. La mujer se embellece con el adorno;

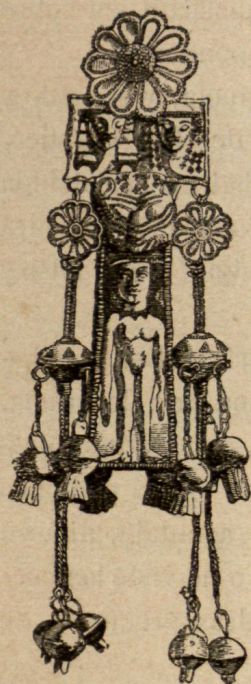


Fig. 173.—Pendiente cipriota de estilo egipcio.

la gracia de sus movimientos se comunica á los pliegues de la tela con que envuelve sus delicados miembros, y su forma parece más seductora á través de los velos. Del vestido la decoración pasa á la casa; primero á la tienda, este abrigo del nómada, sirve de segundo vestido, de ancho manto, con el que envuelve á su familia y sus bienes. La tienda desempeña un gran papel en la historia de la decoración por medio de las telas. Hasta cuando las tribus errantes se han establecido, cuando el abrigo portátil se ha reemplazado por una habitación fija en el suelo, el sistema de decoración, al cual la tienda ha dado lugar, persiste todavía en la casa, y rige las cortinas lo mismo que el mobiliario. La tienda queda aún entonces, como la habitación guerrera, y en la vida es una especie de brillante representación del pasado al cual se relacionan las más antiguas tradiciones de la vida nacional; sirve para la exposición de los ornatos, para la celebración de las fiestas religiosas, y esto lo mismo en Egipto que en Grecia: los reyes del Oriente se sientan debajo una tienda para administrar justicia; es como un símbolo de la soberanía (1).»

Todo esto es Semper puro. Semper en su citada obra llega á llamar á la tela el elemento *generador* de toda clase de cerramientos, y cualesquiera que sean las reservas que se hagan, éstas no contienen valor sino en presencia de los monumentos. Que á Ronchaud le parezca que el gran estético alemán fué demasiado lejos al considerar que este elemento *generador* lo es hasta en las construcciones en piedra, de modo que reduce las partes sólidas á no ser más que los puntos de apoyo para sostener las cortinas, lo que debe probarse es que esto no es del todo verdad en la mastaba de Ti y en otras tumbas en donde es posible, por su antigüedad, seguir el proceso de la tienda hasta llegar á las grandes construcciones monumentales. Dejando, pues, á un lado la discusión, decimos que lo mismo los Sres. Perrot y Chipiez, que el Sr. Ronchaud, que el señor Müntz todos aceptan la teoría de Semper, y todos, por consiguiente, reconocen la gran importancia de las artes del tejido en el arte en general, y en el arte arquitectónico en particular.

Cual fué la importancia que en la decoración interior y en el traje egipcio alcanzaron las artes del tejido en Egipto, autores antiguos y monumentos van á decírnoslo.

(1) RONCHAUD.—*La tapisserie dans l'antiquité.—Le péplos d'Athènes.*—Paris, 1884.—Pág. 5 y 6.

No es posible ver esos grandes entrepaños cubiertos de pintura ó de relieves de las grandes salas de los templos egipcios, sin pensar en un tapiz. Que aquella decoración ha sido inspirada por un tapiz, no cabe dudarlo, pues ejemplos pueden citarse en que no parece sino que se haya querido perpetuar en piedra algún tapiz célebre. Ejemplo el bajo relieve de Seti I y la diosa Hathor del museo del Louvre.

¿Pero conocieron los egipcios la tapicería?

Durante mucho tiempo se ha sostenido que los antiguos no conocieron la tapicería, que lo que nos parecen tapices en las descripciones de los antiguos no son más que tejidos bordados. Pero se ha abandonado este modo de ver, y se ha reconocido que los egipcios sabían tejer á mano figuras, adornos, etc., que formaban parte integrante del lienzo, que es lo que constituye el tapiz. También se ha confesado que conocían las telas brochadas, ó sea aquellas que, por un procedimiento mecánico cualquiera, repiten un mismo motivo de decoración hasta lo infinito. Y como las momias nos han conservado bastantes muestras de la habilidad de los egipcios en punto á bordados, lo que el profeta Ezequiel dice sobre ser los egipcios los inventores del arte de bordar no parece ni atrevido ni exagerado.

Tenía, pues, el lujo egipcio á su disposición, los mismos elementos que tiene el lujo moderno para llenar las casas de tapices, de ricas telas, de muebles, y para hacer de sus tejidos brochados y bordados, trajes costosísimos, vestidos verdaderamente lujosos.

Cierto que de leer de prisa Herodoto diríamos que los egipcios vestían con gran sencillez, pues nos dice que sobre su túnica de lino ponían un manto de lana blanco, pero las innumerables pinturas de los templos y de las tumbas nos enseñan todo lo contrario, pues los colores y dibujos de ellos nos presentan las telas brochadas y bordadas que usaban en sus trajes. Por otra parte, el mismo Herodoto dice que Amasis, el gran Faraón egipcio, regaló al rey de la Lacedemonia «una coraza de lino, ornada con un gran número de animales tejidos en oro y algodón. Mereciendo especial atención cada hilo de por sí; pues aunque muy finos, componíase cada uno de ellos de 360 hebras, todas muy distintas. Parecida á ésta era la coraza que el mismo Amasis regaló á la Minerva de Lindos (1).»

Plinio confirma lo dicho por Herodoto, pues en su tiempo aun existía la coraza de la diosa, aunque muy deteriorada, en el templo de Athenea (Minerva), de la isla de Rodas. No hay duda, pues, que los egipcios conocieron la tapicería. Pero ya hemos dicho que del arte de tejer egipcio tenemos pruebas materiales. Wilkinson cita un tapiz egipcio de una colección particular inglesa en el que se ve sobre un fondo verde un joven en blanco, jugando con un pato que tiene encima, rodeado de una franja de listas rojas y azules. Alrededor de este cuadro siguen otras figuras blancas sobre fondo amarillo, y nuevas franjas azules con adornos rojos rematando con otra ornada de hojas en rojo, blanco y azul (2).

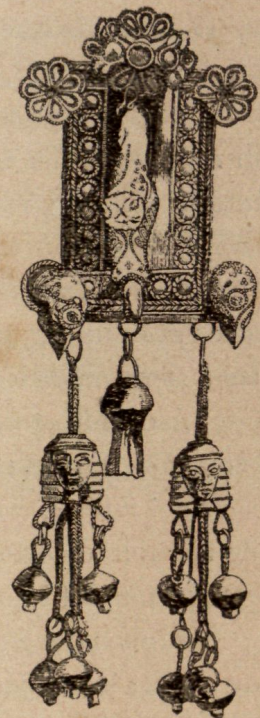


Fig. 174.—Pendiente cipriota de estilo egipcio.

(1) HERODOTO.—Lib. III, § 47.

(2) WILKINSON.—*Manners and Customs of the Ancient Egyptians*.—1.^a Serie. Tomo III.—Pág. 142.

Müntz añade «que en el museo del Louvre se pueden ver unas franjas bastante estrechas,* con adornos variados, cuyo apretado tejido, espeso y granado, análogo al del reps, presenta todos los caracteres de la alta liza. Verdad es que la presencia, en estos tejidos de hilos de lana, nos obliga á colocarlos entre los últimos productos de la era faraónica, tal vez son del nuevo imperio de los Lagidas. En efecto, el Egipto en el tiempo antiguo no empleó más que el lino y el algodón; pues no principió hasta muy tarde, hasta muy pocos siglos antes de nuestra era á trabajar la lana y la seda, es decir, las dos materias sin las cuales la tapicería no puede alcanzar ni la intensidad de color ni el brillo que tenemos derecho á pedirle (1).»

Bueno es decir, para los que no están impuestos en detalles, que en general la lana y la seda vinieron tarde en Europa. Su fabricación es asiática y del extremo oriental. Trajes de seda no se vieron en Roma hasta la época imperial.

Establecido que los egipcios tuvieron grandes recursos para vestir su casa y su cuerpo con verdadero lujo, importa divulgar la preocupación fundada en la estatuaria y en general en la escultura y pintura egipcia acerca de sus trajes. Los trajes aéreos, ligeros con que están representados á menudo dioses y reyes y altos personajes, son trajes idealizados. La escultura siempre ha tenido horror al vestido, y cuando no ha podido prescindir de éste, siempre ha procurado que la forma humana se transparentase lo más posible. Así la hicieron los egipcios, sin que por esto pueda cabernos duda que estarían de más vista que no hoy, partes del cuerpo que nuestro sentido moral moderno, ó nuestro pudor obligan en nuestros días á tapar cuidadosamente. Esta observación tendremos aún que repetirla para más adelante, haciendo constar las excepciones, ¿pues no llegó hasta la indecencia en tiempos de la revolución francesa con el pretexto de vestir á la griega? Más adelante, precisamente sin salirnos del Egipto, daremos un ejemplo histórico del libertinaje egipcio en punto á traje, y este ejemplo celeberrimo servirá para caracterizar con la depravación de las costumbres la depravación del lujo.

Ejemplos del gusto y delicadeza de los bordados egipcios tampoco faltan. Seguro que muchos de los trajes que los monumentos pueden hacer creer brochados no fueron más que bordados, pues no hay duda que el arte de bordar llegó en Egipto á un alto grado de perfección. El museo del Louvre guarda ejemplos notables que acreditan el buen gusto egipcio.

Lo que sí merece citarse, porque después del Egipto deberemos tardar centenares de centenares de años á encontrar un nuevo ejemplo, es el uso constante de la peluca á través de todos los periodos históricos del Egipto. La explicación que de este hecho tan singular se ha dado, parece justa. ¿Hoy mismo los grandes turbantes de los orientales, sus *fez* ó gorros tunecinos no nos parecen en contradicción con el clima de África y Asia menor? Sin embargo, costumbre ó previsión higiénica, los orientales antiguos y modernos han cargado siempre sus cabezas con tupidos abrigos para preservarlas de insolaciones. He aquí la razón de haber cargado los egipcios sus cabezas con grandes pelucas constantemente, pelucas que no sólo aparecen en las obras de arte sino que han llegado hasta nosotros por haberlas conservado algunas momias. Sin embargo, debemos decir que cualquiera que fuera el lujo de este postizo en Egipto, los monumentos no nos indican que llegase á la locura, como suce-

(1) MüNTZ.—*La tapisserie*.—Paris. Sin año, pág. 18.

dió en Francia durante los siglos XVII y XVIII, y esto que á largas y espesas no ganarían las pelucas de la época de Luis XIV á las de los faraones.

Pues las pelucas pertenecen de rigor al arte cosmético, digamos que los egipcios por lo menos tenían su tocador tan bien provisto como una dama europea moderna. Podía, como nuestras coquetas, hacerse rubia y blanca, ó negra y morena, á voluntad. Polvos y pastas de todas clases, esencias y perfumes exquisitos, todo lo que se cree invención moderna fué conocido de la ilustrada sociedad de los Ramsés.

¿Y podía ser de otra manera?—Los egipcios, que se nos presentan como el primer pueblo civilizado, que podemos seguir á contar del momento en que alborea la civilización, ¿podían romper con las costumbres de sus antepasados? Si el salvaje se pinta y unta rostro y cuerpo, ¿cómo su sucesor inmediato, el egipcio de los primeros siglos, el egipcio de las Pirámides había de renunciar á los coloretes y los ungüentos? No renunció á ellos, pero naturalmente, los depuró, los empleó con mayor gusto y arte, pero no sin conservar viva la tradición. Lo mismo en ciertas estatuas de dioses que en determinadas ocasiones se pintaban como verdaderos salvajes. Es decir, de la misma manera que se embadurnaba de bermellón ó de púrpura á un dios, se embadurnaba de bermellón ó de púrpura la cara de un rey ó de un general al regresar triunfante de gloriosa expedición. Y esto no sólo resulta exacto en Egipto, en Roma mismo tenemos un ejemplo notabilísimo: en los últimos días, un célebre general celebra su triunfo en Roma pintada de rojo su cara. Censuremos, pues, todo lo que se merecen en rigor los afeites y postizos, pero guardémonos de hacer responsable de tales debilidades á un pueblo, á una sociedad particular, el verdadero responsable es el *hombre*, el hombre, que no ha podido resignarse á que la naturaleza le hubiese dotado de menos galas naturales que á los demás animales á quienes empezaba á someter á su voluntad ó á su capricho.

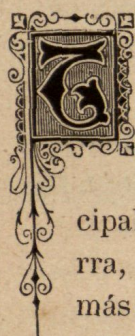




EL CULTO DE APIS (EGIPTO)

CAPÍTULO V.

EL LUJO PÚBLICO EN EGIPTO.



odo lo que hasta aquí hemos visto nos ha convencido de que cualquiera que sea el arraigo que el lujo tiene en el fondo del alma humana, las fuentes sociales del lujo manan de muy alto.

Hemos visto igualmente á la religión, á la iglesia como siendo el factor principal del lujo, y ahora hemos de ver como al lado del templo, el Dios que gobierna la tierra, el rey, vive de ese mismo esplendor que rodea al Dios celeste de quien no es él más que una emanación; por esto la pompa religiosa no se distingue de la pompa civil, de la pompa de la realeza, y el rey, el Faraón, exige de sus súbditos la misma adoración y respeto que prestan á sus dioses. Por esto se ha dicho y sostenido que el palacio de los reyes no era más que un apéndice del templo, afirmación que han combatido los señores Perrot y Chipiez.

Podemos nosotros admitir hasta cierto punto la tesis de estos señores, pero conciliándola y no oponiéndola á la tesis generalmente admitida y que se ven obligados ellos mismos á admitir por el llamado pabellón real del templo de Medinet-Abou. Este pabellón del rey Ramsés III, dicen en la página 473 de su citada obra, no acusa ni la tumba ni el templo, «depende de otro principio de todo punto diferente.» En efecto, nótanse en él «esa superposición de piezas que no cuadran ni con los edificios funerarios ni con los edificios religiosos. Por lo contrario, la fortaleza y la casa se acomodan muy bien con esos múltiples pisos. Lo mismo debemos decir de su sistema de iluminación. La tumba gusta de las tinieblas, y el mismo templo se contenta con una luz muy discreta... mas para atender á los deberes y á los placeres de la vida activa es necesario ver claro. Así se encuentran en el pabellón ventanas, pero verdaderas ventanas, algunas de ellas muy anchas.»—A esto debían añadir dichos señores que la opinión de Mariette no es tampoco sostenible. Pues si la tumba y el templo no gustan de la luz, el castillo antiguo y moderno todavía la repugna más, porque no quiere que por sus vanos puedan entrar los proyectiles enemigos, saetas, dardos, venablos,

piedras, balas, etc., para sembrar en el interior la muerte, la desolación ó la confusión.

El pabellón, pues, de Medinet-Abou, cuyas paredes están ricamente decoradas con relieves representando la vida pública y privada del gran Faraón, es un pabellón civil, real, y si éste nos parece demasiado mezquino para habitación de un rey, lo primero que debemos preguntarnos es para qué sirven las grandes salas descubiertas ó hipostilas de los templos.

Sabido es que el *secos*, que el santuario del dios egipcio en su templo, relegado á su extremo ocupa un reducido espacio ó capilla, un espacio más largo que ancho, sostenido en general por cuatro ú ocho pequeñas columnas. Allí está el dios encerrado é invisible para todo el mundo. Sólo un gran sacerdote y el Faraón, que no ha querido dejar al sacerdote solo el tremendo derecho de vivir en íntimas relaciones con Dios, tienen derecho á penetrar en el santuario. ¿Á qué, pues, tantas y tantas salas y patios y anchos corredores, si sólo habían de servir para solaz de algunos sacerdotes?

Reúnase por lo contrario el templo al palacio y á la tumba, y todo tiene su aplicación. El pabellón de Medinet-Abou no será entonces más que lo que se llaman hoy las habitaciones privadas de S. M.—Que amén de estos pabellones ó palacios, sólo habitados en los días de grandes ceremonias, el rey y la corte, vivieran en palacios más alegres, más pintorescos, más divertidos, á orillas del Nilo, nada más posible, y posible es que todos los palacios fueran unas construcciones tan ligeras como indican los Sres. Perrot y Chipiez, verdaderos kioscos para la vida alegre y divertida de la paz. Así se explicaría que hubiesen todos desaparecido, y que apenas sea posible reconstruirlos gracias á algunos bosquejos trazados en tal ó cual medallón decorativo de este ó de aquel templo ó palacio.

Cuanta fuera la magnificencia de una ciudad egipcia en tiempo de su gran prosperidad, mejor que todas las restituciones, dibujos y descripciones, nos lo indica el entusiasmo público de una multitud nada dispuesta para entusiasmarse ante la grandiosidad y magnificencia de unas ruinas. El general Bonaparte había ganado con la batalla de las Pirámides el bajo Egipto, y el derrotado ejército, guiado por un jefe intrépido, remontaba el Nilo para escapar á su destrucción, esperando bajarlo de nuevo como sus antecesores para reconquistar la patria. Bonaparte lanzó á uno de sus mejores generales en persecución de los que huían. Ésta se hizo larga y difícil. La naturaleza calcárea del suelo egipcio, el extremado calor que allí reina y la fatiga de las marchas, tenían extenuado el cuerpo de tropas que, con la más insigne temeridad, llevaron su avance hasta Thebas. Pero apenas se hubo metido dentro del que fué recinto de la gran ciudad de los Ramesidas y se vió rodeada de las grandes ruinas de sus templos-palacios, de Karnak, Louksor, Medinet-Abou, el Ramesseum, Deri-el-bahari, etc., cuando, dando al olvido el cansancio, la fatiga, el sol y la sed, se puso á aplaudir toda la división, como si hubiese obedecido á una señal de mando, aquellos insignes monumentos de las artes, de la grandeza y del lujo egipcio.

Este aplauso, dado en medio de la quietud y silencio que allí reina, por unos cuantos de miles de republicanos en cuyas almas vivía aun el recuerdo de la severa república romana, cuyas virtudes y heroicos hechos emulaban, es la mejor vindicación de cuanto se ha dicho en contra del lujo egipcio, confundiendo el lujo de los faraones nacionales con el lujo afeminado y corrompido de los Lagidas y de los Ptolomeos.

Y así es el lujo y así ha de ser. En Thebas, en el Acrópolis, en el Foro de Roma, en la Alhambra de Granada, siempre se escapará de las almas capaces de sentir la belleza y la grandiosidad de las acciones y obras del hombre el mismo grito de admiración, el mismo

aplausos que la vista de las ruinas de Thebas arrancó á un ejército extenuado de fatiga y rodeado de todos los peligros de la guerra.

Baste esto sobre el lujo de las construcciones. El número de templos y de grandes construcciones civiles, diques, canales, laberinto, etc., que se encuentran aún hoy en el Egipto bajo y medio es tan considerable, que no pueden recorrerse los valles del Nilo sin creer aún hoy viva la sociedad faraónica.

Cierto que hoy por hoy el esplendor de sus grandes fiestas religiosas y cívicas ha desaparecido. El islám no ha gustado nunca de esas expansiones públicas. Todo lo que es sentimiento lo encierra en las misteriosas celdas de su harem. Así una ciudad oriental parece un inmenso monasterio, por más animación que le den su comercio y su industria y el tra-siego de sus calles. La vida, lejos de discurrir al aire libre como todo parece exigirlo en tales climas, ya lo hemos dicho, se concentra en el interior de las familias.

Esta vida interior, como los egipcios nos la han legado pintada y esculpida en las paredes de sus tumbas y de sus templos, podemos seguirla paso á paso, es decir desde el momento en que se levanta el dueño de la casa hasta el momento de acostarse. ¡Cómo, pues, nos había de ocultar su vida pública!

De todos los actos de la vida pública de un pueblo los que revisten mayor solemnidad son los religiosos. En Egipto, dice Baudrillart, tomaron mil formas á causa de ser el egipcio el pueblo más devoto y más amante de espectáculos de la tierra.

«Tiénesse de ello la prueba en el calendario á menudo inscrito en la entrada de los templos. Algunas de esas solemnidades eran de un esplendor inaudito. Tales eran aquellas en que se llevaban en procesión las *naos* ó arquillas de las divinidades y las barcas que les eran consagradas. Añádase que cada provincia tenía sus dioses especiales, sus ritos particulares, sus animales sagrados. Ese lujo sagrado era la alegría de esos hombres sometidos por lo común á rudos trabajos. Es necesario verles, corriendo á millares, cantando, palmoteando ó sonando varios instrumentos para imponernos de ello.

»Nada de esto había cambiado en la época de los Lágidas, de cuyo gobierno tantas veces se han discutido las fiestas. Esas solemnidades presentaban á menudo el carácter de la embriaguez. Rara vez se encuentra el rastro de los altos y patrióticos pensamientos propios de la antigua tierra de Menes. El Egipto de los Lágidas es un Egipto que imita groseramente á Grecia, de la que no toma, sino para exagerarlas á menudo, las más corrompidas supersticiones. Así la *fiesta de los pámpanos*, una de las más brillantes ceremonias que se celebraban en Denderah, parece no ser más que una imitación de las fiestas dionisiacas. Las locas danzas de las mujeres, la embriaguez de los hombres coronados de flores recorriendo la ciudad cantando, recuerdan las fiestas helénicas. Los nuevos dominadores de Egipto desfiguraron á tal punto el culto anterior de la diosa Hastor, que hicieron de ésta una Aphodita.

»Las antiguas solemnidades guardaron, sin embargo, en todas las épocas su puesto tradicional en el año. La fiesta verdaderamente nacional era la de año nuevo. En esta panegyria de todos los dioses y diosas, la estatua de Hastor, vestida con un traje magnífico, era llevada á la aurora por las terrazas superiores de su templo, y no se la descubría sino en el momento en que el sol aparecía para que sus primeros rayos iluminaran su frente.

»Además de esas solemnidades de un carácter risueño, había otras de un carácter lúgubre. Tal era la fiesta conmemorativa de la muerte del dios Osiris, á quien se reputaba

muerto y enterrado durante quince días, al cabo de los cuales resucitaba. Con este motivo todo se combinaba para llevar á las almas, por medio de los sentidos, las impresiones del luto y del espanto.

»Todo atrae, todo sorprende, todo retiene, en los testimonios del lujo antiguo que reflejan esos tiempos, mejor aun que los revelan. Sin embargo, es necesario limitarse. Contémonos con indicar las maravillas que vieron nacer las más brillantes dinastías que tuviera el Egipto, la XVIII y la XIX, que corresponden á la tan celebrada época de los Thoutmosis y los Sesostris.

»Las representaciones conmemorativas que se refieren á esos siglos fecundos en guerras y en grandes construcciones, son en extremo inmensas, y las inscripciones con su más pomposo lenguaje oficial no faltan á la apoteosis de sus faraones. Thoutmés III cuenta él mismo su gloria, grabada en la muralla del santuario del templo de Karnak. Por otra parte se encuentran en esta narración indicaciones precisas de hechos y de cifras, infinitamente preciosas para la historia, y nada de los términos enfáticos prodigados en otros puntos.

»Esas imágenes de pueblos vencidos y de gobernadores de provincias, que rinden homenaje, al presentar los tributos en oro, plata y granos al Faraón, son en sí mismas páginas del lujo decorativo en las que se puede ver el esplendor de las artes. Thoutmés III, gran conquistador, es á la vez un gran constructor. Funda y dedica al Sol el gran templo de Amada, restaura en Semneh el templo en que se adora al rey Ousourtesen III, reconstruye y embellece un gran número de pueblos. Aun hoy día se encuentran vestigios imponentes de esas construcciones en Heliópolis, Menfis, Ombos, Elephantina, y sobre todo en Thebas.

»¿Qué diremos también de otro de «esos Luises XIV» según expresión de Renan, de Amenhotep-Amenofis III, que cubre las orillas del Nilo de monumentos de una imponente grandeza y de ricas esculturas? En su largo reinado, eleva nuevos templos, multiplica los edificios

de Syena, Elephantina, Silsilis, etc.; añade construcciones considerables á Karnak, hace construir toda la parte del templo de Louqsor sepultado hoy por las casas del pueblo de ese nombre, y se levanta á sí mismo una estatua colosal en Thebas que no es otra que la famosa estatua llamada de Memnón, alta de diez y nueve metros que representa al Faraón sentado, con las manos tendidas sobre las rodillas, en una actitud de reposo, y que despierta esos maravillosos sonidos, que repetidos testimonios justifican, al salir la aurora; maravilla, sin embargo, muy bien explicada por los miembros de la Comisión de Egipto como el efecto de una vibración rápida, producida por los rayos del sol en esa piedra un tanto elástica, después de la humedad de la noche. El fenómeno dejó de producirse, cuando se restauró la estatua á causa de haberla roto un terremoto.

»Terminemos por una ojeada dada á la más grande era del lujo público contemporáneo de Seti I y de ese Ramsés II—Sesostris—que lo personifica de una manera sobrado exclusiva. Los antiguos historiadores recogieron su leyenda recargada con toda suerte de conquistas fabulosas; los descubrimientos de la arqueología moderna le dejan un papel menos extraordinario, pero muy importante. Todos los esplendores, pero también todos los defectos del



Fig. 175.—Anillos egipcios.

lujo nacido de la monarquía absoluta y de las formas oficiales que entraña, parecen caracterizar el reinado de sesenta y ocho años del principal monarca de la dinastía XIX. No es sin razón que, tomando en cuenta las diferencias profundas de las civilizaciones, el nombre de Luis XIV puede pronunciarse especialmente a propósito de ese gran monarca. El paralelo parece indicado, ahora se fije sobre el carácter belicoso del reinado y la pasión para construir de los dos príncipes, ahora se compare lo absoluto de su poder y el inmenso orgullo de esos dos reyes-soles. No somos, no, víctimas de la ilusión que ejercen la distancia y el prestigio de los antiguos nombres, asig-nando en la historia del fasto monárquico, á Sesostris, un puesto aún más grande al que pertenece al más magnífico de los reyes de Francia. Ciertó que se ha cargado en su cuenta lo mismo en Egipto que en Nubia más de un monumento cuyo honor es de sus sucesores. Arquitectos cortesanos llegaron hasta el extremo de borrar de las estátuas y templos los nombres de sus antecesores, para reemplazarlos con el de Ramsés.

»Sea de ello lo que quiera, debe hacerse una parte inmensa al monarca que construyó el grande Speos de Ysamboul, destinado á perpetuar el recuerdo de las campañas contra los negros y los sirios; acabó el templo de Louqsor, adornado con dos obeliscos de granito, de los cuales el más bello decora hoy la plaza de la Concordia de París, hizo representar de cien maneras la batalla de Kadesh en el segundo pilón del templo de Karnak; consagró el templo de Kournah, ensanchó el templo de Tanis y levantó de nuevo la ciudad de este nombre.

»Sin hablar de otros templos y de innumerables esculturas, ¿cómo no recordar al célebre Ramesseum?...» (1). Ya hemos descrito este monumento y las líneas que al mismo dedica el insigne economista, dicen mucho menos que nuestra descripción, por esto abrimos un paréntesis á su estudio sobre el lujo público que cierra con la descripción del citado monumento. Veamos ahora el juicio que le merece.

»...Hemos buscado en el mismo lujo decorativo la revelación de una imponente civilización moral y material, que nos ha impresionado, por su inmensa duración, llenándonos de una respetuosa sorpresa y algunas veces de una legítima admiración. Sin embargo opinamos que hay que mezclar con este sentimiento ciertas reservas. Bajo la relación de la inteligencia y del arte el espectáculo es maravilloso, pero carece de la grandeza propia del individuo y de la perfección ideal de la forma. El Egipto no es la tierra ni de los grandes hombres ni de las obras maestras: está más á punto de parecerse á la China que á la Grecia, que debía transformar todo lo que tomaba á la tierra de Menes. Lo que el Egipto ha dejado, se debe más bien á la fuerza colectiva que al genio, y uno queda sorprendido al notar que, después de haber engendrado tantas esculturas y pinturas de una perfección relativa, no tenga sin embargo ni un gran escultor, ni un gran pintor. ¿Es que en esta raza bajo ciertos aspectos muy

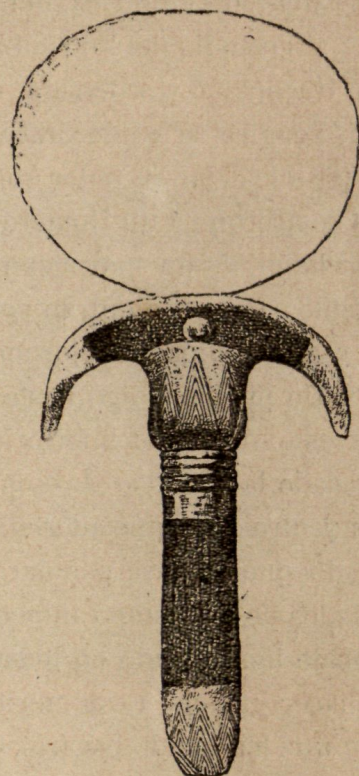


Fig. 176.—Espejo metálico egipcio.

(1) BAUDRILLART.—*Historia del lujo*, etc.—Tomo I, págs. 245 á 250.

bien dotada, la organización no es bastante elevada, ni bastante flexible? Bossuet, en su elocuente apología de Egipto, hace un mérito para sus habitantes de la dureza de sus cráneos, comparados á la blandura del cráneo de los persas. De hecho fueron cabezas duras que nada pudo penetrar. La civilización egipcia representa la solidez, hasta llegar á la inflexible rigidez. La sabiduría práctica de esta población, comprobada en sus libros, es un poco subalterna. Su misma manera de comprender la superioridad de las letras, que recuerda la manera como la aprecian los chinos, es sobrado mezquina, lo mismo que su tan elogiada concepción, pero del todo empírica, del arte medical.

»El estudio del lujo público permite también elogiar los buenos y sólidos lados de ese pueblo trabajador y ordenado, como lo comprueban las imágenes que los monumentos presentan. Pero las artes decorativas y la arquitectura no lo son todo en la vida de un pueblo. No es posible dejar de notar que el pueblo egipcio no tiene nada en sus Anales, que ni aun de lejos se acerque á un Homero, á un Sófocles, á un Aristófanés, á un Fidias, á un Praxiteles, á un Platón. Es un mal signo para una nación que vivió tanto. Si las sabias virtudes de ese pueblo egipcio no entran por mucho en la alta moralidad y el heroísmo, su espíritu paciente y su habilidad de ejecución tampoco constituyen la originalidad y la superioridad del genio. Un pueblo amigo hasta este punto del fausto inaguantable y del lujo decorativo, acusa por esto mismo su inferioridad delante del arte simple, elevado é inspirado. Hemos también elogiado la felicidad de esas clases acomodadas durante largos siglos, cuando aun los *pastores* y otros conquistadores no habían descompuesto su trabajo y su bienestar. Es preciso añadir que la masa popular ó rural fué oprimida. Esta es la tierra de los eternos *fellah*, empleados desde tiempo inmemorial en llevar las piedras sobre sus espaldas, condenados á un trabajo inmoderado en todas las formas. En suma, su grande lujo público ha costado caro, y al hacer justicia á sus méritos, la historia no puede perder de vista los sacrificios inmensos con que ha debido pagarlo.» (1)

Pasemos á los ejemplos y al que hemos presentado como fuente del lujo egipcio, á los funerales.

Sabemos que el primer cuidado del egipcio en esta vida, era procurarse una sólida tumba para que guardara su cuerpo, hasta el día de su feliz resurrección corporal. Con esto queda dicho cómo hubo por encima de todo atender á la conservación del cuerpo que debía resucitar. El embalsamamiento de los cadáveres hubo pues de alcanzar gran importancia, y en efecto fué así, y el *Ritual funerario*, los monumentos y las interesantísimas relaciones de Herodoto lo atestiguan.

Herodoto nos dice «que los embalsamadores trabajaban en sus casas;» esto nos dice que había ya una primera ceremonia religiosa, y un primer cortejo del que no ha quedado noticia. Pero notemoslo como primer acto de los funerales. Ya en su casa el cuerpo que debían embalsamar, principiaban por sacarle el cerebro por las narices, valiéndose al efecto ora de un hierro encorvado, ora de drogas que introducían en la cabeza.

Luego por medio de un cuchillo de piedra, de piedra de Etiopía, se abría el costado izquierdo y sacaban los intestinos que se limpiaban y pasaban con vino de palmera, ó bien con sustancias aromáticas pulverizadas; en seguida llenaban el vientre con mirra pura, también pulve-

(1) BAUDRILLART.—*Historia del lujo*, etc.—Tomo I, págs. 251 á 253.

rizada, canela y otros perfumes, menos el incienso; y se cosía la abertura. Hecho esto, se salaba el cuerpo, cubriéndolo de nitro durante 70 días, que era el máximun consentido por la ley. Transcurridos los setenta días, se lavaba el cuerpo, y se le envolvía por medio de bandas de algodón engomadas. Hecho esto, los parientes se llevaban el cuerpo á su casa, y allí se construía su caja mortuoria, que tenía la forma del cuerpo.

Esto era el gran embalsamamiento, es decir, el embalsamamiento de los ricos y de los grandes, el embalsamamiento de lujo. Para las gentes menos ricas se procedía de otra manera. Al efecto, llenábanse las jeringas de un licor untuoso que se sacaba del cedro, y con él se inyectaba el vientre del muerto, sin hacer en él incisión alguna, ni sacar los intestinos. Cuando se había introducido el licor, se tapaba el orificio de entrada para que no escapare, y en seguida se salaba el cuerpo conforme hemos dicho, pero en el último día se hacía salir del vientre el licor inyectado que tenía tanta fuerza, que disolvía las entrañas todas que arrastraba al salir. El nitro consume las carnes, de modo que no quedaba más que la piel y los huesos. En este estado la familia se encargaba de los cuerpos para amortajarlos.

Pero aun había una tercera clase de embalsamamiento, el de los pobres, de modo que lo mismo éstos, que los medianos, tenían tela para declamar contra el lujo de los ricos en el embalsamamiento de los cadáveres, pues siendo el embalsamamiento de rigor, es decir, una prescripción religiosa y siendo bastante el de los pobres, ¿cómo no estimar superfluo lo que hacían los ricos?

Á los pobres se les inyectaba con el licor llamado sur maya y luego se les salaba, siempre durante 70 días y nada más.

Ya hemos dicho que los ricos envolvían el cuerpo entero con bandas de algodón engomadas. Esta operación principiaba por las manos. Con dichas cintas se envolvían primero los dedos uno por uno, encerrando en su interior anillos, sortijas, etc. Después con una cinta ó banda más ancha se envolvía la mano entera, y esta cinta corría por todo el brazo. Fajados los brazos, se fajaba la cabeza y á seguida el cuerpo, procediéndose con los pies lo mismo que con las manos, y también se incluían dentro de las vueltas del cuerpo, joyas, libros y otras muchas cosas apetecidas en vida por el difunto. Para esta mortaja los ricos usaban la tela más fina que se conocía en su tiempo, una verdadera muselina, los medianos y los pobres empleaban lo que les permitía su fortuna. Las momias de los ricos llevan otra ventaja superior, formada de ricas telas, sujetadas también por fajas, y el supremo lujo estaba en disponer una mortaja de esta clase en toda regla, esto es, pintando, bordando, ó tejiendo en la tela las escenas que el Ritual de los muertos, ó las costumbres de la época exigían. Además se han encontrado ejemplos con cabezas coronadas de sendas coronas de metales preciosos.

Amortajado el cuerpo, pasaba éste á los fabricantes de ataúdes que procedían de esta suerte. Con una pasta blanda que al secarse formaba una especie de caja de cartón se cubría el entero cuerpo, de modo que éste quedaba metido dentro de un estuche que se decoraba con pinturas y dorados, representando escenas de la vida futura, y la cabeza se disponía, simulando las cabezas naturales, poniendo los ojos de esmalte. De estos estuches los ricos se fabricaban hasta tres, todos decorados de igual manera. Los pobres se contentaban con un solo ataúd de esta clase.

Se comprende que en estos ataúdes el lujo tenía ancho campo, pero en donde se mostraba con toda su fuerza era en el decorado de la cabeza, y Rougé ha demostrado que la costumbre de cubrir la cabeza con una hoja de oro, representando la cara del difunto, data por

lo menos de la dinastía XVII. Las clases medias se contentaban con hacer dorar el cartón. Las máscaras imitando el natural, pertenecen ya al periodo greco-egipcio. Estas máscaras de oro puro las volveremos á encontrar, y será en Grecia para los tiempos que llamamos heroicos, y no en autores, sino sobre los cadáveres de los reyes de dichos tiempos, debiendo tan grande demostración de la generalidad de dicha costumbre, á los grandes descubrimientos de Schliemann. Terminemos este punto diciendo, que luego se encerraba la momia con su estuche dentro de una caja de madera más ó menos preciosa.

Pasemos ahora á los funerales. He aquí la idea que debemos formarnos del cortejo de un escriba real de la dinastía XVIII, según resulta de una representación que nos ha guardado la necrópolis de Tebas.

Al frente del cortejo aparece un individuo, tal vez un esclavo, esto es lo más probable, pero careciendo de datos ciertos, no es posible decirlo para que no se saque del hecho una prueba del lujo egipcio. Aparece, decimos, un individuo llevando la mesa de las ofrendas cargada de frutas y de panes sagrados. Esta mesa la lleva en una mano, y en la otra lleva un ramo de flores de loto.

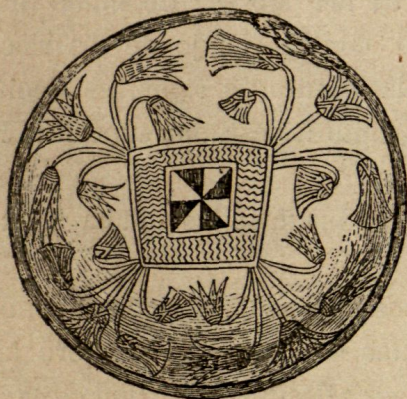


Fig. 177.—Cerámica egipcia.—Plato.

Siguen á éste dos hombres cargados de ánforas y de comestibles. La representación que no sirve para la descripción, se presenta á uno de ellos llevando un escaño, y con pollos ó palomas y atada de una cuerda que sale de este escaño una ternera. Suceden á éstos otros dos también con escaños, con vasos para beber y pieles para extender en el suelo para que el *Ka*, cuando salga á refrescar esté sentado con decencia. Siguen á éstos otros hombres cargados con todo el mobiliario de la tumba. Taburetes, mesas, sillas plegadizas, pieles para cubrir el suelo, etc., y tras de éstos vienen otros tres con el arco y el carcaj, el abanico y las sandalias, y á éstos siguen otros

y otros, llevando cajas de comestibles, camas, sillas y hasta el carro que ha de encerrarse igualmente dentro de la tumba. En este punto del cortejo, aparece una representación del difunto, esto es, un busto todo dorado, cabellos inclusivos, y detrás continúa la procesión, apareciendo entonces los objetos más preciosos del difunto, en muebles, trajes y joyas, y por fin las divinidades que han de ponerse alrededor del sepulcro, para que lo preserven de profanaciones y de los espíritus malignos. Las imágenes de Osiris el vencedor del mal, cierran esta parte del cortejo. Detrás de Osiris, vienen unos grupos llevando, así lo creemos, cajas de flores. Aquí aparecen las llora-duelos en actitudes muy dolorosas, y tras éstas, un grupo que arrastra un trineo en el que aparece un saco sobre cuya significación no se han puesto todavía de acuerdo los arqueólogos, pero que nosotros creemos que ensuma tal vez no lleve aquel saco más que las entrañas del difunto, destinadas á los canopes que hay que colocar en los cuatro ángulos del sepulcro. Después vienen unos sacerdotes con los instrumentos necesarios para las libaciones y para incensar la tumba, y por fin el catafalco arrastrado por una pareja de bueyes. El catafalco se compone de un trineo que contiene una barca, cuyo significado ya conocemos, y dentro la barca va, en fin, el catafalco. El cortejo de la familia y de los amigos sigue inmediatamente detrás.

¿Todo cuanto hemos dicho sobre las operaciones de la momificación y amortajamiento

era de rúbrica? ¿Es cierto que todo ello lo imponía el Ritual religioso egipcio? Pues haremos de la religión la fuente principal del lujo, comprobemos lo dicho, trasladando aquí meramente para no ser prolijos lo que la religión egipcia prescribe sobre el amortajamiento de la cabeza. Dice así:

«Untar la cabeza y la boca con aceite y envolverlo en las vendas de Harmajis. La venda de la Diosa Neheb será puesta sobre su frente: la venda de Hathor, señora de Oh, sobre la cara; la venda de Huch sobre las dos orejas: la venda de Nebt Hotep sobre la nuca. Todos los ligamentos, todas las bandas de la cabeza, estarán hechos con bandas, cuyos detalles examinará el Superior de los Misterios, para convencerse de su buen trabajo. Deben destinarse:

—»La banda de Sejet la grande, amada de Ptah, compuesta de dos piezas, para la cabeza del difunto.

—»Para las dos orejas, dos bandas, llamadas Las acabadas.

—»Para la nariz, dos piezas, llamadas Nehai y Smen.

—»Para las mejillas, dos bandas, llamadas *Que viva*.

—»Para la frente, cuatro piezas, *Las brillantes*.

—»Para la parte superior de la cabeza, dos piezas.

—»Veintidós piezas á derecha é izquierda de la cara, pasando sobre las orejas del cadáver.

—»Para la boca, cuatro vendas, dos dentro y dos fuera.

—»Para la mandíbula, dos piezas.

—»Para la nuca, cuatro piezas grandes.

»Consolidar en seguida las bandas con una banda ancha de dos dedos, untar la cabeza con aceite por segunda vez y tapar todos los orificios con aceite espeso.» (1)

Todavía la religión en su alianza con el trono, resulta ser fuente principal del lujo. Desde el momento que la religión diviniza la institución monárquica y la persona de los reyes, queda dicho que todo cuanto rodee y se acerque á los reyes, ha de estar investido de la pompa y de la solemnidad de las fiestas religiosas. Dioses los Faraones, han de ser tratados y adorados como á tales. Así, dice Lenormant, «no podía la etiqueta dejar de ser rigurosa en torno del rey. No sólo todos los actos de la vida pública de los reyes, sino también los de su vida privada y diaria, estaban ordenados de una manera invariable. Al despertar por la mañana, debía ante todo recibir y leer las cartas y memorias que de todas partes se le enviaban, á fin de darse cuenta exacta de todo lo que pasaba en su imperio. Luego se bañaba, y vistiéndose las insignias reales, ofrecía un sacrificio á los dioses. Las víctimas eran conducidas al altar; el gran Sacerdote estaba al lado del rey, para servirle de auxiliar, y en presencia del pueblo rogaba en alta voz á los dioses que conservase al príncipe la salud y los otros bienes. Al mismo tiempo encomiaba las virtudes del rey, hablaba de su piedad para con los dioses y de su dulzura con los hombres. Le representaba sobrio, magnánimo, enemigo de la mentira, amador del bien, etc.; en una palabra, todas las virtudes, todas las cualidades le eran atribuidas, y en ninguna parte más que en Egipto reinaba el principio de que «el rey no puede hacer el mal.»

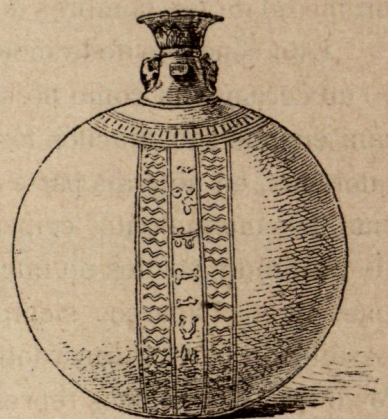


Fig. 178.—Cerámica egipcia esmaltada.

(1) TODA, *La Muerte en el antiguo Egipto*.—Madrid 1886, pág. 37.

«De modo que lo que cuentan varios autores griegos de asambleas populares para juzgar á los reyes después de su muerte, no es más que pura y simple novela. El rey muerto era tan dios impecable, como lo era estando vivo.....

»Á la vez que dios, y como tal, el rey era pontífice. En todo templo en honor de la divinidad del lugar, había ciertas ceremonias, las más altas y las más augustas de todas, que sólo él podía cumplir y en las que ni aun en su ausencia podía suplirle el gran sacerdote. Él solo penetraba en ciertas salas misteriosas, cerradas herméticamente, cuando él no estaba allí y en las que sirviente alguno podía poner sus piés, sin caer en sacrilegio; sólo él revestía ciertos adornos particularmente santos y llevaba en la mano ciertos objetos sagrados. Nadie más que el rey estaba autorizado para abrir las selladas puertas de la naos encerrada en lo más íntimo del santuario y en donde se reputaba al dios residiendo en persona algunas veces, representada por un símbolo que ojo humano alguno, sino el ojo real, debía ver, luego que se había allí colocado. Es que, en efecto, sólo á un Dios terrestre podía pertenecer el contemplar cara á cara los grandes dioses, sus padres y sus hermanos, de quienes era él en medio de los hombres la emanación visible y tangible.» (1)

Este concepto de la monarquía y de la autoridad real había forzosamente de dar al Egipto un ceremonial como no se haya visto otro igual en otro pueblo alguno de la tierra, pues aun cuando son muchos los reyes que se han igualado á los dioses, y como á tales han sido adorados, en ninguna parte como en Egipto la confusión de las dos naturalezas es tan absoluta. Los monumentos egipcios están llenos de representaciones de ceremonias reales, fáciles de confundir por los no iniciados en la arqueología egipcia con las ceremonias religiosas, pues en ellas aparece siempre el rey, llevado en andas y bajo dosel ó tálamo incensado ó perfumado por los sacerdotes y grandes y con toda la fastuosidad y pompa de la religión. En Medinet Abu tenemos representada su vida íntima, la vida del harem que Sesostris llevó al último extremo; así logró tener 70 hijos, y por tenerlo todo, hasta tuvo por esposa una de sus propias hijas. Pero Sesostris marca ya el periodo de decadencia de las costumbres y artes egipcias, y á esto hemos de dedicar capítulo aparte.

(1) LENORMANT.—*Histoire ancienne de l'Orient*. París 1883, tomo III, págs. 26 y 27.



CAPÍTULO VI.

EL LUJO PRIVADO EN EGIPTO.

Los monumentos egipcios hemos dicho nos permiten seguir en las representaciones que de su vida íntima guardan las paredes de sus templos y de sus tumbas, la vida entera de ese pueblo de tan maravillosa historia, y precisar por los hallazgos de objetos reales estas mismas enseñanzas. ¿Podemos, sin embargo, creer que lo sabemos todo y lo conocemos todo? Nosotros creemos que no. Ejemplo. Lo mismo los pueblos salvajes que los pueblos civilizados celebran sus grandes fiestas y regocijos comiendo. Pues bien, del banquete egipcio, de ese banquete en el que según Herodoto y Plutarco se presentaba á los convidados la imagen de la muerte, nada sabemos. Los monumentos asiáticos son para las costumbres de Asia más explícitos, y sin embargo no podemos dudar de que en el Egipto se pagaría contribución á la gula, pues como ya hemos dicho y repetimos por última vez, este pecado nos viene por vía de herencia.

Según resulta de los monumentos, los egipcios comían en pequeñas mesas como nuestros veladores, y los platos eran sólidos, sirviéndose las salsas en potes. También los monumentos y en esto Ateneo escritor de la época romana nos muestra la persistencia de la costumbre, nos presentan á los egipcios sentados á la manera oriental sobre catifas, plato en mano, sirviendo los criados ó esclavos á la familia ó á los invitados. Pero he aquí que los monumentos nos han conservado platos de forma de pato muerto y vacío el vientre cual cavidad se destinaba á recibir el guiso ó el asado, y también otros en forma de concha. ¿No hemos de concluir de esto teniendo presente lo que sucede hoy día, ó lo que significan hoy día tales platos, que en Egipto se estimulaba el apetito y se le excitaba de todas maneras? ¿Podemos dudar un momento de que su mesa estaría bien servida, con gran abundancia de platos, y exquisita variedad de vajillas? De una y otra cosa no nos permiten dudar los monumentos. La mesa de ofrendas á un difunto que damos entre nuestros grabados acredita lo primero. Respecto de lo segundo, bastan las cucharas y platos que también damos como muestra del lujo egipcio para dejar fuera de cuestión lo segundo. El que hasta hoy no se

haya encontrado instrumento alguno que pudiera prestar el oficio de nuestros tenedores nada significa; el tenedor no aparece hasta muy entrada la Edad Media; la antigüedad entera, incluso griegos y romanos, comía con los dedos.

Claro está que un pueblo tan realista y tan monárquico como el egipcio había de tener un ceremonial privado en consonancia con el ceremonial público, pues las costumbres privadas de todos los pueblos no son más que una reducción de las costumbres públicas, por esto se explican mutuamente, y ya se adivina, por lo que hemos dicho, que la vida privada del egipcio está retratada en las paredes de las tumbas con toda la fidelidad de una fotografía, así esta vida íntima puede y debe servir para explicar lo que se haya podido encontrar de deficiente en lo que hemos dicho del lujo público.

Veremos ahora lo que el Sr. Baudrillart ha escrito acerca del lujo privado en el antiguo Egipto:

«El colosal descubrimiento del lujo público escureció un tanto la parte que tomó en Egipto el lujo privado en las clases elevadas de la sociedad. Vese desenvolverse aquí, como en todas partes, un uso legítimo de las cosas del lujo y también una suma de abusos que la tan



Fig. 179.—Vitraria egipcia.

ponderada moderación de los egipcios no puede disimular. Los elementos del bienestar y del lujo suministrábalos en parte el mismo país, y en parte el comercio. Reducido á sus solos recursos, el Egipto no hubiese tenido otro lujo que algunas minas de piedras preciosas. En cuanto á la abundancia, el Nilo se la aseguraba con la cantidad de vegetales útiles que alimenta, con el número de animales que viven en sus orillas, con el de sus excelentes y variados pescados que se alimentan en su seno. Los himnos dirigidos al Nilo por el reconocimiento de los egipcios, no tenían nada de exagerados. Podíanlo celebrar como habiendo dado la vida al Egipto.» Sin embargo, habrían podido hacer la parte en este honor á los antiguos habitantes. En presencia de un río que deja en seco ciertas regiones y sumerge por lo contrario otras de tal manera que las convierte en pantanos pestilenciales, habían sabido, á

fuerza de trabajo y de habilidad, arreglar el curso del río, cerrarlo entre sus diques, llevar, en fin, por medio de canales de regadío, la fertilidad en todas las partes del valle. De ello resultó para la masa un término medio de bienestar muy apreciable, pues tuvo á mano los principales alimentos, los dátiles, el trigo, el lotus más común, del que se hacía una cierta especie de pan, y gran variedad de legumbres que un fácil cultivo hacía nacer á orillas del río. Los mismos cautivos no estaban mal alimentados. Así llega á suceder, que de regreso á su país, echen de menos las «cebollas de Egipto.» Así vemos á los Israelitas en medio del desierto exclamar semi-doloridos y semi-sediciosos: «¿Quién nos dará carne para comer? Bien nos acordamos de los pescados que por nada comíamos en Egipto. Los cohombros, los melones, las peras, las cebollas y el ajo están presentes á nuestro espíritu... Nos sentábamos junto á nuestras marmitas llenas de viandas, y comíamos pan á discreción.»

Antes del desenvolvimiento del comercio y de los tributos de la conquista, los refinamientos del lujo, reducidos á algunas delicadezas, se concentraron en la casa de los reyes y de un pequeño número de grandes. Nada nos dice que Menfis fuera una ciudad de sensuales placeres; sin embargo, Mena ó Menes pasa por un príncipe entregado al lujo. Por lo menos

los sacerdotes, con los cuales este rey, lo que es muy histórico, estuvo en lucha, le hicieron esta reputación. Ese monarca, que reinó más de 60 años desempeñando el doble papel de legislador y de guerrero, tuvo durante mucho tiempo el renombre de un príncipe voluptuoso. Una curiosa leyenda existe sobre este particular. Dice ésta que inventó el arte de componer una comida, que enseñó á sus súbditos la manera de comer tendidos en lechos, que les enseñó el uso de los ricos tapices y toda otra clase de suntuosidades. Se añade que Tnephactus (*Tharonecht*), padre de Bochoris (*Bokenrrauw*), príncipe muy amigo por lo contrario del sacerdocio, que reinó varias generaciones después, viose obligado, durante una expedición en Arabia, en donde careció de víveres en el desierto, á contentarse con el régimen más que simple de los habitantes de aquellas comarcas. Esta simplicidad le satisfizo muy mucho, por lo que renunció al lujo y maldijo al rey que primero había enseñado una vida suntuosa. Tomó tan á pechos este cambio en el comer y beber, que hizo transcribir su maldición en sagrados decretos contra Menes, en el templo de Júpiter en Tebas.

«Este anatema de un príncipe íntimamente unido con el sacerdocio, no tiene un valor muy decisivo. De hecho, parece probado que los reyes egipcios tuvieron poco lujo, excepción hecha del que pudieron desplegar algunos príncipes conquistadores en sus caballos y equipo de guerra. Parece que fueron muy esclavos de la etiqueta, y la severidad de la vigilancia sacerdotal se hacía sentir en la habitual templanza de su régimen, que nos le presenta alimentándose muy parcamente, y no bebiendo más que una cierta cantidad de vino por adelantado medida.

»Esos hombres reputados divinos eran objeto de un lujo personal menos rebuscado que aquel de que disfrutaban en el seno de verdaderos palacios los animales sagrados. Véase al efecto el cuadro trazado por Diodoro del bienestar de los animales. ¡Qué delicados cuidados, qué suntuosidad! confiados al cuidado de grandes personajes, son alimentados con flor de harina cocida, de harina de avena con leche, con bizcochos con miel, con carnes bien preparadas. Se les unta con los más preciosos aceites, y sin cesar arden delante de ellos los más suaves perfumes. Se les reviste con las más hermosas pieles, y se les cubre con los más ricos ornamentos. El harén de estos privilegiados animales es objeto de atenciones no menos delicadas. Las hembras, honradas con el título de concubinas, son de una beldad selecta, y se les viste con lujo. Cuando esos animales mueren, se celebran en su honor magníficos funerales. Los del buey-Apis eran ruinosos. En el momento en que Ptolomeo, hijo de Lago, tomó posesión de Egipto, sucedió que el buey-Apis murió de vejez en Menfis. El sacerdote encargado de su guardia gastó en los funerales sumas que agotaron todos sus recursos, y tuvo que acudir en préstamo á Ptolomeo, al objeto de hacer frente á los gastos, por 50 talentos de plata, que equivalen á 275.000 pesetas de nuestra moneda. En tiempo de Diodoro, contemporáneo de César y de Augusto, se calculaban todavía los gastos de los funerales de este dispendioso buey en 500.000 pesetas.»



Fig. 180.—Vitraria egipcia.
Vidrio grabado.

«El comercio tiene una parte considerable en el lujo egipcio. Es casi exclusivamente la importación la que lleva al mercado los productos más refinados. El Egipto recibe de Etiopía su oro y su marfil, de Arabia su incienso, de la India sus especias, sus vinos de Grecia y de Francia. En cambio daba sus productos fabricados y sus materias primeras. Podemos convencernos de ello, á la vista de ciertas pinturas, que representan los pueblos vencidos, pagando sus tributos con esos raros y preciosos productos. El comercio, y en particular el comercio de lujo, no debía llegar á tomar todo su desenvolvimiento hasta una época relativamente muy reciente, 600 años antes de J. C. En este punto el reinado de Amasis señala una verdadera revolución. Ocurre entonces una modificación muy profunda en la riqueza, en las costumbres y tal vez en las ideas. Ese movimiento parece que nació al establecerse abiertas relaciones con los griegos, y al extenderse el comercio por las provincias extranjeras. En efecto, por primera vez se les permitió el que penetrasen en las bocas del Nilo. Se concedió á los griegos la ciudad de Taucrata, y terrenos para construir altares y templos. Concediéronles además numerosos favores. Púsose en circulación riquezas auríferas amasadas desde muy antiguo. Se importaron nuevas mercancías que hicieron nacer nuevas necesidades y nuevas industrias. Todo eso no pudo contribuir más que á dar vuelo y gusto por los refinamientos. No es por otra parte posible dudar que este cambio moral y material, verdadero cambio del viejo espíritu nacional, no hubiese tenido muchos signos precursores antes que Amasis. Egipto no pudo escapar por sí mismo enteramente á la influencia del contacto ya frecuente con los otros pueblos. El efecto de semejante contacto sobre los países inmovilizados, ha sido siempre el mismo. Lo que hay de duro y de exclusivo en el genio indígena, parece como que se reblandece y derrite. Las ideas ganan en extensión, las costumbres se dulcifican y refinan, pero esta mayor extensión de la inteligencia degenera en un escepticismo enervante: los refinamientos se convierten en corrupción, y en esas inevitables transiciones, favorables á la civilización á fin de cuenta, pero funestas á la nacionalidad, arriesgan sus pueblos el perder su energía, su personalidad y su misma existencia. Esperemos que el Japón escape hoy á esta experiencia.»

«La constitución de la familia moderaba el lujo de un lado y del otro parecía favorecerlo. Esto reclama una explicación. La mujer en Egipto desempeña un papel que no tiene nada de común con el que se le asigna lo más á menudo en Oriente. Poseía una real importancia. En general, se puede creer que la seriedad de las funciones de que estaba encargada, hubo de contribuir á encerrar el lujo dentro de ciertos límites, y, en efecto, no se cita de hecho excesos en el lujo privado, nada que se parezca á la Siria, á Babilonia, á Persia, de la misma manera que entre los reyes no se encuentra un Sardanápalo, apenas se citan algunas reinas que desplegaran un lujo excesivo. La mujer, esposa, madre de familia, señora de la casa, se encuentra tan rara vez por esos tiempos y esas sociedades, que uno se siente dispuesto á juzgar favorablemente en este punto la sociedad egipcia, á causa de su espíritu liberal.

»Vemos á la mujer encargada de los negocios exteriores saliendo para comprar, vigilando los trabajos, dirigiendo en parte la administración interior, concurriendo hasta en el cumplimiento de los ritos sagrados, ofreciendo con su esposo sacrificios y llevar el ristro en las solemnidades religiosas. Mas aún, trasmite á sus hijos los derechos que tiene de su nacimiento y llevan su nombre; en cierto modo, la elegancia y el adorno no sirven más que para enaltecer esta importancia social. Pero el abuso sigue de cerca al uso. Tenemos la prueba

de un lujo brillante y refinado en numerosas representaciones figuradas. En ellas vemos á las mujeres vestidas de telas de lino ó de algodón de una muy grande finura; su cabellera está dispuesta con mucho arte; sus dedos, sus brazos, sus piernas, su pecho están adornados con joyas de toda clase. Si ese gusto de elegancia no ha por lo común hecho desaparecer la gravedad de las costumbres de familia cuyos recuerdos ha conservado, hubo de ser más de una vez un escollo. La mujer egipcia abusó muy á menudo por el lujo y por la licencia de independencia que le permitía escapar á una celosa vigilancia. Mezclada á la vida social, á los espectáculos, á los festines, á los conciertos, á los juegos mundanos, corrió peligros que la mujer oriental no conoce sino muy rara vez.

»No nos sorprendamos, pues, de la aparente contradicción que envuelven en la apariencia ciertos cuadros; nada más grave y más casto, ni más dado á las virtudes domésticas, que la mujer egipcia, esto de un lado, pero de otro resulta que hay pocos países en que las mujeres sean acusadas por haber violado tan amenudo la fe conyugal.

»La leyenda del Faraón, hijo de Sesostri, que se volvió ciego, contada por Herodoto, da de ello una idea. La cura del joven depende de que encuentre una esposa fiel. Principia naturalmente, dirigiéndose á su mujer, luego se dirige á muchas otras, sin que logre recobrar la vista. Al fin la recobra habiendo encontrado el objeto raro que buscaba y juntando á todas las mujeres que no le devolvieron el uso de la vista las hizo quemar á todas vivas. El *ritual funerario* confirma el género de acusación que encierra esta anécdota.

»En cuanto á los detalles de ese lujo en el tocado, ¿es necesario darlos? La vista de un solo museo egipcio basta para demostrar que no faltaba nada en el tocado de una gran señora de Tebas, de Menfis, de Elefantina, etc. Tenía cajas de perfumes, estuches llenos de collares y brazaletes, preciosos cofres, elegantes espejos; se teñían las uñas, las cejas y las pestañas. En este punto el progreso no ha sido más que aparente; la egipcia iguala casi de hecho el tocador de la romana, que en poco cede al de la francesa. En punto á tocados, se ha tomado demasiado la variación de las modas por la perfección de los refinamientos.

»En resumen, el fausto público de Egipto no ha sido sobrepujado, y ni siquiera ha sido igualado en las relaciones que ofrece con el pensamiento religioso y la idea de la muerte; el lujo privado, aun cuando desarrollado, y bajo la relación del tocado, permanece inferior bajo muchos aspectos al de las naciones asiáticas y hasta al de varias naciones occidentales. Ese doble hecho encuentra su explicación en las observaciones que preceden el estado intelectual, moral, social, político de esas poblaciones. Por ahí se confirma lo que dejamos dicho más arriba, á saber: que el lujo público ó privado es la consecuencia de las civilizaciones que determinan su naturaleza, buena ó mala, las formas variadas como los grados de desenvolvimiento. Es preciso, pues, ante todo, apreciar esas civilizaciones. Afirmar que el fruto fué sano ó emponzoñado, limitarse á describirlo, tarea superficial es esta: el árbol que los produce es el que hay que procurar conocer. Sin la civilización egipcia, el fausto egipcio, con su imponente grandeza, las artes decorativas, con los asuntos que trata, las ideas que manifiestan y sus formas que revelan diversas épocas, no son más que el indescifrable gergolífico, ó un espectáculo banal que habla con los ojos sin decir nada á la razón: la misma imaginación deja de encontrar en ello su cuenta. Esta vieja tierra no reviste, por decirlo así, toda la poesía que la envuelve más que gracias á documentos positivos. La arqueología que parece que sólo se dirige á la erudición, la filosofía que parece no hablar más que á la refle-

xión, al puro espíritu, pueden solas, penetrando cuanto sea posible en el fondo de las cosas, dar á las representaciones sensibles un elocuente lenguaje.

»El alto interés que inspira Egipto está justificado por servicios esplendentes. Las reservas que hemos creído que debían acompañar á nuestro juicio no quitan lo que tiene de favorable. Grande sociedad alguna no pasa en vano por la tierra. Ese pueblo tuvo un mérito eminente que le distingue entre todos; toma por el lado serio la vida y la muerte; su lujo decorativo nos lo ha demostrado. Por ahí debía obrar mágicamente sobre la ligereza griega. Lo que hay de más serio y de más profundo en la metafísica y religión de los griegos viene de Egipto. Sin ella ¿tendríamos á Platón? Sus artes contribuyeron también á formar las de Grecia, y por consiguiente, de Roma y del mundo occidental todo entero. El Egipto, pues, fué útil á la humanidad que recogió una parte de su herencia.....»

¿Podemos darnos por satisfechos con lo que el Sr. Baudrillart ha dicho sobre el lujo egipcio? Lo que aparece suprimido en este capítulo relativo al lujo privado, con mayores desenvolvimientos se encuentra en nuestro capítulo consagrado á las artes del lujo en Egipto, y como es cierto que el Egipto ha sido el pedagogo de Europa, ¿cómo negarnos á penetrar en lo que hubimos de heredar de su antigua civilización, y en lo que nos impuso su influencia?

Nimio é insignificante parece gastar el tiempo y el espacio para contar que mientras los griegos se saludaban por las calles llamándose por su nombre, los egipcios lo hacían silenciosamente levantando una mano que se dejaba luego caer hasta la rodilla. Como la salutación tiene en sociología la importancia que ha revelado Spencer, nosotros no hemos de callar que nuestra manera de saludar no es aria, no es europea, sino semítica. Que nuestra costumbre de saludar á todas las personas de una reunión ó de la casa que visitamos es egipcia, y por cierto que es lástima que nuestra pulcra sociedad no haya conservado en esto la hermosa costumbre egipcia, que exigía que las señoras cambiasen entre sí una flor de las de su ramo que no dejaban nunca. También es lástima, sobre todo, en nuestros países meridionales que no se siga la antigua costumbre egipcia que imponía á los dueños de la casa obsequiar á sus visitas con guirnaldas de flores, costumbre que persistió en Egipto hasta los últimos días de su historia, y de su antigüedad el propio Anastasionos da la prueba.

Como nosotros gustaban los egipcios de la música y de la danza. Las señoras, sobre todo, muestran una afición decidida. No es posible decir por las pinturas, si esta pasión llegaba al extremo de que la música formara parte de la educación de las personas de buen tono, como sucede hoy, pero por lo mismo que junto á las que podemos llamar las almas de la época de ligerísimo é impúdico traje, aparecen otras gravemente sentidas, podemos asegurar que la música estuvo en gran predicamento entre la sociedad faraónica.

Guardan los monumentos también, en repetidos ejemplos, los varios juegos á que gustaban entregarse los egipcios, y aun hoy día hay quien sostiene que los egipcios conocieron si no nuestro ajedrez una especie de ajedrez. La pasión por el juego existía, y la relación entre el juego y el mal lujo ó el lujo superfluo es demasiado estrecha y evidente para que no le atribuyamos gran superioridad en la obra de la desmoralización de la sociedad egipcia. Y como todo lo que en Egipto encarna á la sociedad tiene por causa la religión, aquí tenemos el juego del ajedrez, sea ó no el que es objeto de disputa entre los arqueólogos, como una recompensa de la vida futura. En efecto: el capítulo XVII del *Ritual funerario* nos presenta al bienaventurado jugándolo en el paraíso.

La costumbre de enterrar los carros (*coches*) y palanquines-literas, en las tumbas, nos

dice que en el paraíso egipcio nadie repugnaba sus comodidades, y las pinturas nos han re-
velado, lo mismo en carros, que en palanquines, que en barcos de solaz para mecerse en el
Nilo, verdaderas obras de lujo, como lo acreditan nuestras reproducciones. También vemos
el lujo moderno en lo más mínimo é insignificante. Los egipcios, como nosotros, no podían
salir á la calle sin bastón, y estos varían desde el báculo
para la vejez, al látigo ó bastón corto que aun hoy día se
usa en las provincias de la península balcánica.

Hemos hablado de los impúdicos trajes que más de una
vez vemos representados en las pinturas egipcias y en es-
pecial los destinados á las mujeres, y la arqueología mo-
derna no comprendiendo como tan de barato se daba el
pudor de las mujeres, ha querido ver en las figuras tan
aéreamente vestidas esclavas, y cuando esto no ha sido po-
sible por ciertos accidentes del traje ó del tocado, se han
declarado estos trajes obra de la fantasía del artista, quan-
do nada tan exacto como la moda como enemiga del pudor.
Nosotros hablaremos de los trajes del Directorio, y vere-
mos á las principales damas cubrir sus desnudos cuerpos
con vestidos de gasa como las egipcias, y no al objeto de
estar en casa más frescas, sino para lucir bien sus gracias
hasta en paseo, en donde, en honor de la verdad hemos de
decir, que salieron silbadas, pero en fin el hecho existe, y
como se trata de las principales damas de la época, hemos de
reconocer que el poder no estorba los desenfrenos del lujo.

Empeñados en demostrar las causas y fuentes naturales
del lujo hemos de hacernos cargo de la pasión que los egip-
cios muestran por los perfumes y por las pelucas, lo que no
puede ser más que objeto del lujo superfluo.

Los perfumes, sin embargo, aparecen usados y se re-
comienda su empleo al objeto de purificar la atmósfera: se
quería darle sus condiciones naturales quemando ciertas re-
sinas, de modo que lo que muchos tienen por invención de
nuestros químicos, á saber el uso de grandes fogatas en
tiempos epidémicos para rarificar el aire, esto era corriente
en Egipto como lo ha demostrado un papiro interpretado
por el Sr. Maspero, en el cual se dice, que la acción de es-
tas fogatas es tanto más activa y real cuanto más odorífera
es la madera empleada.

Una de las singularidades del lujo egipcio que ya hemos indicado y que no ha de ocu-
parnos de nuevo hasta los siglos XVII y XVIII de Cristo es el de la peluca. ¿La peluca fué en
Egipto de uso general, ó sólo estuvo reservada á los reyes y á los grandes? La costumbre ge-
neral, para las mujeres, era partir el pelo en un número mayor ó menor de trenzas de tres
cabos que se dejaban sueltas al final y que caían libremente sobre el pecho y las espaldas,
uniéndolas alguna que otra vez de dos en dos ó formando grupos. Para los hombres la cos-

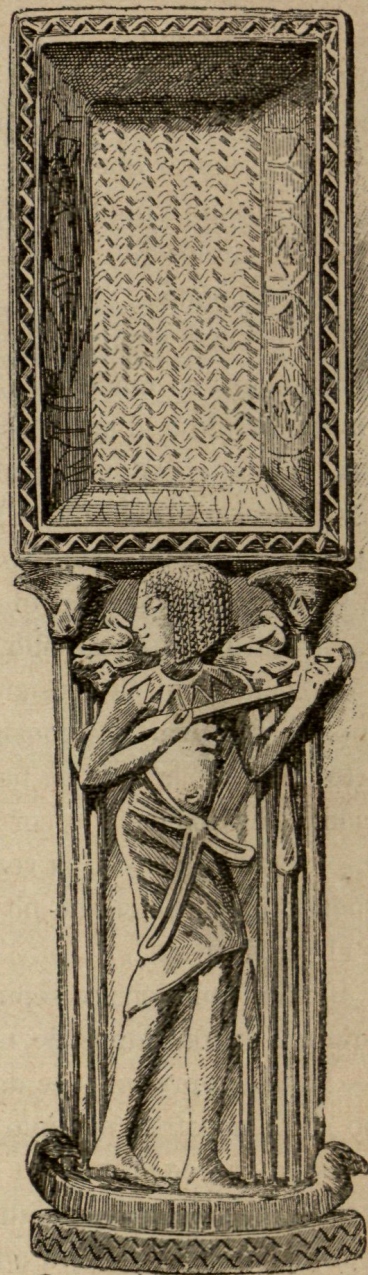


Fig. 181.—Cuchara para perfumes,

tumbre general en grandes, medianos y pequeños, era la de afeitarse la cabeza, dejándose sólo algunos mechones en la parte frontera. Esto en un país tropical parece absurdo, pero es incuestionable y Herodoto mismo le atribuye la circunstancia de la gran dureza de los cráneos egipcios. Pero como antes de llegar á obtener tal dureza dado el clima y el medio singular de desafiario, se habían de ganar muchas insolaciones, se ha dicho y hemos repetido que la peluca reemplazaba en aquellos tiempos al cálido fez ó al tórrido turbante de nuestros días. Si el uso de las pelucas fué general, está en manifiesta contradicción con los monumentos, pues allí las figuras están siempre representadas con las cabezas calvas ó al rape cuando menos. Pero los sepulcros han guardado repetidos ejemplos de esa moda y ellos permiten asegurar que hubo de ser para las grandes familias en toda la duración del antiguo Egipto costumbre muy atendida.

Los ejemplos que damos convencerán de que en todos tiempos se ha caído en las mismas exageraciones.

Las pelucas leoninas de la época de Luis XIV son incomprensibles, y sin embargo, el Egipto las usó no menores. Cuando se ha querido dar la razón de las melenas del siglo XVII, se ha recurrido á lo ampuloso y hueco del traje demostrando la necesidad de armonizar la cabeza con el cuerpo; en efecto cuando éste se escurre la peluca va refrenándose, y acaba de desaparecer el día en que la señoras hasta suprimen las enaguas por ir más cómodas. Pero en Egipto no sucede esto. No tenemos dato alguno para afirmar el uso de los guardainfantes, tontillos, miriñaques, ni aun del modesto *polisón* de nuestros días, y sin embargo las pelucas tomaron un desarrollo monstruoso, encerrando siempre la cabeza dentro de una tartana de pelo. Aquí la oposición entre el desarrollo de la cabeza y lo escurrido del cuerpo es completa y radical, por consiguiente la explicación escapa, y no puede decirse que ello fuera efecto de la moda, que no hay moda que dure miles de años. Mientras no aparezca la explicación atengámonos á lo corriente. La necesidad de preservarse de las insolaciones enseñó el uso de las pelucas. Una vez éstas en boga la moda se encargó de variarlas á gusto de peluqueros que adquirieron no poca consideración según resulta de interesantes noticias dadas por el Sr. Maspero.

Hánnos también los sepulcros guardado buen número de ejemplares del calzado egipcio, y aquí nos encontramos de nuevo en oposición con las representaciones figuradas que nos presentan siempre los pies desnudos. El egipcio usó constantemente la sandalia, y no ha llegado hasta nosotros ejemplo de calzado lujoso. Las formas variaron, la retorcida y larga punta que parece propia del calzado asiático, aparece también, pero fuera de esto parece que el calzado fue siempre sencillísimo, como lo prueba el que no conozcamos ejemplo alguno del uso de botinas que era en donde se podía desplegar el lujo. El zapato no aparece sino á contar de la época griega; si antes se conoció no ha dejado rastro.

Los ejemplos que hemos dado del gusto de los egipcios por las joyas, nos obligan á dar algunos detalles de la más principal y estimada, del collar, que hay que considerar desde tres puntos de vista, esto es, como insignia honorífica, como emblema funerario, y como adorno de tocador.

«Como insignia, dice Renato Menard, el collar era el equivalente, no de la cruz de la Legión de honor, sino del grado más elevado de la Legión de honor, del grado de Gran cruz, por ejemplo. No lo llevaban más que los personajes de alto rango, y á la vez era insignia de una gran autoridad. Este uso parece que sube á una gran antigüedad. En el *Génesis* se lee:

«Faraón dijo á José: «Yo te he establecido en todo el Egipto; entonces Faraón se quitó un anillo de su mano y lo puso en el de José, le revistió con un traje de fino lino, y le puso al cuello un collar de oro. Le hizo subir á un carro que era el segundo después del suyo, y delante de él se gritaba: «arrodillarse,» y le estableció en todo el país de Egipto. La investidura del collar de oro, que era el signo honorífico más elevado, se encuentra representada en un bajo relieve del Louvre, descubierto por el Sr. Maspero, cerca de la tumba de Apis. Véase en él al rey Seti I, dinastía XIX, inclinándose desde una especie de balcón (tribuna) como dirigiendo la palabra á un personaje que está delante de él. Un sagrado halcón tiene el flambellum extendido sobre la cabeza del Faraón que preside la investidura del collar de oro. El personaje honrado con esta recompensa lleva un traje de lino y levanta los brazos en signo de satisfacción, mientras dos sacerdotes le ponen un collar de varias vueltas. En una mesa colocada á su frente, se ven diversas insignias también á él destinadas, entre ellas un par de brazaletes, y detrás un cono preparado para adornar su cabeza, colocado sobre una pequeña mesa. La inscripción explicativa dice: «El rey dijo á los jefes de su séquito: «Dad el oro de los triunfos al adicto encargado del trono real, Har-Khem. Que disfrute de larga vida y de feliz vejez, pues su boca no ha pecado en la casa real. Puedan sus pasos dirigirse desde el sitio que ocupa á una buena sepultura».

«Según las prescripciones del ritual, era necesario colgar al cuello de cada difunto un collar con algunos adornos simbólicos. Ese collar fúnebre se llamó *Ousekh*; se prendía en las espaldas y cubría casi enteramente el pecho. Se le cosía á la momia por medio de pequeños anillos soldados á la parte posterior.

»El museo de Boulaq contiene ricos collares fúnebres. Cuerdas trenzadas, flores de cuatro pétalos abiertas en forma de cruz, leones y antílopes corriendo, chacales sentados, cuervos, víboras aladas y botones en forma de cabeza de halcón para prenderlos, formando en junto una decoración tan rica como variada. El escarabajo alado, símbolo de la resurrección, y la ave de humana cabeza, emblema del alma, aparecen naturalmente en esos monumentos (1).»

Notemos esas dos fuentes del lujo. La autoridad y la religión. La insignia de la autoridad, del honor, de la consideración, se transforma y convierte en simple objeto de adorno, en objeto suntuario. Todo el mundo quiere aparecer lo que sólo son los selectos, y éstos tienen necesidad de exagerar sus insignias en todos sentidos para distinguirse. Véase como la necesidad, cuyo carácter humano nos es tan conocido, se apropia lo que hay de más respetuoso, las insignias de la potestad, del mando, y las convierte en unos objetos de superfluo lujo. La religión aparece aquí como fuente perenne del lujo. Lo que prescribe el *Ritual* es de rito para todos, grandes y pequeños. El *Ousekh* ha de adornar la momia del rico lo mismo que la del pobre. El del rico será de oro ó plata, esmaltado, cincelado y grabado, el del pobre será de pasta vitrosa, de piedra (y la moda hará que el rico se los labre de jaspe), de perlas falsas, y á falta de medallón, una simple bolsa con un pedazo de paño dentro conteniendo una fórmula mágica lo suplirá perfectamente para los fines religiosos.

Hora es ya, después de lo que dejamos dicho, que penetremos en el misterioso tocador de las damas egipcias. Éste naturalmente se nos aparecerá por su mal lado, pues de sus en-

(1) R. MENARD.—*La vie privée des anciens*.—Paris, 1881. Tomo 22, pág. 333 á 335.

cantos hablan unos para ponderarlos y otros para juzgarlos severamente. Nosotros que hemos visto al salvaje, pintarse y untarse el cuerpo, no podemos ser severos para los placeres y el lujo del tocador, sabemos que todo ello reside en nuestra sangre, que es si se quiere un vicio de nuestra sangre, pero nosotros desafiamos al sangrador que sepa en dónde ha de pinchar para sacarla. Esta es la cuestión.

Los monumentos nos presentan á las damas egipcias rodeadas de sus criadas (¿esclavas?) que se afanan cada una por su lado en el cumplimiento de su cometido. Sentadas á lo oriental, y teniendo el espejo en la mano, ese espejo de disco redondo ú ovalado de pulimentado metal, con mango de madera ó metal, liso ó esculpido, ora representando un objeto caprichoso, ora la estrambótica y enigmática imagen del dios Bes, que parece ser el rey del tocad-

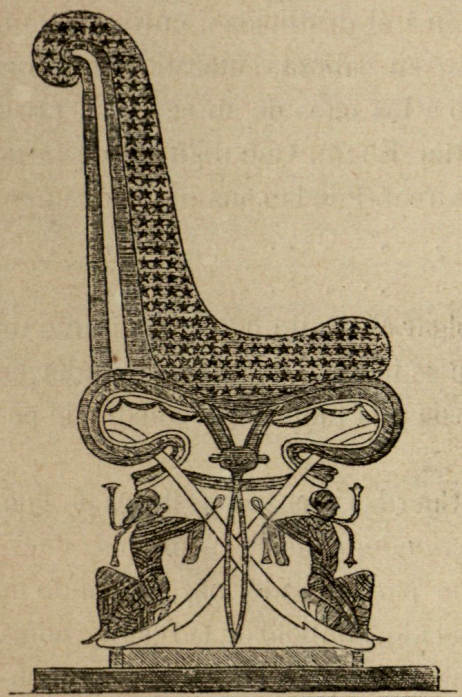


Fig. 182.—Sillón ó trono egipcio.

dor, espejo que el Egipto lega á todos los pueblos europeos y que aun hoy se usa, salvo la trascendental reforma de la sustitución del disco metálico por el cristalino, invención de los alemanes del siglo xvi del Crucificado, la dama egipcia desnuda de cuerpo, es lavada y perfumada con las aguas más olorosas y los perfumes mas ricos de Europa y de Asia. Si la moda consiste en ser rubia y blanca, ó negra y morena, el arte cosmético de la época tiene ya todos los recursos necesarios para teñir su pelo, y si se permite para teñir su tez. Nada falta, de nada carece la dama egipcia para realzar su belleza ó para disimular su fealdad. Luego nos dirá un Santo hasta dónde se llegó en esto en la severa tierra de los Faraones.

Hoy por hoy es opinión reinante la de que; «no ha habido país que haya gustado más que el Egipto del colorete y de la pomada. Y esto se deduce de la enorme cantidad de pequeños utensilios de tocador hallados en las tumbas. El polvo de antimonio que se usaba para teñir los párpados era muy usado. El mu-

seo de Boulaq encierra un curioso pote de polvos de antimonio de forma de cuervo mitrado; la mitra sirve de tapón. Otro hay que representa la figura monstruosa del dios Bes, y el sombrero del dios sirve de cuello. Ese dios Bes, cuyo culto parece originario de Asia, aparece muy á menudo como una divinidad presidiendo la danza, la música y los placeres. Por esta razón se le ve á menudo figurar en los pequeños objetos del tocador, como en las botellitas para perfumes, mangos de espejo, etc.

»Servíanse los egipcios para darse la pomada de pequeños utensilios, que no parece que se usaran á otros fines, y que en general presentan la forma de la cuchara; así se los designa generalmente con el nombre de cucharas de tocador. Las cucharas son de madera y varias de ellas trabajadas con un cuidado sumo. Encuéntranse en gran número en las tumbas, y los museos egipcios contienen gran variedad de ellas. La forma del recipiente es rectangular ú ovoidea, y el mango es generalmente bastante corto, pero casi siempre ricamente decorado.

»Lo más común son flores ó botones de loto, haces de cañas, ó plantas ingeniosamente

encedadas, lo que constituye dicha decoración. Pero la figura humana se mezcla algunas veces en las plantas y flores, de modo que algunos de sus mangos constituyen deliciosos motivos de ornamentación... Algunas veces la figura humana constituye por si sola el mango, y aquí es en donde luce todo su ingenio el artista. Ora es una esclava que lleva sobre sus espaldas una jarra, ora es una gacela atada de pies, ora un nadador que empuje una ave acuática, cuyo vientre abierto sirve de recipiente, mientras que las alas que se cierran ó abren á capricho forman su tapa,» etc. (1).

Cerremos el tocador de las damas egipcias diciendo que fueron ellas las que dieron forma al más seductor de sus instrumentos, al abanico, que con tanta gracia debían manejar sus conquistadoras, las damas romanas.

Ya hemos dicho que nada quedaba de cuanto podía darnos idea cierta de la habitación y amueblamiento de la habitación egipcia. Pero la arqueología interpretando las perspectivas que de algunas casas han guardado éste ó aquel monumento, y los muebles que ha arrancado al secreto de las tumbas le han bastado para construir la mansión egipcia.

Ésta no ofrece el aspecto conocido de la casa oriental moderna, de altos y unidos muros. El bullicioso y alegre pueblo egipcio abría como los pueblos meridionales euro-

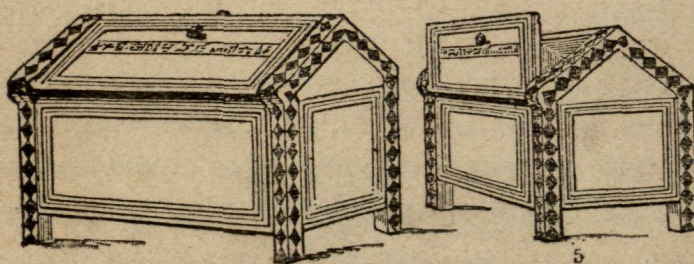


Fig. 183. —Cofres egipcios.

peos balcones, ventanas y galerías sobre las calles y los jardines. Tal cual monumento da lugar á pensar si los terrados de sus casas, estaban convertidos en jardines. Pero, si, lo estaban los patios interiores continuamente refrescados por las aguas del Nilo. De su mobiliario no ha llegado hasta nosotros en forma real y corpórea más que algunas sillas, pero de esta parte, en especial del amueblamiento, dan los monumentos noticias interesantes. Sin embargo, los pocos muebles hasta hoy hallados, nos han dado una silla de ébano con incrustaciones de marfil, y este ejemplo real unido á lo que revelan los monumentos, nos dice que los sillones egipcios que parecen tapizados de ricas telas y ricamente esculpidos, como por ejemplo los de Ramsés III en Tebas, estaban á la altura de los más ricos sillones de nuestra época.

En suma, el Egipto se nos revela en todas sus manifestaciones como un pueblo artístico, amante de las artes y del lujo. Su milenaria existencia nos dice que ese lujo tuvo sus altos y sus bajos. Que hubo de ser un día expresión de su poderío y de su riqueza y brillar esplendente en sus artes, que otras veces hubo de seguir á la decadencia del pueblo egipcio, para acabar por ser el lujo afeminado y corruptor que se le reprochaba por los austeros romanos,

(1) R. MENARD.—*La vie privée des anciens*.—Tomo 22, pág. 366 á 367.

hasta que éstos, corrompidos por múltiples causas, y ya siendo los más fuertes en civilización, acabaron por dar al mal lujo el carácter lascivo y provocador de sus últimas manifestaciones.

Este mal lujo merece capítulo á parte, y lo escribiremos tanto más gustosos cuanto que la primera vez que nos encontraremos enfrente de él ha de enseñarnos que el mal lujo no es lo que se llama el lujo superfluo, sino la depravación, y no siempre la depravación en el arte, sino la depravación de las costumbres que para satisfacerse piden al arte satisfacciones vulgares y escitantes.



CAPÍTULO VII.

EL MAL LUJO EN EGIPTO.

RECUERDESE que hemos puesto el principio del mal lujo en Egipto en su época de esplendor. Hemos puesto su principio en la dinastía XIX que, según los autores, transcurre entre 1405 á 1288 antes de Jesucristo, de modo que aun transcurrirán trece siglos antes de que el lujo enerve, amilane y embrutezca al pueblo que fué á vengar sus estragos en la misma Asia guiado por los Thoutmes y los Ramsés.

Cuando el lujo invade á un pueblo, éste se presenta acompañado de todo un interminable cortejo de males. Su principal é inmediato efecto es el tedio, la pereza, la repulsión por todo lo que necesita algún esfuerzo ó trabajo. Como el lujo es placer, y el placer no gusta de la fatiga, la imagen de su quietud y de su reposo se impone á los grandes como á los pequeños. No hacer nada es lo más lujoso. Así se escribió de uno de los más famosos hombres políticos de la XIX dinastía, de Roï «que desde que nació no se movió; y que tiene horror á la actividad que no conoce.» De esta época es una elocuente descripción de los males que afligen á los campos por el abandono en que los tienen sus propietarios. El trabajo naturalmente se envilece, y antes los mismos hombres libres que gustaban de su cultivo ahora no gozan más que de los placeres del lujo; el agricultor desaparece, el esclavo le reemplaza en todas partes en donde hay que trabajar, y como los amos necesitan de los esclavos, pues son éstos los que los mantienen y proporcionan los medios para vivir en el lujo, el amo los atiende, los acaricia, no por sentimiento de caridad ó de fraternidad, sino para que le produzcan cuanto necesita, de donde el envilecimiento á su vez de los hombres libres, la insubordinación y la insolencia del esclavo primero, su desmoralización después, y por consiguiente la ruina de todos y el abandono absoluto de la agricultura que produce las hambres y todas las miserias que dieron al traste con el mundo romano. El Egipto, el granero de Europa, no conoció nunca el hambre, pero sí la miseria, porque los gastos de los placeres absorbían todos los ingresos. A esto se añade «que los obreros y artesanos, empo-

brecidos, forman casi una cohorte cuya inferioridad se impone.» Ya no brilla el que ejecuta trabajos manuales y jornaleros, ya no inspira respeto. Delante de él no tienen más que trabajos desagradables, no tienen criado que les lleve agua, ni mujer que amase su pan.» Los ociosos pululan, explotan el pueblo, viven á expensas de otro: «Conozco á muchas gentes sin ánimo, de rompidos brazos, que viven de cuclillas, pues no tienen muslos; en sus casas abundan en bienes y provisiones, y no se les rehusa nada.» La embriaguez, en fin, embrutece, y los efectos de ella nos vale una curiosa é instructiva página.

«Me dicen que abandonas las letras, y que corres de casa en casa en busca de bebidas fermentadas. Siempre que un hombre abusa de la bebida fermentada, hace salir al hombre de sí mismo, y hace pedazos su alma. Eres como rama arrancada de su puesto y que no obedece ya de ningún lado; eres como tabernáculo sin divinidad, como casa sin pan, cuyo muro vacila y cuya puerta tiembla; las gentes huyen delante de tí, pues tú los manchas y voceas. Sabiendo que el vino es una abominación, abstente de los odres, no pongas las jarras ante tu corazón, haz por olvidarlas. Sabes cantar acompañándote con la flauta, ó recitar con acompañamiento de oboe, ó modular con acompañamiento de kinnor, ó cantar con acompañamiento de lira, y estás con todo en un cuarto, rodeado de viejas mujeres y te en-

tregas á cacareos del cuello; estás sentado en presencia de muchachas, ungido de esencias, con tu guirnalda de flores al cuello, y te pones á batir el vientre, á balancearte como un pato, caes sobre tu vientre, y te empuercas como un cocodrilo (1).»

Este estado de costumbres todos los autores lo atribuyen á la invasión de los pastores, á la conquista del Egipto por los asiáticos; si esto fuera exacto, la época de la XIX dinastía, la dinastía de la guerra de la independencia debía ser un período anti-asiático, el odio del extranjero finalmente re-

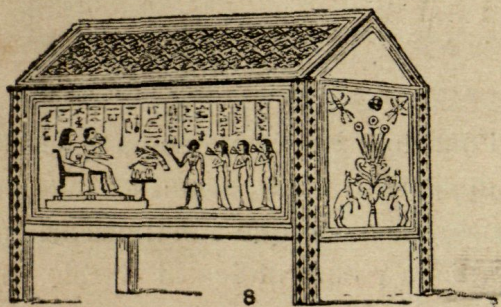


Fig. 184.—Cofre egipcio pintado.

chazado de la patria después de algunos siglos de dominación había de hacerles aborrecible todo lo asiático, y claro está que los que subieron hasta el alto Orontes para vengar en Kadesch su pasada humillación, habrían de rechazar sistemáticamente todo lo que les recordaba su sujeción y esclavitud. Esto es lo que hemos visto siempre, y no podemos por consiguiente creer que pasara de otro modo en Egipto.

¿Protestamos nosotros de la explicación general?—Sí, y sin embargo no protestamos de la influencia asiática. Merece notarse que el bárbaro reinado de los pastores ha pasado ya á la lista de las fábulas históricas. Hoy sabemos todo lo contrario, y sobre esto tenemos dicho lo bastante. Pero con los pastores vinieron nuevas costumbres, por lo mismo que con ellos vinieron nuevos dioses, y estas costumbres hubieron de pervertir las costumbres puras egipcias, resultando una mezcla híbrida que el militarismo de los Thoutmés y de los Ramsés vigorizó hasta hacerles producir los frutos de perdición que en esta época de que hablamos principiaron á saborearse. Es decir, que si la irrupción de las mujeres asiáticas que vinieron con los pastores ó Khetas turbaron el reposo y tranquilidad de los hogares domésticos, los egipcios triunfantes de los Khetas en todas partes, hasta exterminarlos, hubieron de llenar

(1) MARIO FONTANE.—*Les Egyptes*.—París 1882, págs. 434 y 435.

de esclavos de ese pueblo los haremes del Egipto entero. Que la guerra, mejor que monda la invasión de la mujer asiática,» hubo de producir tal resultado nos lo enseña la historia de todos los pueblos. Los griegos no son víctimas de la corrupción asiática porque ésta entrara en la península con los persas, sino por sus colonias ó estados asiáticos que la van infiltrando en su seno y por el golpe definitivo que le da la conquista macedónica. Roma se embrutece porque al entrar en tratos con los pueblos cultos, al sentir su superioridad de cultura no repara en el fondo de aquellos pueblos que es precisamente lo que les ha puesto á sus pies. Roma es como el bebedor insaciable que apura no sólo hasta la última gota, sino que hasta apura la hez que se halla en el fondo del vaso. En todos tiempos, lo mismo en los antiguos que los modernos, la guerra ha desarrollado el sensualismo. El que no sabe si vivirá mañana no trata con miramiento alguno el hoy. La República francesa conoció este resultado de sus guerras, como los conoció la República romana. El Directorio trajo el Imperio, de la misma manera que en Roma lo trajeron los triunviratos. Barras en este respecto vale tanto como Cesar. Que un novelista egipcio, pues, presente como lo más natural del mundo, el que un

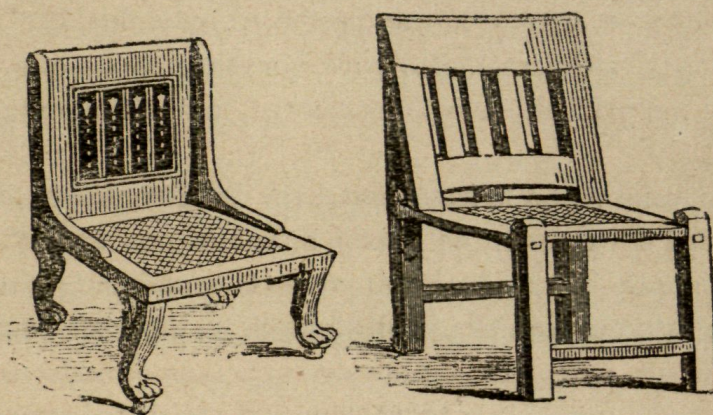


Fig. 185.—Sillas egipcias.

Faraón se apropie las bellas egipcias para su harém, nada tiene de particular. ¿Acaso el Faraón, lo mismo que el último soldado no lo habían hecho así durante su conquista de Siria? Si la costumbre persiste en tiempo de paz y cuando ya el ultraje lo han de sufrir las propias paisanas, es porque se ha viciado ya el sentido moral, porque ya las costumbres militares dominan las civiles, porque ya la fuerza excluye el derecho, y no hay en la historia, téngase esto presente, un solo periodo en que el lujo haya brillado al lado del respeto de los principios de derecho que elevan á los pueblos á sus grandes destinos.

El lujo de Roma corresponde á la época imperial; como el lujo de la Roma pontificia corresponde á la época de los Borgias y de los Médicis. La Europa moderna llega á concebir la realidad del imperio romano después de la experiencia de los reinados de Luis XIV y Luis XV.

Pronto veremos lo que era esa civilización asiática que de tal manera emponzoñó la existencia de Egipto hasta hacerle perder su individualidad, pero prevengámonos contra ella diciéndole que si fué, fuego ó pólvora, no lo sabemos, lo que sí podemos afirmar es que uno y otro pueblo, asiáticos y africanos, eran una y otra cosa. Un ejemplo no más, y de la dinastía XIX, esto es, de cuando el Asia menor era aún un país por civilizar, 3064 á 2851 antes de Cristo. Este ejemplo es la canción del rey Entuw, quien deplora la muerte y pregunta,

ante tan temible problema, «¿Que es después de todo, la prosperidad? La muerte, dice, se apodera de todos sin distinción, sin excepción; los antecesores se van, los hijos se quedan para irse más tarde allí á donde van sus antecesores, y siempre vuelta á lo mismo, así para los buenos como para los malos, así para los ricos como para los pobres.» De allí bajo nadie ha regresado. Nadie sabe, ni los dichos ni los hechos de aquellos que se han ido á vivir la otra vida, al sitio «de donde no se vuelve jamás.» Siendo esto así vale más reclamar una existencia llena, satisfacer sus deseos, untarse de aceite perfumado, vestir de purísimo lino, bien tejido y adornado con preciosos metales, aumentar las riquezas, entregarse á la fantasía, amar cuando se tiene ganas, obedecer á su corazón, y gozar de lo que se tiene, pues en el día de la muerte nadie se lleva consigo sus bienes, y los lamentos de las lloraduelos no logran que la tumba abra sus puertas y devuelva sus presas.»

Tal era la moral de la dinastía XII, la moral egipcia 28 siglos antes de Cristo. 23 siglos después Herodoto nos dice, que cuando se presentaba en la mesa de un banquete aquella imágen de la muerte que varias veces nos ha ocupado, era para exhortar á los convidados á la alegría, diciéndoles: «pues has de ser lo que aquí ves, aprovéchate y diviértete.» Los que como Fontane estiman que el antiguo Egipto perdió su individualidad al conocer la mujer asiática, deberían mudar este paralelismo para convencerse de que el Egipto, verdadero pueblo oriental por la inmovilidad de sus costumbres, murió á la antigua sin vivir nunca á la moderna.

¿Pero hay que dar valor real á la canción del rey Entuw? ¿No es la obra de un literato libertino? Es en realidad la expresión del estado moral de una época? Acudamos al mismo Sr. Fontane para que nos dé un cuadro histórico de la moralidad, costumbres y lujo de su tiempo. Precisamente este cuadro nos permitirá pasar en rigor sin solución de continuidad del siglo 23 antes de Cristo al segundo de nuestra era. Dice el historiador francés.

«A primeros del medio Imperio, la mujer vive aún sin más derechos que los que obtiene, de hecho, de la bondad de su padre, de la amistad de su hermano, de la ternura de su marido. El amor, entre los egipcios, careciendo de nobleza, no depuraba los sentimientos de que era objeto. Había, sin hablar de los haremes, al lado de la mujer legítima, y compartiendo su vida, concubinas que gustaban al señor por su talento, su gracia y su belleza. En general eran extranjeras, músicas, bailarinas, ó simplemente mujeres bellas. En esto, el egipcio obra como la mayor naturalidad, sin buscar lo extraordinario, sin inquietud sobre todo, y no parece que la egipcia casada se preocupase gran cosa más de la mujer que la amenazaba, ni del reparto posible, ni de la sustitución posible. La egipcia no lucha contra la extranjera más que por su coquetería; sus pretensiones no traspasan su cuarto tocador. La elección de los perfumes, de los afeites, de las joyas, de los trajes, y sobre todo de las pelucas, absorbían la existencia de la egipcia.» (1)

Ahora vengamos á la época de la corrupción completa, cuando ya el Egipto ha sido pervertido por las costumbres griegas, cuando Cleopatra hace siglos que duerme en la tumba, cuando el lujo envilecedor del imperio romano ha embrutecido el mundo entero.

La mano que ahora empuñará la pluma, ya lo hemos dicho, es la de un Santo, la de un padre de la Iglesia, la de un contemporáneo, la de Clemente de Alejandría; hagamos pues por adelantado su parte á la exageración, hagamos la parte á la repugnancia que instinti-

(1) MARIO FONTANE.—*Les Egyptes*. Paris 1882, pág. 194.

vamente siente el hombre de iglesia por el bullicio humano y por sus pompas y vanidades, pero aun hecha la parte á todas sus preocupaciones siempre resultará, primero, un cuadro parecido al rasgado por el Sr. Fontane; segundo, una fotografía de la sociedad de su tiempo.

«Existen en nuestros días infinidad de perfumes cuya naturaleza y nombres difieren, vegetal, mineral, real; el que se extrae de la cera, el que produce un arbusto de Egipto. Entre esos perfumes, los más estimados son el de Cipre y el nardo. Vienen luego las esencias del lirio y de la rosa, y mil otras de las que se sirven las mujeres, ora en pasta, ora secos, ora líquidos: de éstos se riegan y se inundan; de los otros aspiran el olor. Cada día se inventan otros nuevos, á fin de satisfacer ese insaciable deseo que tienen de parecer bellas. Se riegan con ellos sus vestidos, sus muebles, sus camas; los queman en el interior de sus aposentos. En fin, hasta los vasos destinados á las más viles atenciones difunden los más voluptuosos olores.

»No hay medio de engañar, que no imaginen y no pongan en uso. Las que son pequeñas ponen y cosen debajo de sus zapatos espesas suelas de corcho; las que son grandes llevan, por lo contrario, suelas sumamente delgadas y ligeras, y cuando salen tienen gran cuidado en llevar su cabeza baja alrededor de su talle. Si sus caderas y sus muslos son llenos y sin gracia, aglomeran sobre ellas su vestido y caen en el interior piezas de reporte que dan sobre las partes defectuosas, á fin de que los que las visitan se extasien con la elegancia de su forma y de su contorno. ¿Su seno es mustio y cae como el de las nodrizas que los poetas cómicos introducen en el teatro? pues allí van las máquinas para ponerlo derecho; ¿es que es sobrado llano y demasiado hundido? pues se infligen un tormento perpetuo para sacarlo fuera. Si sus cejas son rubias, se las ennegrecen con el hollín; si son negras, las blanquean con blanco de cerusa; en fin si son demasiado blancas, una mixtura hecha expreso borra y destruye esta blancura. ¿Tienen alguna parte del cuerpo donde la piel sea más blanca y más fina? pues ésta es la que tienen ansia por mostrar. Si sus dientes son bellos y bien colocados, rien sin cesar para que se admire la belleza de su boca. Alegres ó tristes no importa, es necesario que rían todo el día, y á fin de no faltar á ello, colocan entre sus labios una pequeña rama de mirto para tenerla siempre entreabierta.»

Nada habremos visto en este cuadro los hombres de la sociedad laica fuera de la eterna coquetería femenina; es necesario profundizar en ello, verlo todo de una manera exagerada para comprender que pasa la sociedad humana un período de desintegración social. Clemente escribe después de Plutarco, y Plutarco es el que hace bueno cuanto escribe el padre de la Iglesia. Sigamos, pues, al gran moralista, y como él ofrezcamos á la aparición de la reina de Egipto una especie de satisfacción, demostrando que ella no era mejor ni peor que su tiempo.

Antonio ha llegado ya á Asia de paso para Egipto, y en Asia, «los llamados Anaxenores, grandes guitarristas; los llamados Xutos, célebres flautistas; el bailarín Metrodoro, y toda la comparsa de juglares asiáticos, que en desvergüenza ó insolencia se dejaban muy atrás á las putas de Italia, corrieron y se apoderaron de su palacio, y ya nada quedó que fuera tolerable, entregados todos á este desconcierto. Porque toda el Asia, á manera de aquella ciudad de Sófocles, estaba á un tiempo llena de sahumeros aromáticos,

Y de cantos á un tiempo y de lamentos.

»Al entrar, pues, en Efeso, las mujeres le precedían disfrazadas en Bacantes, y los hombres en Sátiros y Panes; y estando la ciudad sembrada de hiedra, de tirsos, de salterios, de oboes y de flautas, le saludaban y apellidaban Baco el benéfico y melífero, y ciertamente para algunos lo era.....»

Cleopatra llamada por Antonio á Cilicia acude «y se resolvió á navegar por el río Cidno en galera con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento, y era impelida de remos con palas de plata, movidas al compás de la música de flautas, oboes y cítaras. Iba ella sentada bajo dosel de oro adornada como se pinta á Venus. Asistíanla á uno y otro lado para hacerla aire muchachitos parecidos á los amores que vemos pintados. Tenía asimismo cerca de sí criadas de gran belleza vestidas de ropas con que representaban á las Nereidas y á las Gracias, puestas unas á la parte del timón y otras junto á los cables. Sentíanse las orillas perfumadas de muchos y exquisitos aromas, y un gran gentío seguía la nave por una y otra orilla, mientras otros bajaban de la ciudad á gozar de aquel espectáculo;

al que después corrió toda la muchedumbre que había en la playa, hasta haber quedado Antonio solo sentado en el tribunal; y la voz que de unos en otros se propagaba era que Venus venía á ser festejada por Baco en bien del Asia» (1).

Cuando érale posible á toda una reina presentarse á la Venus ante todo un ejército, el sentido había de estar perdido. Y este es el efecto inmediato del lujo, y el fin de Cleopatra la última reina de Egipto lo demuestra.

Prendóse Antonio de la reina y ésta le correspondió haciendo en lo sucesivo *comuni6n de vida inimitable* según expresi6n de Plutarco, «y convidándose alternativamente por días, hacían un gasto desmedido.» Plutarco una y otra vez da noticia de las suntuosas fiestas que sirvieron á Cleopatra para seducir á Antonio, diciendo de una que lo que más encantó al romano, fué el gran número de luces que decora-

ban el local con guirnaldas y círculos, y el mismo moralista refiere que cuando las cosas cambiaron y pudo Cleopatra presentir su desgracia, ya no se preocupó más que de la idea de darse muerte ensayando toda clase de venenos en los reos de penas capitales y en los mismos animales á fin de elegir para sí el que matara más pronto y con menos dolor, decidiéndose por la mordedura del áspid.

Pero Cleopatra, la reina de Egipto, la mujer más espléndida quería unos funerales á lo Sardanápalo. Así disolvió Cleopatra, según el moralista griego, aquella confraternidad que llamaban de inimitable vida, é instituyeron otra que no cedía á ésta en el lujo, en el regalo y en la suntuosidad, intitulándola la de los que mueren juntos; porque se inscribían los amigos para morir á un tiempo, y lo pasaban alegremente en banquetes que se daban por turno.» De esta manera se preparaba á morir el último soberano de Egipto. Pero Cleopatra «había hecho construir á continuaci6n del templo de Isis sepulcros y monumentos magníficos en su belleza y elevaci6n; y á ellos hizo llevar desde palacio las cosas de mayor valor, oro, plata,

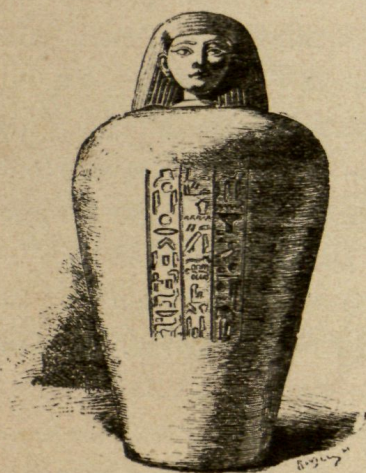


Fig. 186.—Canope egipcia.

(1) PLUTARCO, Las Vidas paralelas.—Traducci6n de D. Antonio Ranz Romanillos. Tomo V.—Antonio.—Madrid, 1880: Páginas 78 á 81.

esmeraldas, perlas, ébano, marfil y cinamomo, y con todo esto gran porción de materias combustibles y estopas;» todo evidentemente con la intención de que sirviesen para abrasar su cuerpo. Pero salió fallida su resolución, porque los soldados de César supieron sacarla viva de aquellos sepulcros, si bien vivió poco tiempo, pues habiéndole dicho uno de los generales de César, Dolabella, que se había enamorado de ella, que iba á llevarla á Roma para realzar su triunfo, pedido y obtenido el permiso para celebrar las exequias de Antonio en lo que desplegó todo el lujo de que era capaz una reina de Egipto, se retiró á su aposento y ordenó que le preparasen el baño. «Bañóse, y haciéndose dar un gran banquete, estando en él; vino del campo uno trayendo una cesta, y preguntándole los de la guardia qué traía, abrió la cesta, quitó las hojas, é hizo ver que contenía higos..... Después del banquete, teniendo Cleopatra escrita y sellada una esquela, la mandó á César, y dando orden de que todos se retiraran, á excepción de las dos mujeres, cerró las puertas.....» En la esquela, Cleopatra que había sido una de tantas reinas queridas de César á quien dió un hijo, le suplicaba la enterrasen con Antonio, y queriendo César impedir el crimen, mandó que corrieran al lado de la reina, pero se llegó tarde, pues habiéndose abierto las puertas, «vieron ya á Cleopatra muerta en un lecho de oro, regiamente adornada. De las dos criadas, la que se llamaba Eiras estaba muerta á sus pies, y Carmión, ya vacilante y torpe, le estaba poniendo bien la diadema que tenía en la cabeza. Dijole uno con enfado: «Bellamente, Carmion;» y ella respondió: «Bellísimamente, y como convenia á la que era de tantos reyes descendiente,» y sin hablar más palabra cayó también muerta junto al lecho.»

Así acabó para siempre el Egipto antiguo.

